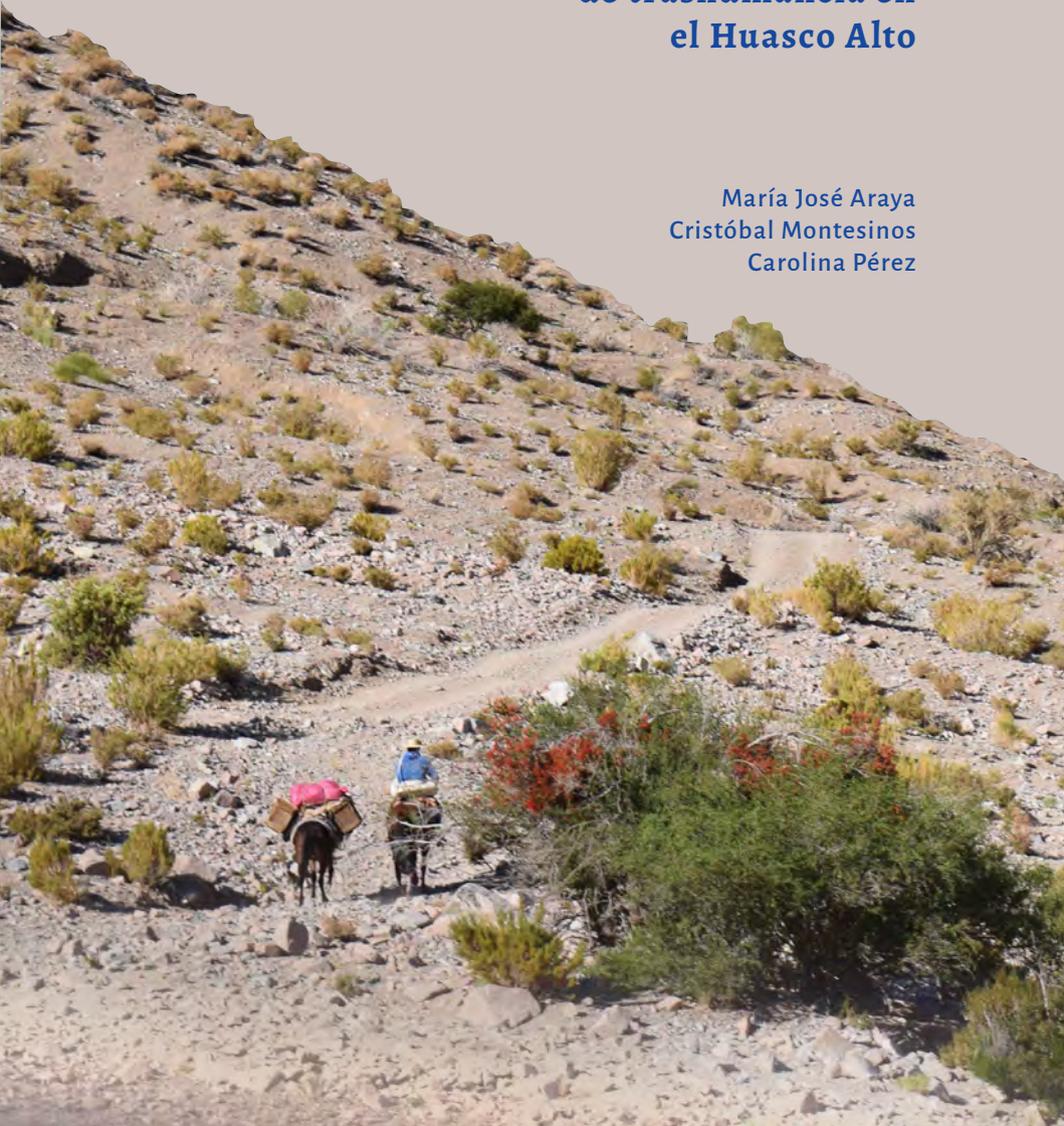


Arreando Memorias

Arrieros y prácticas
de trashumancia en
el Huasco Alto

María José Araya
Cristóbal Montesinos
Carolina Pérez



Agradecemos a los arrieros y arrieras que participaron de este proyecto:

Fermín Alcayaga Cayo
Gregorio Alcayaga Cayo
Silvia Alcayaga Cayo
Floridor Alcayaga Santibáñez
Rubelindo Bolados Rojas
Elicia Bordonos Rojas
Dionila Raquel Cayo Bordonos
Jorge Campillay Campillay
Miguel Contreras Godoy
Sergio Cruz Bolados
Ibar Huanchicay Varas
Oscar Páez Leyton
Sebastián Páez Ortiz
Eduardo Pasten Zarate
Ángela Rojas Villegas
Víctor Rojas Díaz
Gubier Santibáñez Campillay
Agustín Villalobos Valenzuela

El enlace al registro audiovisual de este proyecto se puede encontrar en:

<https://www.facebook.com/trashumantesdelhuascoalto>



© MARÍA JOSÉ ARAYA
© CRISTÓBAL MONTESINOS
© CAROLINA PÉREZ

ISBN: 978-956-398-588-7



ESTA LICENCIA AUTORIZA Y PROMUEVE EL COMPARTIR (COPIAR Y REDISTRIBUIR MATERIAL EN CUALQUIER MEDIO O FORMATO) Y ADAPTAR (REMEZCLAR, TRANSFORMAR Y CREAR A PARTIR DEL MATERIAL) BAJO LOS SIGUIENTES TÉRMINOS: ATRIBUCIÓN — USTED DEBE DARLE CRÉDITO A ESTA OBRA DE MANERA ADECUADA, PROPORCIONANDO UN ENLACE A LA LICENCIA, E INDICANDO SI SE HAN REALIZADO CAMBIOS. PUEDE HACERLO EN CUALQUIER FORMA RAZONABLE, PERO NO DE FORMA TAL QUE SUGIERA QUE USTED O SU USO TIENEN EL APOYO DEL LICENCIANTE; NOCOMERCIAL — USTED NO PUEDE HACER USO DEL MATERIAL CON FINES COMERCIALES; COMPARTIRIGUAL — SI USTED MEZCLA, TRANSFORMA O CREA NUEVO MATERIAL A PARTIR DE ESTA OBRA, USTED PODRÁ DISTRIBUIR SU CONTRIBUCIÓN SIEMPRE QUE UTILICE LA MISMA LICENCIA QUE LA OBRA ORIGINAL.

LA PRIMERA EDICIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE FEBRERO DE 2019, EN LOS TALLERES DE LOM CON UN TIRAJE DE 300 EJEMPLARES.

PRODUCCIÓN EDITORIAL

MARÍA JOSÉ ARAYA

DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO EDITORIAL

VALENTINA IRIARTE
ISABEL DE LA FUENTE

CORRECCIÓN DE TEXTOS

PAMELA CÁRCAMO

FOTOGRAFÍAS

MARÍA JOSÉ ARAYA
CRISTÓBAL MONTESINOS

FOTOGRAFÍA PORTADA

MARÍA JOSÉ ARAYA

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Arreando Memorias

**Arrieros y prácticas
de trashumancia en
el Huasco Alto**

María José Araya Cristóbal Montesinos Carolina Pérez

Índice

Introducción	7
Antecedentes sobre la arriería en el Huasco Alto	11
1. Los inicios en la arriería	17
1.1. Los primeros trancos	17
1.2. Rutas y vivencias de infancia y juventud	21
2. La trashumancia y “otros oficios” arrieros	25
2.1. La forma de vida trashumante	25
2.2. El arriero “tropero”	30
2.3. Los “otros oficios”	36
3. Rutas tradicionales y circuitos territoriales	47
3.1. Rutas y circuitos tradicionales	47
3.1.1. Ruta hacia la Laguna Grande	47
3.1.2. Rutas de la Quebrada de Pinte	48
3.1.3. Rutas hacia Vallenar y sectores aledaños	49
3.1.4. Ruta a San Félix	51
3.1.5. Rutas a Domeyko	51
3.1.6. Rutas de festividades religiosas	51
3.1.7. Rutas medicinales	53
3.2. Vínculos con las tierras trasandinas	55
4. La vida en la majada	61
4.1. La majada cordillerana	61
4.2. La vida cotidiana	63
5. Los conocimientos de los arrieros	71
5.1. Conocimientos pecuarios	71
5.2. Saberes herbolarios	79
5.3. Conocimientos territoriales: geográficos, faunísticos, climáticos y astronómicos	81
5.4. Conocimientos sobre técnicas artesanales	88

6. Leyendas e historias	91
6.1. Leyendas mitológicas	91
6.1.1. La sirena de la Laguna Grande	91
6.1.2. El Wecú	92
6.1.3. Los duendes	93
6.1.4. El Yastay	93
6.2. Historias de cordillera	94
6.2.1. Creencias acerca de la cordillera	94
6.2.2. Historias de penaduras y muertes	96
6.2.3. Historias de riñas	97
6.2.4. Historias de nevadas y temporales	98
6.2.5. Historias de pumas	100
6.2.6. Historias de las huellas indígenas	103
6.2.7. Anécdotas cordilleranas	104
7. La identidad del arriero	107
7.1. Valoración por la vida en el campo	107
7.2. Vínculo con la herencia indígena	111
7.3. Vivencias significativas	112
8. Principales cambios y transformaciones en la arriería	117
8.1. Cambios en los modelos de producción	117
8.2. Sequías prolongadas	120
8.3. Transformaciones en los modos de vida	121
8.4. Impactos de la mega minería	123
8.5. La continuidad y transmisión de la arriería	128
8.6. Palabras a las nuevas generaciones	131
Reflexiones finales	135
Bibliografía	137

Introducción

La arriería y las prácticas de trashumancia asociadas, constituyen una experiencia histórica de sobrevivencia, adaptación y ocupación del contexto cordillerano andino, representando una manifestación que forma parte del patrimonio cultural inmaterial del territorio del Huasco Alto, que comprende la actual comuna de Alto del Carmen, en la provincia del Huasco, región de Atacama.

El histórico territorio del Huasco Alto, abarca la cuenca alta del río Huasco, desde los fondos de valle de los ríos El Tránsito y El Carmen hasta las alturas cordilleranas del gran macizo andino. Lleno de aristas y honduras, limita por el norte con la comuna de Tierra Amarilla, por el oeste con la de Vallenar, por el sur con la comuna de Vicuña y por el este con la República de Argentina. Por su ubicación y características, es un territorio que ancestralmente ha articulado espacios y posibilitado interacciones, contando con una rica tradición de arrieros y trashumancias, que se inició hace cientos de años a través de los primeros recorridos de los pueblos originarios –Molles, Ánimas, Diaguitas, Inkas–, desarrollándose en el tiempo según circunstancias económicas, sociales, políticas y ambientales propias.

Los arrieros y arrieras del Huasco Alto, son portadores de este legado cultural y herederos de un modo de vida que implica un profundo sistema de conocimientos sobre los animales, el entorno circundante, las rutas y huellas, las historias y creencias que se guardan en la memoria social. Todos ellos, elementos que les permiten reproducir prácticas de autosubsistencia y una identidad cultural intrínsecamente enlazada a la cordillera. Si bien el oficio del arriero trashumante se ha vinculado principalmente a la actividad criancera, los procesos socioeconómicos han determinado que también las prácticas tradicionales de la arriería se hayan vinculado al transporte de “tropas” de animales, de metales y productos locales, entre otros.

Sin embargo, hoy en día esta manifestación cultural se encuentra en riesgo por inminentes cambios de carácter local y global, que han derivado en la disminución de su práctica. Sumado a ello, el envejecimiento de los cultores y la falta de relevo generacional, hacen que su registro y valorización sean de fundamental relevancia.

Al respecto, el presente libro forma parte del proyecto “*Arrieros y prácticas de trashumancia*”¹ que ha tenido como propósito investigar, registrar y difundir el oficio de los arrieros y arrieras así como las prácticas de trashumancia en el Huasco Alto, contribuyendo a su reconocimiento y valoración como una expresión y modo de vida que forma parte del patrimonio cultural inmaterial del territorio.

Los arrieros y arrieras como hábiles recorredores del monte y conocedores profundos del medio montañoso, representan figuras con talentos de relevancia histórica en el entorno de la ruralidad del Huasco Alto que es importante visibilizar. El enfoque ha sido explorar en la memoria social de los arrieros y arrieras del Huasco Alto, recogiendo sus experiencias, vivencias, voces, interpretaciones y perspectivas. Para ello, en términos metodológicos se realizaron 16 entrevistas en profundidad a arrieros y arrieras que ejercieron o ejercen la práctica de la arriería, ya sea vinculada a la criancería trashumante, o a otros oficios complementarios.

El presente libro es entonces, fruto de extendidas y cautivantes conversaciones, y tiene como protagonistas a los arrieros y arrieras del Huasco Alto, que nos han permitido a través de sus relatos y testimonios, contribuir al conocimiento y reconocimiento de las particularidades que definen y caracterizan a este oficio tradicional.

Al respecto, en el primer capítulo se abordarán los inicios en la arriería, detallando de qué forma se aprende, en qué contexto, con quienes y a través de qué actividades el oficio del arriero. Asimismo, se hará referencia a algunas de las rutas tradicionales que los arrieros y arrieras realizaron durante su niñez.

En el segundo capítulo, se presentarán las principales características de la vida trashumante ligada a la criancería, así como a las dinámicas y orgánicas que conlleva. Además, se especificará en torno al rol histórico y estratégico que cumplieron los arrieros “troperos” durante el siglo XIX y XX. Para continuar se describirán los “otros oficios” que han desarrollado los arrieros y arrieras de forma complementaria a través del tiempo.

Luego, en el tercer capítulo haremos un recorrido por las principales rutas y circuitos territoriales que han transitado los arrieros y arrieras del

1 El proyecto incluye la realización del presente libro y un registro audiovisual.

Huasco Alto, y se hará mención específica a los vínculos transfronterizos e interacciones sociales, económicas y culturales que se han gestado con el territorio argentino.

Seguidamente, el cuarto capítulo se aboca a presentar la vida en la majada, refugio y morada que acoge a los arrieros y arrieras durante su transitar por el monte. Se describirán las principales características de la majada cordillerana así como las dinámicas cotidianas que se desarrollan en la misma.

Hacia el quinto acápite, se hablará acerca de los conocimientos particulares y específicos que guardan los arrieros y arrieras, y que han sido transmitidos desde la práctica de generación en generación. De este modo, se hará mención a los conocimientos pecuarios, a los saberes herbolarios, a los conocimientos territoriales y a aquellos sobre técnicas artesanales.

Para continuar este recorrido, en el sexto capítulo se exponen algunos de los principales relatos, leyendas y creencias que guardan los arrieros y arrieras, y que derivan de una rica tradición oral que desde significados propios, brinda interpretaciones acerca del entorno circundante.

Consecutivamente, el séptimo capítulo está dedicado a explorar la identidad de los arrieros y arrieras, indagando los elementos representativos y constitutivos de su ser, los vínculos con la herencia indígena y las vivencias significativas.

Finalmente, en el capítulo octavo se analizarán los principales cambios y transformaciones que han afectado a arrieros y arrieras, conllevando a la disminución y pérdida del oficio. Al respecto, se revisarán los factores que han tenido mayor incidencia en la sucesiva desaparición de esta actividad ancestral. Para cerrar, se compartirán algunas de las palabras y mensajes que los arrieros y arrieras dejan como legado a las nuevas generaciones.

Comprendemos que la arriería y la trashumancia aún persisten como prácticas tradicionales en el Huasco Alto de la mano de mujeres y hombres que a punta de trabajo, conocimientos, y esfuerzos recrean en fondos de valle, quebradas y vegas altoandinas este modo de vida. En razón de ello, mediante este trabajo esperamos contribuir a la visibilización y valorización de este distintivo patrimonio cultural inmaterial del Huasco Alto, y de especial forma, aportar al reconocimiento de arrieros y arrieras, cultores experimentados que detentan una sabiduría sobre el medio montañoso, que es fuente de tradición e identidad cultural.



Antecedentes sobre la arriería en el Huasco Alto

La arriería, entendida como el oficio que desempeñan los arrieros y arrieras, se asocia al acarreo, arreo, guiado y traslado de ganado para el aprovechamiento estacional de los recursos del entorno, y ha sido un tema poco atendido y estudiado en Chile, y particularmente en el territorio del Huasco Alto.

En el Huasco Alto, los orígenes de la arriería se vinculan al desarrollo de la ganadería y la ancestral actividad del pastoreo trashumante. Al respecto, la trashumancia puede ser concebida como *“el traslado estacional de ganado desde los sectores costeros e interiores de la zona, hasta los pastos de verano de la Cordillera de Los Andes o “veranadas”. Se practica desde la provincia de Atacama (Valle del Huasco) hasta la de Ñuble”*².

La actividad criancera trashumante, se basa en la búsqueda de una “segunda primavera”, la cual acontece en la alta cordillera entre los 3000 y 4000 metros de altura gracias al ecosistema rocoso y poroso que almacena el agua del derretimiento de las nieves primaverales para liberarlas en verano, permitiendo el desarrollo de una vegetación de pradera inundada llamada vega. El circuito trashumante se ha realizado en el territorio del Huasco Alto de forma ascendente, aprovechando en otoño e invierno los pastos y brotes que crecen en la precordillera, para luego desde los primeros meses asoleados ir en busca de los pastos y vegas que brotan en la alta cordillera.

Desde tiempos prehispánicos, la evidencia arqueológica indica que los primeros pobladores cazadores-recolectores del Huasco Alto –territorio que forma parte del llamado Norte Chico de Chile–, desarrollaron un modo de vida nómade, en el que la comunidad debía estar dotada de gran movilidad para su subsistencia, adaptándose con el tiempo a un mecanismo de trashumancia. Al respecto, el investigador Hans Niemeyer señaló: *“La trashumancia representa una práctica fundamental en gran parte de la región andina, desde los primeros tiempos de su ocupación humana. Estos grupos debieron ocupar*

2 *“Algunas consideraciones sobre la trashumancia en el norte chico”*. Ximena Aranda Baeza. Departamento de Geografía, Universidad de Chile, 1970.

una variedad de pisos ecológicos desde la alta cordillera hasta la costa, explotando diversos recursos de acuerdo a su rotación estacional”³.

A partir de una perspectiva histórica, se constata que durante el período asociado al complejo cultural El Molle (0-700 d.c.) las poblaciones ya evidenciaban el manejo de la práctica trashumante de camélidos –vicuñas, guanacos y alpacas–, llegando a alcanzar la vertiente oriental de la cordillera de Los Andes. Ello da cuenta de que los pasos que conectan entre un lado y otro de la cordillera han sido transitados desde hace centenas de años. Posteriormente, con el complejo cultural Ánimas (700-1000 d.c.), el conocimiento acerca del espacio cordillerano se siguió perfeccionando, y se continuó desarrollando el pastoreo de camélidos. De igual forma, se señala durante este período la presencia de flujos caravaneros que permitían la circulación de un sistema de tráfico proveniente de la zona del Tiwanaku vía el actual noroeste argentino (NOA). Luego, con el desarrollo de la llamada cultura Diaguita (1000-1470 d.c.), los procesos de domesticación de camélidos se consolidaron al igual que una red de circuitos cordilleranos que permitían un tráfico fluido con territorios como Copiapó, el NOA y el área central andina⁴. Seguidamente, con la expansión del imperio Inka, se estructuraron importantes relaciones e influencias de todo orden con la cultura Diaguita, integrándose el territorio del Huasco Alto al complejo sistema vial andino denominado gran camino del Inka o “Qhapaq Ñan”. La presencia de tamberías, pukaras y construcciones perdurables en piedra, así como el adoratorio de altura del cerro el Toro, constituyen evidencias de este proceso de aculturación entre la cultura Diaguita e Inkaica en el Huasco Alto.

Estos saberes territoriales y prácticas trashumantes de raíz prehispánica, distinguen hasta el día de hoy a la población de arrieros crianceros del Huasco Alto, quienes han hecho perdurar y subsistir un modo de vida vinculado al uso, tránsito y ocupación del territorio cordillerano. Al respecto, Lorca (2005) establece: *“Es de sumo interés el constatar la utilización ininterrumpida en el tiempo de los emplazamientos de este sistema vial. Pues estos han continuado siendo reutilizados hasta tiempos recientes por la actual población. Es decir, se daría una continuidad en el uso del espacio y del saber que este comporta”*.

3 *“Pasos cordilleranos y contactos entre los pueblos del norte chico de Chile y el noroeste Argentino”*. Hans Niemeyer F. Museo Chileno de Arte Precolombino s/f.

4 *“La Criancería en la Cordillera del Huasco Alto. ¿Transformación o pérdida?”*. Mauricio Lorca. En: Proyecto Diagnóstico Sociocultural de la Etnia Diaguita en la III Región de Atacama. Grupo de Investigaciones TEPU, 2005.

Ahora bien, la arriería como sistema de transporte e intercambio de ganado, productos y mercancías, se inaugura como tal durante la época colonial, período en el que además se introduce la cabra como animal de crianza. Sin embargo, en el Huasco Alto no se cuenta con antecedentes acerca de su acontecer durante este período.

Es más bien hacia el siglo XIX y XX que la arriería se desarrolla de forma particular en el territorio, asociada al sistema de producción hacendal y al abastecimiento de productos cárnicos, frutas, legumbres y verduras a los emergentes centros mineros de la Región de Atacama, tales como “Chañarillo”⁵ en Copiapó y “Capote”⁶ en Freirina.

Asimismo, dadas sus características geográficas, el territorio del Huasco Alto se constituyó en un paso estratégico para el traslado de ganado proveniente de la región de Cuyo en Argentina, y que tenía como destino los centros mineros. A este haber, el historiador Joaquín Morales (1896) relata para el siglo XIX las condiciones favorables que presentara el territorio para el arreo de ganado desde Argentina, destacando la ruta que por el valle del Tránsito conectara con el portezuelo de la Flecha, cayendo al sector de San Guillermito allende los Andes: *“La Cordillera del Huasco, a parte de estas ventajas que son la base de la industria agrícola del Huasco, agrega la del comercio con la República de Arjentina que se verifica por sus numerosos pasos. En efecto, los pasos de la Laguna Grande, de Valeriano, Sobrado, Huasco Sonso, Chollay, Chivato, Sancarron, Bañitos y Deidad son conocidos por los traficantes de la Cordillera; pero el mas importante, comparable solo con el de Uspallata por la comodidad de su camino, es el de la Flecha, o de la Laguna Chica: todos ellos tienen una altura de mas de 3,800 metros sobre el nivel del mar y caen a los ríos del Cármen o del Tránsito. El camino que es mas transitado, saliendo de Vallenar, es el que toma por el río del Tránsito para pasar por el portezuelo de la Flecha y conducir al lugar argentino de San Guillermito”*.

El ganado que se arreaba desde territorio argentino, y principalmente desde la región de Cuyo, era trasladado a través de los “caminos troperos” por arrieros que junto a sus tropas de mulas hacían el recorrido hasta Vallenar, Copiapó, Chañaral o Caldera. El arreo transcordillerano de animales alcanzó entonces gran magnitud e importancia, contabilizándose

5 “Chañarillo” fue un centro minero de enorme relevancia para el país durante el siglo XIX, llegando a ser el tercer yacimiento de plata más grande de América.

6 “Capote” fue un centro minero de oro trabajado desde tiempos prehispánicos por Diaguitas e Inkas. Durante la crisis del salitre, este yacimiento minero alcanzó alto prestigio llegando a convertirse en el más importante y relevante de Atacama.

anualmente el paso de alrededor de 10.000 cabezas de ganado. Al respecto, Joaquín Morales señala: *“Este tráfico de vacunos se hace ahora en grande escala por la cordillera, y no menos de diez mil cabezas de ganado mayor cruzan los Andes en el año para ser recibidas en engorda en los estensos alfalfaes del valle y surtir de esta manera la costa del norte de Chile. Pero, con motivo de la bondad del camino, es el paso de la Flecha en el río del Tránsito, el preferido, existiendo en este valle el puerto seco de las Juntas de Chollay como el único de esta cordillera, porque el de San Félix fue suprimido a causa del poco comercio que se hacia por el río del Carmen”*.

La rentabilidad de esta actividad, conllevó a que hacia inicios del siglo XX se emplazaran en el Huasco Alto las estancias de Valeriano y Chollay, que tenían como propósito la reproducción y engorda de la masa ganadera procedente de Argentina, y que luego sería comercializada para abastecer a las faenas mineras. Para controlar este intenso tráfico ganadero y movilidad transfronteriza, en el poblado de El Tránsito se estableció una Casa de Aduana cuya función fue contabilizar y autorizar la circulación transcordillerana de animales.

En tanto, según sostiene Molina (2011), podemos consignar que este tipo de arriería hacendal se insertó en el sector de transporte de bienes y productos de las economías formales de exportación de ganado. En este contexto, los arrieros constituían trabajadores asalariados de los hacendados o prestaban servicios de transporte. En complemento, a este rostro de la arriería hacendal, coexistieron los denominados “otros arrieros” que generalmente llevaban animales de su propiedad o de miembros de la misma localidad para el intercambio y el trueque, elaborando sus propios viajes y diseñando sus particulares estrategias de intercambio. En el Huasco Alto, estos “otros arrieros” se corresponden con quienes transportaban sus propios productos agrícolas y otros recursos naturales recolectados (minerales, leña, guano).

Hacia mediados del siglo XX, la arriería hacendal decae en vista de la disminución de la demanda por productos cárnicos y sus derivados, la emergencia de los procesos de modernización, los procesos de migración y asalarización de la población, así como por el control de la frontera chileno-argentina debido a la fiebre aftosa.

En tanto, los “otros arrieros” han seguido en el territorio y en la última década estos sistemas de vida de recorridos y permanencias por el territorio, han sido fuente de reivindicación cultural y referente de una identidad colectiva propia en el marco de los procesos de re-etnificación Diaguita: *“Identificamos en la crianciería y las prácticas que le son asociadas, más allá de su*

sola esfera económica, una actividad de reproducción de los diaguita como fundamento de diferencia y cohesión grupal a través de, por ejemplo, la mantención de modelos tradicionales de colaboración y reciprocidad. Es justamente por esto que la demanda de la inclusión diaguita a la ley 19.253 se centró en las comunidades de la parte alta de Alto del Carmen”⁷.

Cabe señalar que en el Huasco Alto, gran parte del territorio ocupado para el desarrollo de la arriería corresponde a la estancia Los Huascoaltinos, o bien, Comunidad Agrícola Indígena Diaguita Los Huascoaltinos, territorio inscrito como propiedad ancestral indígena, espacio de producción comunitaria con derechos inmemoriales de uso y goce⁸.

Actualmente, en el Huasco Alto se mantiene la práctica de la arriería vinculada a la crianza, tenencia y traslado de animales en función de ciclos estacionales y trashumantes, de la mano de familias que continúan forjando su reproducción socioeconómica y cultural entre majadas de invernada y veranada, en una continua ocupación del territorio desde los faldeos cordilleranos hasta las vegas altoandinas.

7 “La Criancería en la Cordillera del Huasco Alto. ¿Transformación o pérdida?”. Mauricio Lorca. En: Proyecto Diagnóstico Sociocultural de la Etnia Diaguita en la III Región de Atacama., Grupo de Investigaciones TEPU, 2005.

8 “El Valle de los Naturales. Una Mirada histórica al pueblo Diaguita Huascoaltino”. Iván Pizarro; Pedro Campos; Cristina Montero; Rubén Campusano. FONDART, 2006.



1. Los inicios en la arriería

En este primer capítulo, indagaremos en torno a los inicios en la arriería, explorando de qué forma los arrieros y arrieras del Huasco Alto aprendieron este oficio, en qué contexto, a qué edad, con qué animales, rastreando en definitiva de dónde proviene este legado. Asimismo, se hará mención a algunas de las rutas que los arrieros y arrieras realizaron durante su niñez y juventud, evocando vivencias específicas asociadas a los orígenes y despertar en el oficio.

1.1. LOS PRIMEROS TRANCOS

En el Huasco Alto, la arriería asociada al traslado de ganado que realizan los crianceros por temporadas en busca de alimento para sus animales, acontece como una tradición familiar que se ha transmitido de generación en generación. Legado de abuelos, abuelas, padres, madres, tíos, que han enseñado y prolongado este modo de vida, recorriendo y habitando los valles transversales desde las riberas hasta la alta cordillera. Desde la más temprana edad, se dan los primeros trancos que llevan a aprender el oficio a partir de la observación y la práctica cotidiana, viviendo y compartiendo tareas de crianza y arreo con las familias, tal como nos relatan la Sra. Ángela Rojas, su hija Elicia Bordonos y Dionila Raquel Cayo, arrieras tradicionales del sector de Juntas de Valeriano:

“La crianza de ganado cuando me crío mi abuelita a mí. Ella siempre andaba con ganado, en el campo nos criaron a mí con la Anita. Nos dejaban solas en el campo y cuando se demoraban mucho ellos en volver, nosotras llorábamos ¡Porque estábamos chicas!”

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

“Yo aprendí de niña, de chica, como a los 10 años, viendo lo que hacían ellos. Ellos eran crianceros, así que de eso vino todo esto, la vida ésta siempre me ha gustado”. Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

“De mis abuelitos, de mi abuelito Horacio. Él tenía muchos animales, burros, vacas. Tenía como 20 vacas, como 40 burros ¡Qué nos costaba rodear a esos animales a nosotros de allá del campo! Y ahí nosotros trabajábamos”. Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

La transmisión del oficio, se ha ido perpetuando a través de las enseñanzas en la niñez sobre el cuidado de los animales, destacando la crianza de rebaños y ganados conformados por cabras, ovejas, burros, vacunos, además de caballares. Los aprendizajes han conllevado también saberes asociados a la carga, manejo y arreo de los rebaños.

“Yo aprendí con mi papi aquí, como me fui criando, fui aprendiendo, yo más o menos de los 5 o 6 años yo andaba con los animales, cuidando cabras, ovejas, y de ahí me fui tirando para arriba, hasta ahora ya que me tiro solo no más. Tengo caballos, tengo vacunos”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“Con mi papá como le decía. Mi papá me metió en esto a mí, él principalmente fue el que me enseñó a hacer lo que sé ahora, él me enseñó a cargar, a herrar, a manejar un caballo, el cuidado que debe tenerse con la gente que ando trayendo, el respeto, todo eso, él me enseñó eso, a respetar y a ser lo que soy, un arriero joven y respetuoso”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

“Teníamos caballares, mulares, burros, cabras, vivíamos llegando al observatorio Las Campanas...Teníamos una majada, era la principal majada que teníamos”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

A su vez, se hace referencia al contexto y tipos de trabajos asociados a la arriería como forma de vida, ya que se debían abarcar tanto tareas de crianza y traslado de animales como labores domésticas y de apoyo en el cuidado de hermanos menores durante la vida en las majadas. Responder a las múltiples actividades diarias, necesitaba la colaboración de todos los miembros de la familia independiente de la edad y el género, participando inclusive las niñas de los trabajos vinculados al aparejo y carga de animales, como nos narra la Sra. Raquel Cayo:

“¡Mi abuelita me crio en el campo a mí! Con sus cabritas que ella tenía. Ella tenía cabritas también y ahí nosotros vivíamos en el campo, íbamos para el campo, cargábamos los burros, nosotras las mujeres, las niñas. Éramos tres niñas, pero más andaba yo con una niña, la Aurora, mi hermana. Ella era la que más andaba, y yo cómo era la mayor andaba con los chicos, con el Benjamín, el Ramón”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

Antiguamente, la criancería y traslado de animales aumentaba en épocas de lluvias y abundante pasto, y en cada sector del Huasco Alto era posible identificar a alguna persona dedicada al oficio, existiendo un verdadero entramado social articulado en torno a la arriería que aún permanece en la memoria. El testimonio de don Sergio Cruz retrata parte de este significativo tejido de arrieros que existía por el lado del valle del Carmen.

“Siempre han existido porque antes era muy fácil traer animales, cuando habían años buenos, había pasto por todas partes... Empezando de allá abajo, teníamos allá a Don Alamiro Salazar que vivía por allá donde vive Vitoco, por el Portezuelo que le llaman. A él lo conocí como arriero, conocí a don Belmor, conocí a Antonio Prado, conocí a mi tío José Nicanor, conocí a Don Marcos Rivera, conocí Don Tito Garín, en este sector de aquí abajo y a Martín Páez, un arriero que había aquí a la vuelta por la quebrada, y Ariel Torres en Retamo, ese fue el último arriero que hubo acá, que tenía tropita para ir a buscar guano, para buscar leña que vendía acá, ese fue el último arriero de aquí del valle del sector mío. Don Rogelio Liquitay, faltó ponerlo ahí como arriero, llevaban animales de aquí y los llevaban a pastar a Manflas y después cuando engordaban a los dos o tres meses los traían, de acuerdo del pasto duraba más o menos la gordura del animal”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

Sin embargo, el ser arriero no se ha remitido únicamente al manejo y crianza de animales, ya que en el tiempo, según las condiciones y contextos históricos, se han desarrollado diferentes y complementarias formas de ser arriero (en el siguiente capítulo abordaremos en detalle los “otros oficios”). En este sentido, los orígenes en la arriería también se han vinculado con el aprendizaje de “otros oficios” entre los que se distinguen el arriero fletero, el pirquinero, el productor de carbón, el comerciante de guano, el talabartero, el carnicerero, entre otros.

“Mi papá tenía cabras, hacía carbón y trabajaba de arriero. Acarreaba cuestiones a Vallenar. Todas esas cuestiones, traía los víveres de allá, al cerro”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

Por su parte, el siguiente relato de don Rubelindo Bolados, da cuenta de que mientras la práctica de la criancería se aprendía desde la tradición familiar, el aprendizaje del oficio del arriero tropero que trasladaba animales con cargas, se concretaba más bien a partir del trabajo apatronado como aprendiz, e implicaba el pago de un salario.

“Es que mi papá era criancero y nosotros de que agarramos conocimiento, ya lo primero que conocimos fueron los animales y nos empezamos a criar al lado de los animales, trabajando con ellos, cuidándolos, alimentándolos y en esos años no se conocía otro mundo, más que esos trabajos. Entonces yo después agarré más años, como 13 años y unos señores que vivían por el campo que tenían ganado de cabras, tenían tropa de burros, trabajaban el carbón en leña le pidieron permiso a mi mamá y mi papá que les tuviera un trigo sembrado que ellos tenían por allá... Me dijeron que me quedara con ellos. Yo les dije tienen que ir a pedir permiso a mi papá y a mi mamá. Así que vinieron y me dieron más permiso y me atajaron y me echaron a la tropa. Y ahí yo fui aprendiendo a cargar, a descargar, a hacer la carga del carbón, a cortar tercios de leña y fui agarrando esa profesión. Porque en esos años esa era la profesión de uno. Total ya después agarré 16 años y ya era arriero, ya me pasaron 9 burros aparejados me acuerdo para que trabajara yo, pero a sueldo. Yo trabajaba para ellos. Eso sí que la tropa era de ellos y ahí me acostumbé tanto que estuve 8 o 9 años con ellos”. Rubelindo Bolados Rojas, 82 Años, Las Breas.

Si bien la arriería es un legado heredado tradicionalmente, no todos los miembros de la familia han continuado desarrollando el oficio ya que a través del tiempo hay quienes han vendido sus tierras para emigrar a la ciudad y entornos urbanos, rompiendo el lazo originario con esta forma de vida. En este sentido, destaca el testimonio de don Jorge Campillay quién fuese el único miembro de una familia de tradición de arrieros que prosiguió con la actividad criancera.

“Mi papá criaba muchos animales, mi abuelito, mi abuelito se llamaba Onofre Campillay, mi mamá Celinda Campillay y mi papá Bernardo Campillay. Tenían vacunos, caballos, cabras, todo, ovejas, gallinas. De todo animal ellos criaban, en Conay, si yo vivía en Conay. Ellos tenían un terreno grande para allá al frente del retén, ese era de mis padres, de mis abuelos. Después vendieron, mi papá quedó viudo y ya él vendió sus terrenos y empezó a trabajar en otras cosas, bajó a Vallenar y allá con otros hermanos míos estuvieron en Vallenar. Yo me quedé aquí no más. Yo tengo 55 años aquí. Empecé a criar animales, empecé a comprar animalitos. Con el sueldito que yo ganaba compraba, como eran baratos los animales, yo compraba animales. Tenía caballos, tenía cabras. Tuve hasta 200 cabras”. Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

De este modo, comprendemos que la arriería es una adaptación ancestral al agreste territorio cordillerano, forma de vida esforzada y autónoma que se origina, gesta y reproduce en el seno de las familias del Huasco Alto.

1.2. RUTAS Y VIVENCIAS DE INFANCIA Y JUVENTUD

A través de sus diálogos, las arrieras y arrieros del Huasco Alto rememoran las antiguas rutas de trashumancia que realizaron durante sus primeros años de infancia y juventud, y que les llevaron a transitar por cerros, quebradas y lagunas, forjando sus aprendizajes en el oficio.

Al respecto, las familias arrieras que actualmente habitan en la localidad de Juntas de Valeriano –sector más apartado del Valle del Tránsito–, señalan que la ruta por la Quebrada Larga hacia la Laguna Grande, ha sido desde tiempos antiguos uno de los recorridos desarrollados tradicionalmente, y a través del cual fueron cultivando desde la niñez la trashumancia por el territorio.

“A la Laguna Grande, allá para la Quebrada Larga, donde está la mina del Morro ahora. Yo esos cerros los conozco al revés y al derecho. Por esas quebradas andábamos rodeando a los animales...Cansado porque era una semana o dos semanas estar en el cerro para rodear todo, buscando ocho días a veces, días rodeando a los animales. Y con el ganado uno son tres, cuatro meses ¡cinco meses que está uno para allá!”

Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

El viaje hacia la Laguna Grande se realizaba escalonadamente e implicaba una serie de “paradas” en el camino para el descanso, refugio, y pastoreo de animales, a fin de continuar posteriormente con el recorrido. Este circuito se conformaba, entre otros, por los sectores de la vega Amarra del Negro, la Junta del Pescado y la Laguna hasta el cerro Cantarito. Una vez en la majada en el sector de la Laguna Grande, los animales se dejaban pastoreando durante el día y se les cuidaba desde diferentes “puestos”, espacios que iban delimitando la ocupación del entorno territorial.

“De Valeriano salíamos al Amarra del Negro y de aquí, del Amarra del Negro hasta aquí y de aquí a la Laguna, hasta Cantarito. Esa era la ruta que hacíamos”. Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

“Si acá a la laguna, en el verano, se pastaba allá hasta el río Grande. Después, en el tiempo que se bajan los animales, se va yendo uno por partes. Uno bajando, es la parte del Zepeda, el Pescado, después el Amarra del Negro, que es la parte que tenían ellos para llegar con su ganado. Hasta que llegaban a una parte, a los pozos, hasta ahí llegaban en el tiempo del invierno, ahí invernan”. Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

“A veces salíamos para allá para el medio a juntar los animalitos, en la parte donde nos llevaba mi mamá era El Puesto y el Burro. El Burro queda más para allá y el Puesto queda más acá. Ahí salíamos todos los años con los animalitos. Con las cabras, y en abril los bajaban de allá. Una vez nos pilló un aguacero para allá. Estaba chica yo”.

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

Los arrieros y arrieras se acuerdan con añoranza de que antiguamente el sector de la Laguna Grande era ampliamente habitado por diversas familias que practicaban la trashumancia ganadera, y junto a quienes se cultivaban lazos de apoyo y reciprocidad. Entre las familias que solían asentarse en dichas veranadas también se articulaban lazos de parentesco que fortalecían los vínculos de reciprocidad. Entre algunas de estas familias se cuentan los Alcayaga, los Campillay, los Espinoza y los Bordonos.

“En esos años había más familias, estaban la familia de mi tía Briseida, los papas de la Elicia, don Jorge Campillay, que era a la vez mi abuelo, el andaba con las hijas y los nietos, que eran niños de la edad de nosotros, prácticamente nos criábamos juntos en esos años. Don Julio Espinoza que también falleció. La señora Lirema que también anduvimos varios años nosotros con ella, juntos. Que juntaban los ganados y ahí andábamos. Ella nos ayudaba, ¡nos ayudó mucho ella! A criarnos, ella nos atajaba cuando mi papá bajaba, nosotros nos quedábamos con ella. Hasta que ya después agarramos rienda para otro lado, piño aparte no más”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

Otra de las rutas tradicionales que evocan los arrieros es aquella que se adentra por las quebradas del sector de Pinte para conectar con la ruta hacia San Félix por el suroeste, o con la ruta hacia Chollay por el noreste, trayecto que ha sido desarrollado desde hace generaciones por la familia Santibáñez.

“Yo me voy por esta quebrada para allá, íbamos con mi papá para adentro y llevábamos sus cinco, seis, siete vacunos para el campo, yo iba como compañero no más, en ese tiempo yo tenía como 5 o 6 años, él me iba enseñando y conociendo para arriba, hasta que llegamos hasta el final para allá, deslinda con San Félix, por allá por Chollay al lado izquierdo”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

En tanto, algunos arrieros rememoran aquellas historias sobre su despertar en algunos de los “otros oficios” asociados a la arriería. Al respecto, don Víctor Rojas hace referencia a los primeros trabajos que realizó durante

su adolescencia como aprendiz de arriero para vender abono de cabra, utilizando para ello la ruta La Laja-Camarones por los cerros interiores del camino viejo hacia Vallenar, labor que le redituaba escasos recursos.

“Como de 14, 15 años ya empecé a trabajar con mis animales, de primero empecé a bajar abono, porque antes que iba a La Laja ahí iba el pueblo, ahí compraban mucho abono de cabra, se compraba, tenía unos altos como de 4 a 5 metros de altura de abono. En esos años pagaban muy poco, como 20 pesos por el saco. Empezamos a acarrear acá a Camarones. De Camarones ya empecé a entregar aquí en la Laja y ya ahí empecé a comprar mis cositas y llevarle cosas a mi mamá y a trabajar con mis animales”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

Por su parte, don Agustín Villalobos nos relató que fue en el sector de Carrizal donde forjó sus primeros pasos como arriero fabricante y distribuidor de carbón, actividad que le permitió durante su primera juventud generar aportes para apoyar en la economía familiar.

“Yo me críe adonde llaman Carrizal y tenía 15 años y el finado de mi taita nos mandaba a hacer carbón con un hermano que tenía yo. Nosotros somos 12 hermanos y hacíamos carboncito y me mandaba a venderlo donde llaman Condoriaco, al lado de la torre, por allá. Así que me cargaba 5 burritos con carbón y me iba. Claro que yo podía cargarlos, eran livianitos los sacos sí, y aprendí a cargar y a manejar los animales. Alojaba en una parte que se llama Talitral solo, ahí alojaba, al otro día me levantaba temprano y llegaba al pueblito. Y allá me compraban el carbón para comprar las cositas para la casa con la platita del carbón y me venía”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

En definitiva, evidenciamos que el oficio de la arriería en el Huasco Alto principalmente es legado de una tradición familiar, que ha sido transmitida al tranco por diferentes rutas ancestrales. Arrieros y arrieras han ido heredando prácticas y conocimientos, iniciándose y curtiéndose en el oficio de la arriería y trabajos complementarios desde niños y adolescentes. Estas experiencias de vida son el reflejo de la lucha por la subsistencia en el intrincado territorio cordillerano y permanecen en sus memorias como un patrimonio inmaterial e histórico.



2. La trashumancia y “otros oficios” arrieros

En el presente capítulo, nos adentraremos en la especificidad de la práctica del arriero, describiendo su oficio tradicional modelado por la crianza de animales y el movimiento trashumante a lo largo del territorio cordillerano. Luego, visualizaremos el relevante rol histórico que cumplieron los arrieros “troperos” durante el período del auge minero, cargadores y transportistas que facilitaron el intercambio de mercancías y productos desde y hacia el valle del Huasco. Finalmente, nos referiremos a los “otros oficios”, que han desarrollado de forma complementaria los arrieros a lo largo de sus trayectorias, forjando continuamente una forma de vida de andanzas, movimientos y recorridos, ligados al quebradizo macizo cordillerano.

2.1. LA FORMA DE VIDA TRASHUMANTE

En el Huasco Alto, la práctica de la arriería se ha vinculado de forma tradicional a la crianza y tenencia de animales, labor que ha sido desarrollada desde tiempos prehispánicos por los habitantes del valle. El arte rupestre, presente en piedras y cuevas, atestigua el carácter trashumante que ha tenido la ganadería desde tiempos remotos.

La vida del arriero se ha caracterizado por el traslado estacional de ganado mayor y menor, en un recorrido cíclico por los diferentes pisos ecológicos de internadas y veranadas del Huasco Alto, creando y recreando una manifestación cultural que se distingue por su movilidad.

“Cabras criamos con la señora mía, estuvimos criando como setecientas, aquí no más en El Carrizo. Para todas partes pastoreábamos, nos cambiábamos de aquí para allá, nos cambiábamos. En el invierno nos veníamos aquí al Carrizo y para el verano, para el tiempo de la primavera nos íbamos para arriba”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

“Los que tienen animales para acá bajan para el invierno, ya en el tiempo de verano, septiembre, octubre, ya se van yendo para arriba, cuando no llueve. Así que por ahí la gente pasa con los animalitos, igual a los de acá. Ve que allá donde Pedro, mi hermano, se van para las lagunas bajan hasta Valeriano no más. Los otros, los sobrinos míos, por río Colorado llegan hasta una parte no más y ahí pasan el invierno y ya en septiembre octubre pegan la vuelta para atrás otra vez ¡al cerro, a la cordillera! ¡A engordar los animales!”

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

“Bueno la vida del arriero es llevar animales y llegar a una ruta y hacer sus cosas, ensillar, emparejar y darle comida a los animales. Lo que hace un arriero”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

El modo trashumante de habitar la cordillera, se construye como un circuito territorial para el traslado del ganado que nace en los valles y remonta hacia la alta cordillera, y que luego de una temporada se reactivará en sentido descendente. Con el tiempo de los brotes primaverales, entre los meses de agosto y noviembre, arrieros y arrieras inician el movimiento ascendente junto al ganado en búsqueda de las primeras praderas y vegas. Entre pausas y movimientos, diferentes ranchos o majadas cordilleranas se van habitando de forma temporal, mientras se continúa “escalando” el macizo andino en búsqueda de los mejores pastizales, hasta llegar a los sectores altoandinos de “veranada”, lugares en los que se permanece durante el periodo estival. Hacia los primeros meses de otoño, cuando las temperaturas comienzan a bajar, se inicia el regreso gradual hacia los aposentos de invernada, donde el ganado permanece cerca de las viviendas y es alimentado con alfalfa de producción anual.

“Yo, siempre que vamos, me voy de a poco de aquí, por ejemplo saco los animales en septiembre, como se va abrigando, va saliendo la primavera, o retoñando se van yendo solo los animales, hasta que en ese tiempo en octubre, noviembre, ya voy avanzado para arriba, pero nos vamos de escala, no de un viaje, hasta que ya regresamos con los animales en abril, por ahí por mayo, según como este el tiempo”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“Empezábamos, nos íbamos como en agosto, allá ya terminaba un poco los hielos así que ya podíamos buscar más pasto para los animales. Sí que había que cambiarse por el pasto de los animales. Hacer un cambio de rancho como decían”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“En octubre. El cinco de octubre teníamos que tirar para el campo y ya en abril los bajábamos. Todos los años, todos los años uno llega con sus animales al campo”.

Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

“En marzo, por ahí cuando se pone helado, a veces se vuelve después, pero a lo más en abril, en abril ya hay que estar aquí, se pone muy helado, no solamente para uno igual, los animales lo sufren mucho, entonces es mejor prevenirlo y venirse”.

Sebastián Páez Ortiz, 24 años, El Corral.

La extensión temporal del circuito trashumante es relativa e irá variando en función de la disponibilidad de pastizales en las vegas y veranadas, así como por las condiciones meteorológicas que determinarán las rutas a transitar para moverse junto al ganado.

“Ya en el mes de octubre se van a la cordillera y ahí se quedan dependiendo de cómo está la comida, se pueden quedar hasta mayo, abril, ahora nos vinimos en marzo porque no hubo mucho forraje en la cordillera, así que hubo que venirse. Pero es relativo, no hay un año igual al otro. De repente hay lluvia de verano que por poca que sea es importante porque sale pastito, se dejó de llover y salió el sol y eso hace que salga un pasto que a nosotros nos favorece que es la malvilla, que esa sale con cualquier poquito de lluvia, sale una malvilla y eso nos da una estabilidad de forraje de uno o dos meses, pero no todos los años pasa lo mismo, ningún año es igual a otro, entonces ese es un tema que hay que manejarlo en el momento no más”. Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

A su vez, el recorrido trashumante se realiza desde una dinámica y orgánica propia que implica preparar y organizar los desplazamientos, articular y distribuir funciones entre quienes acompañan y según el tipo de animales con los que se trabaja. En cada viaje, cada persona cumple un rol específico y guarda una responsabilidad en el arreo del ganado. En los trayectos, generalmente los arrieros van a caballo y las mulas o burros se utilizan para transportar la carga.

“Nosotros empezamos a organizarnos un mes antes, ya ¿quién va a subir? Entonces la pega se empieza a organizar y así. Porque a veces tienen que ir unos tres, cuatro arrieros con puros caballos, para puro sacarlos no más, y ahí los otros se van con las cabras, y las cabras hay que irse lento... tú tienes distintos roles, para empezar porque no se van a ir todos amontonados acarreado cabras y los caballos, hay muchos caballos que van por tranquito chico, y son esquivos, y se salen del camino y hay que andar alineándolos. Porque cuando salimos todos tienen su rol”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“Un día antes, se dejaba todo preparado, todo listo para al otro día salir temprano con los animales. Salíamos, los niños, mis hermanos mayores salían adelante con el ganado y nosotros que éramos más chicos quedábamos atrás con mi mamá y mi papá, alojábamos unos dos, tres días y de ahí seguíamos”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

En la preparación del viaje, es fundamental asegurar la alimentación y víveres que permitirán la subsistencia en la cordillera. Entre los alimentos tradicionales que se consumían durante los trayectos, se cuentan la harina tostada y la preparación de comidas como el frangollo a base de trigo pelado y la chuchoca. Para el traslado de víveres, se elaboraban unos costales de cabrito a modo de sacos de carga y se tejían jergones en telar para asegurar el abrigo.

“Para preparar el viaje, el día antes tostábamos harina, trigo para llevar harina tostá, y el frangollo, trigo pelado, llevábamos frangollo más, porque era más rápido ¡antes no se hacía el arroz! ¡Se hacía puro trigo no más! La chuchoca molía, la harina tostá, eso era lo que nosotros llevábamos al campo. Nosotros nos hacíamos unos costales de cabrito chico, le sobábamos el cuerito a los cabros ¡y esos eran los sacos antes, de puros cueros de cabro. Sacos para tener la harina tostá, para tener el trigo pelado, la harina de chuchoca, con puros costales de cabro, los pelábamos en la legía y después los sobábamos, los costales quedaban suavécitos, parecían género. Ahora no, nadie hace esas cosas. Puras bolsas sintéticas no más”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Hay que prepararse un mes antes pues, comprar sus cositas para llevar cosas para un mes, preparar la sopa para llevar, caballo, monturas, de todo hay que llevar. Para poder estar allá un mes que sea”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“Viveres, hay que llevar bastante viveres. Porque cuando se va para la cordillera hay que asegurar la azúcar y la harina y todo lo demás. Si uno se va con el ganado para la cordillera hay que asegurar un buen poco de viveres”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

Entre las indumentarias utilizadas antiguamente, se hace alusión al uso de pantalones enlampados como protección para cubrir las ropas, mientas que entre las mujeres se utilizaba la “montura de lado”, tal como rememora la señora Dionila Raquel Cayo.

“Yo iba en un caballo moro que tenía mi abuelita, en montura de lado, de esa de mujer, de esas sillas ¡Ahí tengo yo la montura!”

Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Yo veía a Don Marcos Riveros que era un viejito que había, antes se usaban mucho los pantalones enlampados, que era como una protección que se usaba en toda esta parte, para no gastar la ropa”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

En algunos casos, el desplazamiento hacia las majadas se realizaba junto a la familia, habitando conjuntamente en las veranadas durante la temporada estival. Mientras que en otros casos, los arrieros se trasladaban de forma más solitaria.

“Con la familia, me iba yo con todo, es que tenía hartos animales yo. Aparejaba mis mulas, mis burros, ensillaba los caballos y nos íbamos todos, es que tenía hartos animales yo, después los vendí porque ya no podía salir al campo, vendí hartos animales”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“No, yo me tiraba solo no más, a veces iba con mi papá, o iba solo no más, cuando se enfermó, iba yo no más, íbamos con mi hermano. Mi hermano también se enfermó después, y yo tenía que tirarme con toda esa pega”.

Gubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

Hoy en día, la ganadería trashumante continúa representando una práctica tradicional, formando parte del patrimonio cultural inmaterial de los habitantes del Huasco Alto. Este antiguo modo de vida, sigue permitiendo la autosubsistencia económica y la generación de ingresos en base a la comercialización de animales y la elaboración de subproductos como el queso de cabra.

“Bueno aquí unas de las cosas que el abuelo me enseñó, es que mientras uno tenga animales tiene plata fresca todos los días, así que cuando está la producción de quesos se sacan sus recursos y se guardan para cuando no hay, y acá siempre se venden animales, se vende no sé un cabro, un cordero, un caballo pero siempre hay algo que hacer para hacer lucas, así nos damos vuelta”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

2.2. EL ARRIERO “TROPERO”

Históricamente, el oficio del arriero se ha vinculado también al trabajo junto a las “tropas” de animales cargueros que permitieron el intercambio de productos y víveres desde tiempos coloniales. Hacia la primera mitad del siglo XX, en el Huasco Alto las “tropas” fleteras se componían por grupos de entre 10 a 12 burros y/o mulares, siendo el traslado de animales de carga una actividad bastante extendida.

“De ser arriero usted tiene animales, la tropa de mula, o sea mular no más le voy a contar. De la antigüedad, yo les estoy conversando de por allá del 40, 50, de esa época, era cuando la gente trabajaba a puro caballo con tropas no más”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.



Rubelindo Bolados Rojas, Las Breas.

“Bueno la tropa siempre consistía en 10, 12 animales, sean burros o mulas, esa era más o menos la tropa que tenían ellos... Antes el animal era el vehículo, no había otra manera”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

Comúnmente para el arreo de una tropa, se usaba una “yegua madrina” que hacía la función de dirigir a la tropa y un caballo ensillado.

“Podían ser diez burros aparejados para cargarlo, dos al pelo de remonta por si fallaba alguno y un sillero, de doce a trece burros se formaba una tropa, igual las mulas, diez a doce mulas era una tropa y una yegua madrina, que una mula se amadrina con la yegua y usted tira la yegua y después no hay para que arrearlas, se van solas detrás de la yegua. Siguen la pura yegua, si usted amarra la yegua y las mulas quedan sueltas no se mueve ninguna, se quedan todas al lado de la yegua. Se llamaba la yegua madrina, entonces eso era como una tropa. Habían muchas tropas”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 Años, Las Breas.

El arriero fletero con sus “tropas”, alcanzó una importancia estratégica e histórica al posibilitar el transporte y comercio de metales a lo largo y ancho del territorio, contribuyendo al desarrollo de centros mineros como Domeyko, entre otros.

“Mire las tropas habían muchos que tenían tropas para fletar, hacían fletes porque como en esos años en ninguna mina había huella de vehículos, todo el mineral se bajaba en las tropas, ahí fletaban. Fletaban de por aquí de estas minas que están aquí en los alrededores de esa zona de Domeyko para acá, toda esa zona tiraban a la Higuera de Coquimbo las tropas en burro, todas las semanas un viaje, con 10, 12 cargas”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

“Acarreábamos tropa, 40 kilómetros los metales, estábamos en un enganche que había que llaman el Pingo, ahí acarreábamos los metales y ahí llegaban los camiones y los llevaban para Copiapó. Estuve 16 años yo trabajando allá, de arriero”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

Asimismo, cumplieron un importante rol en el abastecimiento de productos como la carne y el cuero a los enclaves mineros, las mercancías que transportaban o animales que arreaban se llevaban hasta la estación de ferrocarril en Vallenar y podían tener como destino Copiapó, Huasco, Chañaral o Calama, entre otros.

“Los toros los llevaban para el norte en tren, de ahí de Vallenar, del ferrocarril, se dividían en Copiapó, Chañaral, Salvador, Antofagasta, Calama, otros pocos para allá para Domeyko, Huasco”.

Ibar Huanchicay Varas, 87 años, El Algodón.

Con las tropas se llegaban a acarrear cargas de metal de entre 100 a 180 kilos por animal, que eran distribuidas equitativamente a cada lado del dorso. Los mulares eran los animales que se sabía podían cargar más peso.

“Lo más común eran 80, 70 kilos arriba del mular, por lado. Esa era la carga del mular. Y los burros, 50 era lo más ideal echarle, para que no fallaran, porque si Ud. Le echa mucho peso también se cansan. Entonces un peso más o menos moderado, 50 Kilos por lado, con ese peso anda bien un burro. Y ya a los mulares había arrieros que les echaban hasta 90 kilos por lado”. Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

Por otra parte, los arrieros troperos fueron figuras relevantes para el intercambio de productos locales y el abastecimiento familiar. Desde el valle, salían productos como el vino, el aguardiente, la chicha, frutas y frutos secos que eran trasladados a los enclaves mineros o centros urbanos para ser vendidos o intercambiados a modo de “cambalache” por alimentos como el queso o el charqui.

“Mi papá, mis abuelos y un tío eran arrieros de animales, ellos siempre salían a Domeyko con cargas de vino, pasas y aguardiente, esas cosas iban a vender para allá. Y a veces venían de allá con quesos, charqui, esas cosas traían de allá. Traían cambalache como le llaman, en eso trabajaba mi papá y mi abuelo era igual y mi tío fue el último arriero de nosotros”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

“En esos años toda la producción y la cosecha de por aquí iba a parar a Vallenar en tropa y la mercadería de allá también venía en tropa de mula o burro. Todo el transporte que había era eso, las tropas. Para los minerales grandes que había allá, por Capote, para allá cargaba esa gente de por ahí de La Vega, iba a vender el negocio para allá fruta, vino, aguardiente, frutas secas, todo eso iban a vender para allá. Allá estaba don Alamiro Salazar, don Belmor Meléndez, otros señores Páez, tenían tropa e iban a vender para allá a Capote y a otros minerales que habían, minerales grandes, para poder vender sus productos y de ahí traían las cositas que necesitaban en la casa y así vivían”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

“Claro y de aquí mandaban cuestiones, cosechas, los viejos para Vallenar, cuando cosechaban el huesillo, el durazno, cargas de naranja ;todo eso lo llevaban de aquí y de allá traían cosas para acá! Bueno era lo que me conversaban a mí en esos años porque yo soy nacido el 44 nací yo. Pero lo que me conversaban antes, todos los viejos, los más antiguos conversaban así”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

Asimismo, el Huasco Alto fue un reconocido sector de crianza y engorda de animales en haciendas estancieras, las que durante el siglo XX abastecieron de productos cárnicos a los centros mineros de la región de Atacama. Los animales se criaban y bajaban desde las altas zonas cordilleranas hasta el sector de La Angostura o la Hacienda La Armita por el valle del Tránsito, donde eran pesados en romana. Posteriormente, los rebaños se arriaban por las huellas troperas hasta el sector de El Imperial o Vallenar, donde eran pesados, faenados y vendidos.

“Toda la animalá los criaban aquí. Los llevaban y los pesaban en El Imperial. Aquí había romana también para pesar vacuno, en la Armita, pero para llevarlos a Vallenar, los llevaban a pata no más, por el camino por la huella para abajo no más, de todas partes. Los pesaban ahí, cuando no los pesaban en la Angostura, donde Don José Ceriche, ahí donde trabajaba yo más antes, ahí puso una el viejo. ¡Ahí los pesaban no más! Y ahí los arriaban por aquí por la huella para abajo, por El Imperial y allá entregaban y ahí llevaban el cuchillo. Eso es lo que hacían antes”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

“Después trabajaba con otro caballero, que está por Valeriano, por el mismo río ese. Se llama Aliro Arco, ahí estuve trabajando con el también. Y tenía crianza de vacuno y ahí los llevábamos para la Laguna Chica, llevábamos los animales del viejito ese, de Don Aliro Arco... Después estuve aquí en La Pampa trabajando con don Alberto Mondaca, que tenían esa hacienda ahí”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

Ahora bien, durante sus viajes a través de la cordillera, los arrieros troperos se hacían acompañar por un “marucho”, encargado de ayudar y apoyar en todas las labores asociadas a la carga, aparejo, campeo y guiado de los animales. Los maruchos cumplieron un rol de soporte y generalmente esta función era ejercida por adolescentes o jóvenes arrieros.

“Mire, en una tropa siempre la manejaba el dueño de la tropa y un ayudante no más, 2 personas, siempre usaban un niño de catorce o quince años, ese era el ayudante, así como el camionero maneja con un peoneta ellos manejaban con un marucho que le llamaban en esos años, un niño marucho, un cabro que iba de ayudante, ese es el que campeaba la tropa, que ayudaba a cargar y a aparejar. Y fue terminando eso que ahora son muy pocos los que nos acordamos de esas cosas y que conocimos y trabajamos en eso”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 Años, Las Breas.

“El marucho es cuando uno anda con otra persona que le ayuda a cargar. Le ayuda a ensillar”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

La abundante presencia de arrieros troperos, conllevó a que entre ellos se conformara un sistema de “turnos” a modo de organizar el uso y paso de los animales por los caminos y huellas cordilleranas. Sin embargo, los atochamientos eran inevitables, lo que nos habla de la importancia que llegó a alcanzar este oficio en su momento.

“De repente había que turnarse pues. Por ejemplo Don Vitorino Alcayaga que tenía no sé cuántas vacas, decía ya, voy a pasar con las vacas, tal día. Entonces ese día los demás arrieros no sacaban sus animales porque iba a pasar Don Vitorino o también de repente Don Oscar Leighton va a pasar con las vacas para la costa, también tenían que pararse los otros y darle la pasada, porque se avisaban entre sí. Así funcionaba. O las tropas de mulas, de repente van bajando las tropas de mulas de la laguna que eran de los Iriarte, entonces los otros tenían que quedarse porque el camino no daba para que pasen 2, o esperar ahí en la cuesta había como un aparcadero... Si se encontraban en un lugar que no era el preciso, ahí se hacía el taco como se hacen los tacos ahí en Vallenar o en Santiago”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

A su vez, el traslado de animales implicaba destrezas y habilidades asociadas al guiado, control y laceo de los rebaños que se arreaban, tarea que en ocasiones implicaba un alto riesgo debido a la bravura de los animales.

“Esos animales de Franco allá de Chañarcillo, de Chollay, esos eran muy re bravos. Esos tenían que ir un gallo adelante avisando a las personas de a pie se hicieran a un lado porque ¡Era peligroso! Y así muchos para arriba también tenían animales bravos. Para traerlos se traían por la pura huella no más y para la romana, pesarlos en la romana era otra furcia.



Yo no les temía, llegaba y les ponía el caballo y el lazo altiro miercale, a la raja los llevábamos hasta la romana”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

Con el advenimiento de los procesos de modernización, el desarrollo y habilitación de los caminos y huellas vehiculares en la cordillera, la actividad de los “arrieros troperos” fue decayendo paulatinamente. Sus vivencias y experiencias nos hablan acerca de formas de vida que han quedado obsoletas en el tiempo, siendo verdaderos testigos de las transformaciones modernas y cambios en la vida cordillerana.

“Antes no habían huellas, había que tener animales. Ahora hay huella por todas partes. Antes no. Sí por aquí no había huella. Llegaba por la cuesta allá abajo. Allá donde vive la Juana, llegaba el primer camión. Era un camión mixto. Llevaba pasajeros y carga. Fue el primer camión que llegó en esos años, el Favorito se llamaba”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

“Tenían ganadito de cabras que también se ayudaban con eso y todos tenían su tropa y con los años se fueron terminando al extremo que hoy día no se conoce ni un burro. Terminó todo esa tradición, terminaron los aparejos, terminó todo”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

“Aquí la ruta este camino que va a la cordillera no más, que ahora lo ocupan los vehículos también, pero antes era de puro arriero no más, ahora ya no, ahora se ocupan con los vehículos hasta la cordillera”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

2.3. LOS “OTROS OFICIOS”

A lo largo del tiempo, los arrieros han desarrollado de forma complementaria múltiples oficios en su lucha por la autosubsistencia y la reproducción de una forma de vida ligada al territorio cordillerano. En este sentido, comprendemos que el modo de vida de los arrieros, se ha reproducido en vínculo y conjunción con otras actividades y rubros, que se han articulado como estrategias de vida, encontrándose entre éstos “otros oficios” el del pirquinero, el fabricante de carbón, el matarife, el carnicero, el comerciante de guano y guía de expediciones, entre otros. En aquellos años en que en la cordillera no existían controles institucionales, su actividad también se vinculó al contrabando de animales y productos desde Argentina, en una utilización permanente de los senderos cordilleranos. Al respecto, evidenciamos la multiplicidad y diversidad de trabajos que a lo largo de su trayectoria han desempeñado los arrieros, en consonancia con un saber hacer siempre ligado a su andar por la cordillera.

“Si hay metales, hay que ir a bajar metales. Si no hay metales y necesito plata o algo así hago un poco de carbón y lo traigo y lo vendo. Ese es el arriero. Si hay guano de cabra, me piden abono para las plantas, ahí en la majada por ahí traigo abono. Lo compro allá porque está como a quinientos pesos el saco de abono en la majada y traerlo para acá uno tiene que venderlo a mil pesos a mil doscientos para que le quede algo a uno. Teniendo sus animales uno se da vuelta. Es igual que tener un vehículo, si usted tiene una camioneta, en tal parte hay que hacer un flete uno lo hace. Igual yo con mis burros”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

Uno de los oficios que han desarrollado los arrieros es del pirquinero, que también es una actividad tradicional del Huasco Alto. Los pirquineros son mineros que extraen minerales de forma artesanal, realizan prospecciones y pequeñas explotaciones con instrumentos como la cuña, el martillo y la dinamita. Los arrieros pirquineros recuerdan que antiguamente se trabajaba principalmente en yacimientos de oro y cobre, y que una de las características que distingue a este oficio es la manera informal, autónoma e independiente del trabajo.

“Siempre trabajan así no más, le llaman el pirquinero, el que trabaja apatronado ese no, ese trabaja apatronado y el pirquinero trabaja solo no más, por las de uno no más. Ese es el pirquinero. Como ser nosotros, yo al trabajar por las mías soy pirquinero y al trabajar apatronado ya es apatronado uno”. Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

“Antes habían muchos mineros, se trabajaba mucho el oro. Así que ahora no, ahora ¡no hay nadie! Porque no hay oro... Antes se trabajaba a pura cuña no más, se barrenaba a pura cuña, antes se cargaba todo bruto no más. A pura pala. Así trabajaba mi abuelo, era minero también trabajaba mucho el oro”. Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.



Víctor Rojas Díaz, El Sauce.

Asimismo, la pirquinería ha sido un oficio transmitido de generación en generación, aprendido en familia o como ayudante, que implica un conocimiento práctico y acabado acerca de los diferentes tipos de metales, sus características y ley, así como sobre los procedimientos y etapas para su extracción ya sea en “maray” o “trapiche”.

“Aprender a conocer los minerales. Aprender a challar. Aprender a conocer el cobre, el oro. Y no es llegar y ser pirquero tampoco. Hay que conocer. Aprendí desde niño. Me fui a trabajar a la mina como le digo yo, allá aprendí. Conocí el cobre y todo eso. Y el viejito me enseñaba y de ahí aprendí yo”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

“El trapiche son de fierro no más, los maray es hacer una taza de cemento con una piedra y se le pone un palo arriba y ese palo se va moviendo y la misma agua va haciendo el movimiento, el agua se lleva debajo de la piedra, se mueve de acá para allá hasta que queda refinadito el material. Después ya cuando está bien finito, se echa un lavador y después del lavador se le echa un azogue y después se estruja y ahí sale el oro. Es bonito trabajar pero cuando hay, cuando hay oro es bonito, pero ahora que es escaso pasa más el hambre uno”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

Los metales que se sacaban de la alta cordillera, se trasladaban en tropas hasta las zonas donde había un trapiche o maray para moler el mineral, afiándose en este proceso la relación entre el pirquero y el arriero tropero. Con los animales cargados de metales, se recorrían las huellas que llevaban hasta los trapiches. Algunos, ubicados en el sector de La Torre Blanca en la ciudad de Vallenar y en el sector llamado Duraznito.

“En burro bajábamos hasta la parte donde había huella y ahí lo bajábamos para traer a los trapiches ahí en Vallenar, ahí en la Torre Blanca, ahí hay trapiches para sacar el oro”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

“Echábamos tres días de viaje para ir a moler el metal y tres de regreso. El metal lo molíamos ahí en Duraznito había un trapiche, ahí íbamos a moler”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

El relato de don Jorge Campillay, esboza la rudeza y sacrificio que implicaba bajar los minerales desde las minas de don Santiago Cayo en los alrededores de la Laguna Grande hasta Valeriano.

“Nosotros trabajamos mucho tiempo, trabajábamos con 20 animales cargados con metal. Allá donde está trabajando el Morro. Por allá tenía minas don Santiago Cayo y trabajábamos con otro compañero, trabajábamos metal por aquí. Dos, tres días cargando animales, llegábamos hasta una parte después alojábamos y cargábamos otra vez para llegar hasta aquí. Un tremendo trabajo. Los minerales ahora comienzan con las máquinas a sacar huellas, huellas y metiendo vehículos pues. Antes no, eso no se conocía que llegara un vehículo a la cordillera pues”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

Por su parte, don Agustín Villalobos rememora el período en el que trabajaba como pirquinero y acarreador de metales en el sector de La Laguna por el Valle de El Carmen, recorriendo con sus tropas hasta conectar con las primeras huellas vehiculares.

“Trabajábamos en la mina y como teníamos tropa, acarreábamos los metales a Los Canales, le acarreábamos al dueño de la mina lo que juntábamos nosotros. Trabajábamos también como pirquineros. Total que después nos vinimos a una mina que está aquí arriba en La Laguna. Ahí estuve trabajando unos varios años. Acarreábamos los metales a La Cuesta, porque hasta allá llegaban los vehículos”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

Otro de los oficios que los arrieros han aprendido y desarrollado para asegurar su sustento es la fabricación de carbón. La elaboración de carbón en el Huasco Alto se realiza de forma tradicional en hornos de barro emplazados en laderas de cerros donde se quema lentamente la leña a lo largo de 4 días; el procedimiento por su carácter rudimentario, implica un acucioso cuidado, manejo y manipulación de las temperaturas, tal como comenta don Víctor Rojas.

“Se hace en una barranca, se hace un hoyo y se le debe dejar una chimenea. Después se le tapa la puerta, se hacen 2 pircas, con una delante y otra atrás, y se le echa tierra, entonces no le entra el aire y se le deja una ventanita abajo y por ahí entra el aire y sale arriba en una chimenea. Cuando el horno está suave el humo está listo para tapanlo. Se tapa

arriba y se le tapa abajo, que no le entre un aire por ni un lado. Ahí hay que darle 3 días, 4 días, para que el horno esté bueno para adentrarse a sacarlo. Como en 4 días uno se entra al horno, pero antes no. Si tiene harta pega y la leña tampoco puede llegar y tirársela adentro. Hay que acomodarla, dejarla acomodadita para que le entre el humo por debajo y ahí se va quemando la leña en el horno. Muchos dicen que es llegar y hacerlo no más. ¡No! No es llegar y hacer el carbón”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

Como materias primas para la elaboración de carbón se ha utilizado generalmente la “varilla” o la “algarrobilla” seca como leña, sin embargo, ésta última especie está protegida y en peligro de extinción, siendo importante generar alerta y conciencia acerca de su cuidado.

“De leñita de campo no más pues, algarrobilla, varilla, toda esa leña seca juntábamos nosotros y la llevábamos para vender en la mina. Todos esos árboles secos, por eso juntábamos nosotros y lo llevábamos para la mina. Igual para hacer carboncito, lo llevábamos para Vallenar y todos los arrieros hacían lo mismo para poder vivir”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

“En un año bueno antes había mucha algarrobilla, hay una planta que se llama algarrobilla, y la compraban mucho esa, la recogía la gente se juntaba mucha incluso aquí de los campos salían a algarrobillar, y la protegían mucho y en los años cuando era lluvioso, en septiembre se ponía muy delicado cortar algarrobilla para hacer carbón. Salían los carabineros al campo para corretear a los carboneros. Que no estuvieran cortando la algarrobilla”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

“La algarrobilla también está escasa porque igual la algarrobilla verde no se puede cortar, porque está en extinción. Así que si te ven a ti, tienes que cortar pura algarrobilla seca, pero a uno se le pasa la mano y se pone a cortar la algarrobilla verde. Porque ya no hay leña seca, algarrobilla ya no hay, está muy escasa. En todos lados que hemos andado nosotros ¡no hay! Eso es lo que vemos”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Antiguamente, existía una demanda desde los enclaves mineros por carbón generando que muchos arrieros se especializarán en esta producción.

“Antes casi no se usaba el gas, no se conocía la cocina a gas. Allá en la San Antonio le llevaban todos los arrieros la leña para que cocinaran allá en la mina. Toda la gente le llevaba leña, allá los patrones compraban leña para cocinar para los trabajadores. Ahí se hacía carboncito”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

“Después íbamos a hacer carbón de aquí para allá, adonde le llaman Quebradita, acarreábamos leña de unos cerros de ahí y hacíamos carbón y el carbón lo llevábamos a donde llaman El Tabaco para allá y allá venía el camión a buscarlo, ahí estuvimos un buen tiempo allá, en eso haciendo el carbón”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

El trabajo asociado a la elaboración de carbón se aprende como parte de una estrategia de vida familiar, que ha permitido el sustento de varias generaciones como señala el relato del joven Eduardo Pasten.

“Aprendí con el papá de mi hermano. Con mi tío, estábamos chicos cuando hacíamos carbón. Y después yo cuando me vine igual, me vine del cerro, me vine a estudiar, me traje mis burros. Yo tenía burros igual y empecé a viajar, y me iba para el cerro el fin de semana. Llenaba los hornos, me venía. Me traía un viaje de leña y vendía ahí la leña y además ofrecía no más la leña y traía, la que quedaba la vendía. Así era el negocio. Y al otro fin de semana de nuevo hacia lo mismo y sacaba el carbón y lo traía, y lo vendía. Así pasaba, lo entregábamos en Vallenar, porque teníamos un comparador que siempre nos compraba el carbón”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

La cantidad de sacos de carbón que se podían obtener variaba según el tamaño del horno y las cargas de leña que se realizaran.

“Me botaba 24 sacos el horno porque era grande, hacia 25 cargas de leña y en carbón le merma un saco, un tercio por carga”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

Por su parte, el territorio del Huasco Alto dada su morfología y emplazamiento, ha propiciado históricamente la articulación entre espacios locales, regionales e internacionales. Características que han facilitado el proceso de traslado, favoreciendo a su vez el desarrollo del “contrabando” o arreo de animales robados. Los animales que se contrabandeaban eran traídos desde Argentina y se cruzaban por las “líneas”, senderos fronterizos a través de los que se atraviesa la alta cordillera, siendo negociado por el valle de Copiapó o en Vallenar, entre otros.



Ibar Huanchicay Varas, El Algodón.

“Se robaban animales, se lo llevaban por otro lado y por aquí también, se robaban animales se los llevaban por la cordillera, se los llevaban a Copiapó. De Argentina pasaban por la línea de la Flecha o la Línea de Pastero, pasaban para Copiapó para esas partes para allá pasaban los contrabando. Por aquí casi no. Esas eran las partes que pasaban los contrabandos. Pero puro animal no más, mulares, caballar, vacuno sí que no. Vacuno no había contrabando. Puro caballo no más, mulares, burro esas cosas se peleaban de allá de la Argentina. Y los pasaban por esa parte para allá, no por estos lados. Para el lado de Copiapó no más. Para allá para el río de Montosa, el otro Jorquera, esos ríos de allá. Para allá llevaban todo el contrabando los viejos”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

“Contrabando, eso es lo que conversaba mi papá, que por eso muchos iban a vender cosas a Argentina y de ahí se venían con animales y los vendían aquí en Vallenar. Habían unos chinos que les compraban los animales y ahí en el Morro, de la salida de Vallenar para acá hay un fundo grande que es de los turcos, allá llegaban ellos con los animales y de ahí salían a negociarlos”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

“Mi abuelo tenía más de 12.000 vacunos, pescó un día una colchoneta –antes eran cueros de oveja para dormir– se fue al cerro, como quien para Salta y quedaba en una quebrada, y en la noche bajaba a dar las ordenes. Ahí mando a comprar mercadería, 6 quintales de harina, 2 sacos de azúcar, 1 saco de hierba y tapa todo, en cantidad para venirse para acá. No le quedaba otra, apartaban 1000, 1500 vacunos y los traían acá a la líneas, lo que se llama el contrabando”.

Ibar Huanchicay Varas, 87 años, El Algodón.

El contrabando, se desarrolló en aquellos años en que no existía control fronterizo ni autoridad que controlara las fronteras y mediara las relaciones entre particulares, siendo comunes los enfrentamientos y los ajusticiamientos por cuenta propia, así como la existencia de los llamados “quitadores” que deambulaban por la cordillera.

“Entonces acá antes no llegaba ni la policía, nada, venían de otros lados, era como más que nada la gente acá arreglaba sus problemas”.

Ibar Huanchicay Varas, 87 años, El Algodón.

“Mi papá nos contaba que mi abuelo Rubén iba a negociar una tarde, una noche y le dispararon un tiro, seguramente pensaron que llevaba plata y mi abuelo que siempre llevaba armas disparó también y vio cuando salió la llama del arma de la otra persona y mi abuelo le disparó y dice que le sacó los dientes a la otra persona, dice que había nieve y que corría la sangre y ahí no fue más, dijo ya está bueno y se escapó. Porque siempre existían los quitadores que les llamaban, que le quitaban lo que llevaban”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

El contrabando de ganado, comenzó a decaer con la llegada de la policía uniformada al territorio del Huasco Alto, que tenía como responsabilidad el control y regulación de la frontera.

“En Argentina contrabandeaban. Iban de aquí y robaban en Argentina y las pasaban después para acá para Chile. Pero después también cuando llegaron los carabineros para aquí, empezaron a controlar la frontera y ya se puso difícil. Carabineros cuando llegaron aquí a San Félix tenían que ir dos veces en la temporada al límite. A abrir la temporada, abrir el límite y en abril tenían que ir a cerrarlo”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

Ahora bien, podemos señalar que otro de los oficios que se ha vinculado estrechamente al quehacer de los arrieros es el de matarife y carnicero que consiste en carnear y trozar el animal para su consumo y venta. Esta actividad se realizaba generalmente de forma clandestina e implicaba sortear las regulaciones sanitarias, para lo cual se habilitaban mataderos y carnicerías informales en los que se faenaba a los animales y también se aprovechaba de elaborar subproductos como el charqui.

“Doscientos animales se baqueaban y es que se iban engordando e íbamos carneando. Y antes era bueno aquí porque toda la gente comía vacuno. Lo que quedaba del carneo hacíamos charqui. El charqui también era negocio. Cualquiera compraba tres, cuatro kilos de charqui. Es que antes nadie hacía estas pegas. Y ahora menos. Ahí tengo un galpón abajo y tengo un equipo completo para carnear el vacuno”.

Ibar Huanchicay Varas, 87 años, El Algodón.

“Y mi abuelo él era criancero y toda su vida fue criancero de acá de la zona, vivía en San Félix, tenía un fundo arriba en la Plata. Fue vaquero, carnicero, vendía carne allá en la carnicería que tenía en San Félix y yo creo que debe haber sido carnicero unos 60 años en San Félix y el producía su propio ganado para sus carnicerías y de ahí hemos seguido la senda de él los demás”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

“Se vendía clandestino, igual se vendía. En San Félix hay un niño que carnea ahí. Pero yo aquí también después cuando empezamos a bajarlos, aquí los carneábamos, los colgábamos de un damasco y ahí los carneábamos. Y después salíamos a vender, arrendamos una camioneta y salíamos a vender. Hasta La Junta llegábamos y hasta la majada arriba”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

“Don Enrique Gaytán tenía carnicería en El Tránsito. Así que acá le bajé unos toros de engorda. Y los carneo aquí. Le baje 10 de allá. Por La Totorá para la carnicería. Y a veces el viejo compraba animales aquí para arriba y tenía que ir a buscárselos a la romana”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

Desde hace algunos años, una de las actividades que ha proliferado es el trabajo del arriero como guía de expedición o turístico, ya que los arrieros han comenzado a ser reconocidos por el conocimiento que poseen del



territorio, su toponimia, rutas y quebradas. De este modo, logran compartir sus saberes en el marco de la prestación de un servicio que consiste en guiar la travesía de recorrer la cordillera a caballo ya sea por turistas u otros interesados. Este oficio brinda interesantes alternativas para los arrieros.

“Ellos venían aquí, lo contrataban, decían ya usted conoce la cordillera, nos da los nombres, el nombre de tal cordillera, el nombre de las rutas, de tal quebrada donde íbamos a alojar, todo eso les gusta saber pues”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“Ya yo me salí de la escuela y comencé a trabajar y empecé a comprar caballo y mi papá igual. Y ahora aquí estoy, de guía y criancero”.

Gregorio Alcaiyaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

Como hemos visto, a lo largo del tiempo los arrieros han sido personajes multifacéticos, quienes a través de sus trashumancias y recorridos por la cordillera han aprendido y desempeñado múltiples oficios complementarios que les han permitido garantizar de forma autónoma su lucha por la subsistencia. Sus recorridos e historias, nos hablan acerca de otras épocas y tiempos que las huellas de la modernidad han comenzado a silenciar, representando por ello legados históricos.



3. Rutas tradicionales y circuitos territoriales

A continuación, expondremos algunas de las rutas de mayor relevancia que han realizado y/o realizan a lo largo de su trayectoria los arrieros y arrieras del Huasco Alto. Las huellas que han recorrido les han permitido moverse por los diferentes pisos ecológicos de la cordillera, conformando verdaderos circuitos territoriales. Asimismo, los vínculos con las tierras trasandinas representan una práctica tradicional que ha permitido intercambios económicos, sociales y culturales entre ambos territorios y que pasaremos a revisar en el presente capítulo.

3.1. RUTAS Y CIRCUITOS TRADICIONALES

El territorio del Huasco Alto, abarca tanto sectores de valles precordilleranos como zonas altoandinas llamadas veranadas, y a las que los arrieros arriban adentrándose a través de cerros y quebradas, sorteando las vicisitudes de las huellas arrieras. Dada la amplia extensión territorial, existen numerosas rutas tradicionales que han permitido conectar los diferentes pisos ecológicos, entre las que destacan la ruta por la quebrada Colpe y la ruta por Juntas de Valeriano hacia la Laguna Grande, la ruta de Chollay hacia Pachuy, la ruta de la quebrada de La Plata, la ruta de Pinte, la ruta de La Totor a Colinay, la ruta de El Corral, entre otras. Esta diversidad de rutas y huellas tradicionales, evidencia la histórica y permanente articulación entre sectores bajos y altos. Sin embargo, a continuación haremos mención únicamente a aquellas rutas que nos fueron mencionadas por los arrieros y arrieras que participaron de este trabajo de investigación.

3.1.1. Ruta hacia la Laguna Grande

Al respecto, una de las rutas cordilleranas de mayor relevancia, es aquella que lleva hacia el sector de la Laguna Grande que se emplaza sobre los 3400 metros sobre el nivel del mar (m.s.n.m.) siguiendo la cuenca del río Cazadero. Este sector puede ser considerado como un lugar de amplia relevancia patrimonial, pues alberga el mayor cuerpo de agua del territorio siendo por ello una zona en la que se ha practicado desde tiempos inmemoriales y ancestrales el pastoreo de ganado y las prácticas de trashumancia.

La mayoría de los arrieros que tienen veranada en el sector de la Laguna Grande, se asientan y habitan durante la temporada invernal en el pueblo de Juntas de Valeriano.

“Iba a la laguna. Yo tenía en la Laguna Grande, para allá cerca de Manflas por el río Grande para allá. Allá donde están trabajando ahora el Morro. Para allá todo eso. Yo conozco todo el campo. Bajaba por acá al frente por la Quebrada del Chivato que le llaman. Por aquí bajaba. Tenía mi ganado y terreno para allá más arriba. Ahí íbamos con el ganado”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“De aquí a la Quebrada Larga, de ahí a la Laguna Grande por ahí no más andábamos, esos eran los campos de nosotros. La Quebrada Larga y la Laguna eran los campos de nosotros”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

Explica doña Ángela Rojas que es en el sector de la Laguna Grande donde tradicionalmente ha tenido su majada de veranada y que durante el período invernal se solía trasladar junto a su madre y hermano don Florencio Rojas hacia la Quebrada de La Totorá, lugar en el que trashumaban en majadas de invierno, dando cuenta del amplio circuito territorial que realizaban.

“Con mi mamá con el ganado salíamos por la Totorá, buscábamos a mi hermano, alojábamos, parábamos dos días entonces así tomábamos la Totorá para adentro y nos íbamos por una parte que le llaman ‘La Carillita’ y caíamos para allá para El Tabaco, para esas partes y ahí nos íbamos, nos cambiábamos de ese lugar, nos cambiábamos hasta allá al Agua Nueva, hasta ahí no más llegábamos”.

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

3.1.2. Rutas de la Quebrada de Pinte

Otra de las rutas tradicionales es aquella que se introduce por los diferentes pisos ecológicos de la quebrada de Pinte, ya sea hacia los sectores de veranada que conectan hacia el sureste con la quebrada de La Plata o hacia la ruta al poniente que conecta hacia el poblado de San Félix. De este modo, los rebaños de animales se llevan durante la época estival hacia las vegas de altura tales como Burros Muertos o La Vega Redonda, que proveen de pastizales y agua, mientras que en invierno se ocupan los terrenos aledaños al poblado de Pinte.

“Uno se llama, yendo de aquí para allá, la quebrada de La Jarilla, más el otro que va siguiendo la quebrada de Pastos por el lado izquierdo yendo para arriba, para arriba para el lado derecho sale allá más arriba a Burros Muertos, y de ahí ya nacen más quebradas para allá, sale a la quebrada de La Esparrugada, Tierras Negras, y cabecera para allá para el lado de Chollay, deslindando con la quebrada de La Plata... Yo los llevo por este sector para arriba, hasta el final para allá de la cordillera, deslindado para allá por La Plata, y por allá deslindando por San Félix. Todo eso la he recorrido”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

3.1.3. Rutas hacia Vallenar y sectores aledaños

Varias son las rutas que recorren o recorrían los arrieros troperos para acceder a Vallenar, la ciudad más importante de la provincia del Huasco, y principal lugar de intercambio y comercialización.

“Viajaba por Vizcachita, por Agua Amarga a Vallenar. Después por aquí por Camarones, también llegábamos a Vallenar, con tropa”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

“Mi abuelo Rubén y después mi papá y unos tíos, el tío Telo, el tío José también eran arrieros. De aquí se iban con tropas a Vallenar y llegaban amaneciendo a Vallenar y en el Morro esa parte ahí alojaban. Dejaban a los animales y salían a vender. Ahí en El Imperial”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

Por su parte, don Agustín Villalobos recuerda que trabajaba como arriero fletero en el yacimiento minero de La Fortuna emplazado a 4000 m.s.n.m. en sector limítrofe al valle de Copiapó. Al respecto, recuerda que los metales eran acarreados en tropas hacia la zona llamada El Pingo, lugar que conectaba con huella vehicular y al que se accedía por el sector de Los Morteros en Vallenar:

“Trabajamos para allá donde llaman La Fortuna, lejos para la cordillera. Allá tropeábamos nosotros. Tropeábamos a un enganche que le llaman El Pingo. 40 kilómetros había que tirarse con las cargas. Y ahí había un enganche donde llegaban camiones. Se metían por Los Morteros para allá. Por ahí está ese paso. Y el dueño de la mina vivía en el valle de El Tránsito pero la mina estaba allá, casi deslindando con el río Copiapó. Ahí estaba cerquita de caer al valle de Copiapó, pero a la cordillera de Copiapó, adonde no había nadie”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

El joven Eduardo Pasten comenta que para ir a hacer carbón la ruta que utiliza es la llamada “Junta del Gaucho”, a la que se accede por el sector de El Jilguero en Vallenar y que recorre hasta el sector de Caballos Muertos, donde se encuentra la majada en la que se establece y desde la que se moviliza para ir trabajar en los hornos de barro:

“La ruta que uso para hacer carbón es La Junta del Gaucho que le llaman. Eso es llegando al Morro. Entramos por Vallenar, por el Jilguero que le llaman, ahí está el camino. Y cuando fuimos a caballo fuimos por acá por Toledo, por Los Cachiyuyos entramos y subimos para arriba. Y ahí empezamos a agarrar una quebrada no más y pura huella de vehículo no más, nos vamos por esa con animales igual no más. La primera alojada que llegamos de aquí es en Los Morteros, de los Morteros llegamos Pastillo, del Pastillo llegamos a Caballos Muertos no más. Ahí es donde tenemos la majada donde nos quedamos con los cabros. Donde me quedo yo con ellos. Y de ahí yo tengo que ir de una hora más arriba para ir a buscar, cortar la leña y donde están los hornos”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Además Don Floridor Alcayaga nos relató las rutas alternativas que recorrían los arrieros por cerros y quebradas para acceder a Vallenar cuando crecía el río El Tránsito.

“En las crecientes del río, no podían traficar por aquí. Del Alto para abajo, no había pasada. Este río aquí no daba pasada. ¡Puro desechos no más! Esos años el 40´, el 39´, esos años no llevaban animales, los dejaban para acá hasta que ya mermaba el río. Ya por ahí en los meses de marzo, febrero, ya comenzaba a mermar mucho el río y comenzaban a pasar en parte. Y los viejos en la creciente, pasaban por los desechos aquí, por cerro, por cerro todavía hay un camino que todavía se nota con salida para allá. Y ahí en el Terrón, ahí pasaban y entraban por la Quebrada del Tabaco para allá y se iban para arriba, por cerro, para entrar a Vallenar para ir a buscar las cosas, los víveres ¡todo!, otros entraban por La Totora. Aquí había pasá también en esta parte por donde ampliaba el río. Ahí pasaban los viejos con la tropa. Cargaban se iban por La Totora, salían por Ramadilla y se iban por los Morteros, se iban yendo para allá ¡a Los Morteros, Vallenar! Con las tropas, mandaban a los viejos a buscar los víveres ¡todas cuestiones de mercadería!”

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

3.1.4. Ruta a San Félix

En la localidad de San Félix, uno de los 3 poblados más importantes de la comuna de Alto del Carmen, se comercializaban e intercambiaban productos, los arrieros vendían quesos, carne y carbón y con el dinero obtenido compraban la mercadería y víveres necesarios para proseguir con su vida en las majadas cordilleranas.

“La ruta que hacíamos, bajábamos a San Félix, cuando veníamos a comprar los víveres así de los que se hacía el campesino, veníamos a San Félix. Traíamos sus quesos, los vendíamos en San Félix o bajábamos en esos tiempos que estuvo la minería del Orito, bajaban los camiones y bajábamos a Agua Amarga y donde llegábamos, rematabamos ya al invernar era El Chañar. Esa era la casa que teníamos, la principal casa”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“Hicimos crianza de cabras, tuvimos tropa y trabajábamos aquí en el Carrizo. Hacíamos carbón y lo vendíamos aquí en San Félix”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

3.1.5. Rutas a Domeyko

En tanto, el arriero Víctor Rojas relata que se dedicaba a la elaboración de carbón en diferentes enclaves mineros, y que luego trasladaba su producción para ser comercializada en el centro minero de Domeyko:

“Yo iba para el lado de Domeyko, Cachiyuyo. Mi suegro tuvo sus niños allá cerca de Cachiyuyo en la escuela y ahí estuvimos haciendo carbón en Las Campanas, en la mina La Silla allá, cuidando el ganado y ahí hacíamos carboncito. Para el sostén dijo, para mantenernos”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

3.1.6. Rutas de festividades religiosas

Ahora bien, entre los recorridos que históricamente han cursado los arrieros también se encuentran aquellos circuitos tradicionales que han realizado con carácter religioso, siguiendo prácticas de ritualidad y creencia popular.

Entre las rutas de índole religiosa, destaca la peregrinación a la fiesta de El Carrizo, que se realiza en el poblado homónimo al que se accede por empalme ubicado antes del embalse Santa Juana por el camino desde Vallenar hacia Alto del Carmen. Esta festividad religiosa es de amplia relevancia en

el territorio del Huasco Alto, y en ella se le rinde devoción a la virgen del Rosario durante los primeros días del mes de Octubre. Celebración solemne y de larga data, histórica y emblemática para los arrieros ya que se dice que fueron ellos quienes trajeron una virgen desde Andacollo que fue adoptada por los mineros y crianceros del sector. Antiguamente, los devotos de la virgen solían llegar a caballo o en burros hasta la localidad de El Carrizo para participar de la fiesta.

“Muchos iban a la fiesta de El Carrizo. Iban por el campo, no había huellas. Así que toda esa gente iba a caballos. Si aquí había mucha gente, había mucho cabrero así que toda esa gente iba a la fiesta de El Carrizo a caballo”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

La virgen del Rosario es fuente de un profundo sentimiento de identificación en el mundo rural campesino, y la arraigada fe y devoción hacia su figura se manifiesta en las mandas y encomiendas que se le hacen, que tienen como pago, entre otros, el caminar desde el empalme del embalse Santa Juana hasta la misma parroquia de El Carrizo. Esta festividad puede ser considerada como un patrimonio cultural inmaterial del territorio.



Agustín Villalobos Valenzuela, Las Breas.

“Ya en octubre nos íbamos como un mes a la fiesta de El Carrizo, porque era la fiesta del Carrizo, fiesta religiosa. A la fiesta religiosa de los campesinos, a la virgen de Andacollo, del Rosario es la de Andacollo. Porque esa virgen, uno le pide sus favores y después uno le devuelve la manda y se la hace. Y uno le pide los favores y uno puede entrar de allá del Santa Juana caminando hasta los pies de la virgen y tiene que cumplirlo porque usted está pidiendo una manda”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

A su vez, a partir del testimonio de don Víctor Rojas evidenciamos que la participación en esta fiesta es parte de una tradición familiar que no estaba exenta de excesos en las celebraciones, pero que destacaba por la alegría y el ambiente festivo que generaba.

“Siempre cuando estábamos chicos íbamos a la fiesta de El Carrizo. Mi mamá decía –no te vas a curar po viejo–, ellos se iban a lo montado en los burritos no más. Y después como a las dos de la mañana se curaba mi papá y después era una pura llanteadera para venirnos para la casa adonde vivíamos, como a la una de la mañana llegábamos con todo el sueño, mi papá se caía del burro, nos costaleábamos por ahí, nosotros estábamos chicos. Pero de chicos nosotros íbamos a las fiestas de El Carrizo. Muy bonitas allá en El Carrizo, antes hacían unas ramadas para que le cuento, acordeón y guitarra, eso es lo mejor que tenían, pura guitarra y acordeón, gente ahí, unas ramadas que hacían, era para entusiasmarse, eso era lo bonito”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

3.1.7. Rutas medicinales

Los arrieros y arrieras han realizado también rutas de carácter medicinal para ir en busca de hierbas y aguas sanadoras. A este haber, los Baños de Manflas en la cuenca del río Copiapó, sobresalen como uno de los lugares a los que tradicionalmente se ha viajado con fines curativos ya que a sus aguas termales se le asignan amplios poderes sanadores. Desde el sector de Juntas de Valeriano el recorrido a caballo para arribar hasta los Baños de Manflas puede tomar hasta siete días y es apto para ser realizado únicamente durante la temporada estival. La amplia fe en los poderes reponedores de estas aguas, se asocia principalmente a la sanación de dolores y enfermedades reumáticas. Sin embargo, para bañarse en las aguas termales del lugar, se deben seguir rigurosamente ciertas tradiciones y prácticas, que permitirán gozar de buena forma de los poderes medicinales. Entre estas

creencias, destaca el hecho de la persona enferma antes de arrojar a las aguas debe hundir un “calcetín” que determinará en qué medida se puede sumergir, además de tener en consideración de que el número de baños que tome debe ser un número “impar”.

“Íbamos tres no más a Manflas y por allá de la Laja iban unos caballeros para allá y llevaban un niño enfermo que no caminaba, lo llevaban en un burro no más. Lo llevaban amarrado ahí y llegaron los caballeros ahí con el niño y yo estaba ahí y les dije: ¿Y tan enfermo que está el niño y como lo traen para acá hombre tan lejos?; No llegue y lo eche en los!; Sáquese el calcetín! –le dije al niño chico yo–. Se sacó el calcetín porque podía. ¡Tírelo ahí! –le dije yo– ¡Tírelo no más!; ¡Tírelo! Lo tiro ahí, se quedó el calcetín hasta la mitad en el agua. Ya –le dije yo– ¿Usted es el papá? Dele el baño hasta la cintura no más al niño, no lo bañe entero. ¡Sipo le estoy diciendo ñor! Porque si lo baña entero capaz que el niño se le reviente y se le muera acá con la puna. Y lo hicieron. Lo arroparon, lo sacaron, lo arroparon bien arropado y lo acostaron. Al otro día, haga lo mismo le dije. Y se sintió bien el cabro, se podía parar, ya estaba caminando; Se vino caminando el niño de allá! ¡Pucha que estaban agradecidos de mí! Hay que tener fe en esta agua –les dije yo–. En todos los baños, en las cordilleras así, no hay que nunca llegar y bañarse completo. Hay que examinarlo con un pañuelo. ¡Quedaron admirados!”

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

“Lo hacemos cada un año y medio, a veces podemos ir todos los años, porque es en el tiempo del verano no más, por las cordilleras. Porque yo siempre voy a los baños de Manflas con mi mamá, salimos por las lagunas. Son buenos, agua tibiecita, tú te acuestas ahí no más, te relajas, es como que te saca todos los males cuando tú te tiras ahí al pozo. Si son pozos chicos, cabe justo uno, y quedas tranquilo. Y siempre tienes que bañarte en impar, tienes que bañarte así, uno, dos, tres. Tres veces. Si te vas a bañar uno, dos y ya te vas, tienes que bañarte siempre en impar, contando el tres, el seis y así, el nueve. Porque es para que te haga bien, para que te saque todo lo malo. Es lo que dicen los antiguos, lo que conversaban para que te relaje, te haga bien para los huesos. Son buenos”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

3.2. VÍNCULOS CON LAS TIERRAS TRASANDINAS

El territorio del Huasco Alto por sus características ha articulado ancestralmente espacios locales, regionales e internacionales, facilitando el traslado de animales e intercambio de mercancías. De forma particular, desde tiempos remotos los habitantes del Huasco Alto han transitado de un lado al otro de la cordillera tejiendo vínculos e intercambios económicos, sociales y culturales con el actual territorio argentino. Atravesando permanentemente la cordillera a través de las líneas divisorias que demarcan la frontera entre los actuales territorios de Chile y Argentina, arrieros y arrieras han sorteado las amenazas y desafíos de andar a más de 4000 m.s.n.m. La cordillera se ha constituido entonces, como un importante espacio de flujos y relaciones transfronterizas, testigo silencioso de la constante movilidad que han desarrollado las familias del valle como una estrategia y modo de vida.

“Mi abuelito fue a la Argentina. Si antes iba la gente a la Laguna y pasaban allá en las líneas, iban a las líneas, iban a la Argentina, de allá también venían de la Argentina. Mi tía Ángela estuvo en la Argentina y luego se vino”. Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Me fui tres años a Argentina, llegué hasta San Juan. Ya recorriendo me vine a una mina que le llamaban Las Carachas que queda arriba en el campo, ahí cumplí dos años. Pasé un invierno trabajando minas. Durante 2 años me vine para acá para Chile y llevé a mi esposa a la Argentina. Estuvimos un año allá con ella. Ya tenía 2 niñas en ese tiempo”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

De sur a norte, algunos de los pasos cordilleranos o “líneas” que se pueden distinguir son Pascua Lama, El Sombreado, Los Amarillos, Pastero, Flecha Baja, Flecha Alta, Tronquitos y Barrancas Muertas, y desde los cuales se remonta hacia las provincias de Salta, Tucumán, La Rioja y San Juan en Argentina.

“Por aquí, por La Laguna Chica, por ahí se van a la Argentina, llega a una parte, la Flecha que se llama y ahí sale a la Línea, corta para el otro lado, para Los Caserones y después ya llegan a La Rioja. Y por acá por el Río Grande, que es de la Laguna para arriba, llega a la línea Macho Muerto, a la uno y la dos y de ahí para allá está San Juan, a la cordillera de San Juan también”.

Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Mire, acá hay varios distintos nombres, porque empezando de allá, de Pascua Lama para acá, está El Sombreado, la línea de los Amarillos, la línea Pasteadero, Flecha Baja y Flecha Alta, ya dando la vuelta por Manflas viene la línea de los Tronquitos, Barrancas Negras”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

En la memoria de los arrieros, también está plasmada la relevancia que adquirió el territorio del Huasco Alto durante las décadas pasadas como zona estratégica para el traslado de animales y productos desde territorio argentino. El ganado que se traficaba desde Argentina era engordado en los potreros y valles del territorio para ser posteriormente comercializado en centros mineros, salitreros y ciudades como Vallenar, Copiapó, Huasco o Caldera.

“Qué pasa, antes de que, según la estadística de que los viejos de aquí iban a comprar animales para allá. Mil quinientos, dos mil vacunos y los traían por tierra para acá! Así que tenía ocho años cuando me fui para donde mi papá para allá. Estuve ocho, seis, catorce años estuve allá. Y cuando estuvo la tierra mala así, ahí volví. Teníamos familia allá, un viejo rico que se llamaba Domingo Huanchicay”.

Ibar Huanchicay Varas, 87 años, El Algodón.

“Claro de la Argentina traían muchos animales. De allá de Tudcum traían. Porque a mí mi abuelito me decía que pasaban por ese ese borde y llegaban a la Laguna y bajaban al Burro y ahí llegaban a su camino donde trasladaban los animales”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

A quienes provenían desde la Argentina, específicamente de la zona cuvana de San Juan, se les denominaba “Los Cuyanos”. Y entre las familias reconocidas por dedicarse al arreo y comercialización de ganado desde el territorio trasandino destacan los Gaytán, cuyo patriarca fuese el recordado don Martín.

“Acá en el valle hay unos caballeros que son del otro lado de allá, los Gaytán. El Horacio Gaytán, don Enrique Gaytán, ellos son del otro lado. Ellos eran los que trasladaban, el abuelo de ellos, don Martín Gaytán. Y él trasladaba animales de allá, él era el que traía de la Argentina animales”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Era cuyano ese viejo, de allá era, don Martín. Y aquí tenía mucha animalá, todos esos cerros por el frente ¡eran puros potreros! Todo eso. Y ese viejo traía animales también de la Argentina, por aquí por la Laguna Chica. Los



Dionila Cayo Bordones, Juntas de Valeriano.

traía a Valeriano allá, los potreros eran de él, ahí llegaban la animalá, los toros de la Argentina. Pasaban por la línea de Santa Rosa, y salían aquí, caían a la Flecha y caían a la Laguna Chica y llegaban acá”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

El arreo y traslado de ganado era controlado por la aduana que estaba emplazada en El Tránsito, donde se obtenía el permiso para cruzar la cordillera con los animales que debían estar debidamente señalados. La documentación obtenida era luego solicitada del lado argentino por gendarmería, y si no se contaba con la autorización correspondiente se corría el riesgo de perder el ganado.

“Sacamos permiso en El Tránsito, había una aduana ahí. Uno sacaba un permiso con las marcas de los animales, todo se indicaba, todo bien señalado porque si no los argentinos nos llevaban para abajo y no los veíamos más a los animales. Había que sacar permiso, había que dar el nombre, cuantos animales iba a llevar, las marcas, todo, marcados los animales. Así que uno llegaba a la Argentina y tenía que dar el permiso. Porque mucha gente iba así no más, sin permiso y los bajaban para abajo. Mucha gente. Mucha gente llegaba a trabajar para allá sin permiso. Unos buenos, otros malos, porque en la cordillera mataban la gente por ahí, mucha gente que pasaba sin permiso”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

Sin embargo, como hemos señalado, también estaban quienes cruzaban de forma ilegal la cordillera, contrabandeando animales y productos del valle como aguardiente y vino, además de medicamentos que allende los andes eran muy bien valorizados.

“Mi papá traficaba mucho por el paso la Flecha que le llaman, ese era el mejor paso que tenían ellos para la Argentina, ahí se iban a Argentina, Potrerillos, hasta allá llegaban a vender aguardiente y vino, ese era lo que trabajaban ellos, mi abuelo igual y allá por el año 42 en adelante mi papá iba para Argentina con un amigo cuyano y se iban a vender cosas para allá. Según él un mejoral acá lo compraban en 10 pesos y allá lo vendían a 100, así que negocio para ganar plata, neumáticos también llevaban, llevaban medicamentos de aquí de Vallenar y neumáticos, cosas así que en Argentina no habían”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

También existían los arreglos informales con estancieros en Argentina, a quienes los crianceros del valle les arrendaban potreros para poder sortear las temporadas de sequías. Estos acuerdos operaban por fuera de las regulaciones y protocolos institucionales de organismos como el Servicio Agrícola Ganadero (SAG), que en aquel entonces aún no operaba ni regulaba la tenencia de ganado en el territorio.

“Acá antiguamente se usaba mucho el paso para la Argentina igual, después cuando se puso más controlado el cuento la gente dejó de pasar, pasábamos antes en la época del 65, del 66 en adelante aquí hubo una sequía que duró varios años, entonces íbamos a pastar vacas para el otro lado, para la Argentina y se pasaba así sin permiso no más, como que el SAG no estaba, no pasaba uno por ese protocolo que hay hoy día. Se ponía de acuerdo con el estanciero de allá con el criancero de acá y hacían el contrato de arriendo y llegaba uno con las vacas allá a pastar”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

Respecto de las condiciones del viaje, se señala que ésta era una travesía llena de dificultades y desafíos en cuanto implicaba sortear adversidades meteorológicas como fuertes heladas y temporales. Frecuentes eran los casos de personas que cruzaban la cordillera de a pie y que solían perderse, apareciendo luego congeladas y muertas.

“El viaje era sacrificio, porque pasando frío, pasando líneas por la cordillera, lloviendo a veces, casi se me heló una niña en la cordillera a mí. Porque fuimos de aquí y se nos puso a nevar antes de pasar la línea para Argentina... Si tuvimos que rescatar a gente que se perdía. Se perdía pero a muchos hallábamos también muertos, helados. Argentina no es como acá, hay mucha nieve. Si gente que se iba de a pie a la Argentina, no alcanzaban a llegar para allá donde iban a trabajar”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

Por su acabado conocimiento acerca de los pasos cordilleranos, don Jorge Campillay relata que llegó a ser contratado por los gendarmes argentinos para monitorear la cordillera, y que en las alturas cordilleranas hay planicies que permiten hacer los recorridos en vehículo.

“Todas esas líneas yo las anduve con los gendarmes argentinos en jeep. Yo como conocía más antes las líneas preguntaron: ¿Qué chileno conoce las líneas? Y allá como uno tiene su renombre igual les dije: yo las conozco todas las líneas. Para allá a la línea fuimos a ver una vez con unos gendarmes, hay hitos que están caídos y otros que están parados. Llevaban animales para salir los cerros altos no más, pero para allá son planos los campos, puros llanos, así que andaban en jeep”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

Como hemos visto, el entramado de rutas y circuitos territoriales que han transitado los arrieros y arrieras del Huasco Alto es amplio y diverso, motivado por múltiples fines y propósitos que les han llevado a traspasar inclusive los límites provinciales, regionales y nacionales, delimitaciones administrativas que otrora no existían. Entre las rutas tradicionales ocupadas por los crianceros para la engorda de sus animales destacan aquellas vinculadas a la Laguna Grande, la Quebrada de la Totora y la Quebrada de Pinte, mientras que algunos de los destinos frecuentes para comercializar carbón eran San Félix, Vallenar y Domeyko. A ello, se suman las diversas huellas recorridas desde el Huasco Alto hacia Vallenar a través de las cuales se trasladaban las cosechas como frutos frescos y secos, y los minerales obtenidos por los pirquineros en la cordillera. Las rutas religiosas efectuadas para participar de ceremonias y fiestas de devoción, así como las rutas medicinales forman también parte del contundente legado patrimonial y cultural de los arrieros. A su vez, mediante las históricas interacciones con Argentina se han creado y recreado vínculos económicos, sociales y culturales que son parte de la memoria local, y que han aportado en la construcción de la identidad cultural de las alturas de la provincia del Huasco.



4. La vida en la majada

En este capítulo nos centraremos en abordar la vida en las majadas, refugios tradicionales de los arrieros y arrieras del Huasco Alto, describiendo con qué materiales se construyen, en qué lugares y quienes las habitan. Para luego, comprender la vida cotidiana que gira en torno a la majada, y que se distingue por la realización de múltiples trabajos diferenciados que permiten la reproducción económica, social y cultural en la alta cordillera.

4.1. LA MAJADA CORDILLERANA

Las majadas son las viviendas tradicionales que han habitado y ocupado en la cordillera arrieros y arrieras durante su andar trashumante entre veranadas e invernadas. Las majadas son asentamientos o “ranchos” que se ocupan de forma temporal durante el período de diciembre a mayo en los sectores más altos de la cordillera, aunque también algunos arrieros tienen sus majadas para pasar los meses de invierno en sectores de menor altura.

“Para allá son tres meses que hay que estar. Se va diciembre o noviembre, diciembre, enero y febrero. Marzo todavía, hasta marzo, pueden estar en esta parte cuando salía a la cordillera”.

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

Para su construcción se utilizan materiales que se encuentran en el entorno, sus bases y paredes son pircados de piedras y como techo se utilizan ramas de tola o varilla, que se entretajan para cubrir de vientos, tormentas y lluvias. Las majadas constan de la casa habitación o “rancho” que alberga un acogedor fogón que permite cocinar y abrigarse, más uno o varios dormitorios para dormir y guardar cosas importantes como aparejos y víveres. Junto a la majada se emplaza el corral para los rebaños, que consiste en una pirca baja cercada con tola o varilla entretajadas en posición vertical, al interior del corral hay una pequeña división llamada “chiquero” que sirve para encerrar a los animales pequeños evitando que se tomen la leche de su madre.

Una de sus características arquitectónicas es que son de baja altura, con muros de medio a un metro y tienen un modo de construcción propio que ha sido transmitido de generación en generación, formando parte del distintivo patrimonio material vinculado a la arriería en el valle del Huasco.

“Se construyen de piedras, se levantan pircas, se levantan los palitos ;de tola no más! ¡Cómo los pájaros! Toda la gente que ha ido la ha hallado muy bonita, muy visual, muy bonita la han hallado. Esa es la primera majada que hay. Y dicen ¡Tan bonita la majada!”

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

“De puros palitos de tola, de varilla, allá hay un monte. Es como una casa con palito, un palo para allá, otro para acá y hace el tejido. Y cuando hace lluvia, anda trayendo nylon uno, carpa y se las pone arriba”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Entonces ellos tenían puras casa de barro, las pircas, como hacían las pircas antiguamente y las chozas que tenían. Los viejos aquí antes hacían su majada de puro monte paraban unos palos y llenaban de monte el rancho y listo y ahí tenían su ramada y comían y todos agachados no más”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Por lo general, las majadas se ubican en lugares estratégicos donde hay acceso a agua, ya sea en sectores de vegas o vertientes. Para que cumplan una función de refugio. La Sra. Dionila Raquel Cayo nos cuenta que una de las recomendaciones que hacían los antiguos era evitar el emplazamiento de la majada en el camino o sendero, y así no dejar expuesto el aposento, evitando posibles peligros.

“Por eso a nosotros siempre mi abuelita nos decía: nunca hay que hacer la majadas al lado de la huella, al lado del camino, porque siempre pasa gente extraña, gente mala y a veces no se sabe que es lo que puede pasar. Puede haber una mujer sola, un niño solo y la persona lo ataca y ¿qué va a hacer solo? solo no hace nada ¡Y tampoco uno puede vivir sin perros en la majada!, porque los perros son los que nos guardan. Aquí siempre andan hartos perros, pasa una persona desconocida y no le van a dar la entrada así”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

Las majadas constituyen un patrimonio que ha sido heredado por familias y antiguas generaciones, y su ocupación temporal variará en función de las necesidades alimenticias del ganado.

“Esas majadas eran antiguas, de los abuelos de nosotros y así fueron heredando, de unos tíos y así. Ellos tenían sus animales, cabras, hacían sus ganados de ovejas, y tienen ahí majadas, varias majadas. No, yo alojo por ahí donde se me hace la noche no más, me terceo a veces con las majadas alojo ahí y sino, sigo no más, donde veo que hay comida para los animales, para el sillero, ahí alojo”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

4.2. LA VIDA COTIDIANA

La principal actividad de la vida en la majada es la crianza y cuidado de los animales, ya sean cabras, ovejas, burros y/o caballos. Las prácticas de manejo del ganado varían según el tipo de animal. Mientras a los caballos, burros y mulas se les amarra y también se les sueltan las riendas para que anden a campo libre, a las cabras se les deja pastar durante el día y se las encierra en el corral durante la noche.

“Y cuidar animales. Bueno los caballos que no se le vayan para el otro lado, ver que estén amarrados, cambiarlos de un lugar a otro, darles agua. Porque a un caballo, a un animal amarrado hay que tenerlo siempre bien cuidado, que no se enrede, que no se vaya a caer y cambiarlo de lado donde tenga más comida. Eso se hace, eso es lo que se hace establemente estando en una majada ¡Y ver el ganado! Que no se le vaya a quedar uno para el cerro, que no se le vaya a escapar, que lleguen todas juntas, que puede pasar el puma y se las desparrama. Eso, todo eso es la pega que hace el criancero”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

La vida en la majada inicia de madrugada con el encendido del fogón, que permitirá preparar y calentar los primeros alimentos del desayuno. Se comparte mate, aguas de monte, tortillas, pan y/o churrascas, y a veces se deja lista la preparación de los alimentos que serán consumidos para el almuerzo, el desayuno constituye un buen momento para conversar y organizar las labores del día. Luego, se comienza con las tareas de ordeña de las cabras en el corral. La extracción de leche se debe realizar ágil y rápidamente para obtener la mayor cantidad posible. La leche ordeñada es acumulada en baldes y después de finalizar la ordeña, las cabras son liberadas del corral. Es entonces, cuando se inicia con el proceso de elaboración de queso de cabra.

“Yo en la mañana me levanto a las 6, no puedo levantarme más tarde. Es como que ese es mi horario de trabajo. Y ahí yo empiezo a preparar la comida, a dejar mi almuerzo preparado, a lavar el tiesto para sacar la leche, ir a sacar la leche, a veces hay unos cabritos que hay que amamantarlos y después ponerme a almorzar. A las 12. A veces almorzaba a esa hora y a veces después. Me ponía a hacer los quesos. Ese es el trabajo de uno acá. Después dejar todo limpiecito y salir a rodear en la tarde”.

Elicia Bordonas Rojas, 55 años, La Fragua.

“Sí, primero hay que ordeñar las cabras y después cuando los ordeña saca la leche y la corta y se hace altiro queso. Yo me crié haciendo quesos y cuando yo ya fui al Tránsito se peleaban mis quesos... La vida en la majada es trabajar, sacar la leche, hacer el queso”.

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

“El día es que para los cabreros en la mañana sacar la leche, lo principal. Ya a las 8 de la mañana tienen que estar sacando la leche, hasta las 11 de la mañana. Terminas de sacar la leche y de ahí empiezas después con el queso”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.



Para el proceso de elaboración de queso de cabra, primero, la leche ordeñada se filtra en gasa o paños, y se calienta por media hora. Una vez que se ha enfriado se le aplica el cuajo. Antes para el proceso de elaboración de queso de cabra se usaba “cuajo” tradicional preparado con la tripa de algún animal, sin embargo, hoy en día es bastante extendido el uso del “cuajo” sintético que permite separar el “quesillo” del “suero” en tan solo minutos. El cuajo corta la leche y se forman grumos, estos grumos se aprietan dando forma al queso. El paso siguiente es agregarle sal para finalmente dejarlo reposar en un molde con peso encima para que escurra el suero. Para obtener un queso maduro se debe dejar reposar alrededor de un mes. Después de preparado el queso de cabra, la vida en la majada prosigue con la realización de labores domésticas como el aseo, la preparación del almuerzo, el lavado y la búsqueda de leña. Hacia las seis de la tarde, se va a “rodear” a los animales y se encierra al ganado caprino en el corral. Al caer la noche se prepara algún alimento a modo de once o cena, y se desarrollan las últimas conversaciones junto al fogón o se escuchan las radioemisoras.

“Se encierran a los animales como a las 6 de la tarde, se empieza a encerrar al ganado. Se apartan todos los guatonos para que no mamen, para que dejen la leche para el otro día ir a buscar el queso. Todo el guatonaje grande ya de 7 meses lo apartamos de la mamá y hay que dejarlo en otro corral. Así que uno ahí se entretiene. Se pasa la noche, se toma su buena choca ¡y acostarse no más!”

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Mientras una parte de la producción de quesos y manjar que se elabora en las majadas es para el consumo familiar, la mayor cantidad se destina a la venta en las localidades y poblados cercanos, ya sea Juntas de Valeriano, El Tránsito, Alto del Carmen o inclusive Vallenar. Con los ingresos generados a partir de la comercialización de dichos subproductos, se adquieren los víveres y alimentos necesarios para continuar la vida en la morada cordillerana.

“Sí, si para vender los hago. No hacía mucho, pero los hacía para vender, para comprar mis cositas. Que antes cuando yo no tenía mi ayuda, no retiraba plata, yo pasaba con lo que me daban mis animalitos”.

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

“Los quesitos nosotros lo vendemos, pero manjar lo hace para el gasto de uno no más. Los quesos los vendemos en el Tránsito, los llevamos a Vallenar, ahí en Valeriano a veces justo uno se tersea con gente que viene de afuera y los vende ahí mismo no más”.

Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

“Nosotros íbamos a Conay a buscar las cosas. Bajábamos con los quesos allá, con los burros. Una carga y queso y de allá nos veníamos con las cosas ¡Y allá había que hacer cola en esos años! Cuando yo fui, cargué los víveres. Había que hacer cola para alcanzar un paquete de azúcar, y vendían un paquetito chico de azúcar. Ahora no, ahora uno compra por harto las cosas, las compra por kilo. Por medio kilo, por cuarto, antes así se compraban las cosas. Y había que hacerlas durar para 15 días, para el mes”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

En tanto, la venta del ganado se realiza más bien por encargo y se venden ya sea los animales vivos o faenados.

“Bueno, acá la venta se hace nada más cuando uno llega aquí en el Amarre Negro, llega gente por ahí y le encargan, por encargo uno lleva, vende de a dos, de tres. Si llega la persona a comprar harto, por harto se vende, si no, no ahí se queda. Para el consumo a veces compran dos o tres. Y se venden ¡vivos no más! O si vende carneado, tiene que carnear, pesar. Eso es lo que se hace”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

En la distribución de trabajos y labores en la majada, si bien todos deben colaborar por igual, las mujeres son casi siempre las encargadas de la elaboración de los quesos y la realización de las tareas de carácter doméstico. No obstante, manejan también los saberes relacionados al manejo, aparejo, carga y carneo de los animales. En los últimos años, muchas mujeres están quedando solas en las majadas, asumiendo la integralidad de labores que requiere la crianza de ganado en la alta cordillera.

“Ellas pillan un caballo como un hombre. Un animal de carga, es como un hombre. Porque hay muchas personas solas, mujeres solas. Y es la vida de un hombre, hace lo mismo que un hombre. Tienen que sacar leche, carnear para vender sus cabros. Así que hay muchas mujeres que están solas en el campo, que es la que está quedando con el ganado”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Gregorio Alcayaga, uno de los arrieros jóvenes entrevistados, señala que en la majada se deben realizar las mismas labores domésticas y cotidianas que en el pueblo para asegurar la reproducción social del núcleo familiar, siendo la única diferencia el uso de leña y fuego para cocinar:

“La vida aquí es, es lo mismo que estar en la casa no más, si acá uno hace todo lo que uno hace en una casa, el aseo, cocinar. La única diferencia es que aquí uno cocina más con leña y fuego. Anda trayendo todo, todo lo que hay en una casa. Lo único que no anda trayendo es el gas no más, pero se cocina así, a pura leña. Anda trayendo sus ollas, su comida, sus papas, cebollas ¡de todo! Es como estar en una casa no más. La diferencia es que las majadas se hacen de pura madera de palo de ramas, tola, varilla. Es como estar en una casa”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

Por su parte, la señora Dionila Raquel Cayo recuerda que antiguamente habían más familias de arrieros que habitaban en las majadas y que entre ellas se desarrollaba una vida comunitaria de apoyo mutuo y solidaridad. Además, comenta que algunas mujeres tenían en sus majadas el telar de palo plantado y elaboraban ponchos y frazadas que se utilizaban para cobijarse del frío.

“¡Mucha gente!, antes había mucha gente. Y antes la gente, había un vecino, como por ser acá un vecino, allá el otro, el otro allá, el otro allá, hartos vecinos. Y cuando bajaban al sector del Pescado, ahí se juntaban todos los vecinos. Todos los ganados. Yo les digo a los niños: antes era tan lindo. Y se ponían todos los vecinos. Ahí se enfermaba un vecino allá corría, se terminaba una cosa ahí corría al vecino... Y hacíamos las tapas. Si antes no se ocupaban frazadas ¡puros ponchos! ¡Puros jergones! ¡Ni una frazada! Y ahora no, pura frazada no más”.

Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas Valeriano.

También, se hace referencia a que en épocas pasadas en las majadas se consumían preparaciones tradicionales como el frangollo y el pan candeal, ambas a base de trigo que se cosechaba en el mismo Huasco Alto. Mientras que alimentos procesados como el azúcar y la harina eran más difíciles de adquirir ya que se debían comprar en el pueblo.

“Puro trigo, puro frangollo no más y cocho de trigo nos hacíamos. Puro cocho y pan, pan de trigo, pan candeal que le llaman. Eso no más. ¡Era rara vez que compraba un poco de esta harina, de esta blanca! ¿Azúcar? Muy poco, a veces sin azúcar no más. Así no más, amargo no más ¡No había!”

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

Cuando hablamos de arriería se tiende a pensar en las temporadas de verano, desconociendo las actividades que realizan los arrieros en las otras épocas del año. En las invernadas en la localidad de Pinte, nos relata Gubier Santibáñez, se producía el forraje para los animales y se cultivaban los alimentos para el consumo humano.

“Esas invernadas eran que plantábamos alfalfa en quebradas así, sembrábamos porotos, sembrábamos maíz, y les tirábamos alfalfa y ahí teníamos para esperar los vacunos para la llegada, el rastrojo que se llama, pero era para más abajo de acá, para el potreraje que se llama, y de ahí teníamos que acarrear la cosecha para acá, para la casa, ahí cargábamos sus 3, 4 mulares con la cuestión de los cueros, los costales, 60 kilos, 80 kilos por lado le poníamos a los mulares; son 8 kilómetros de allá hasta aquí, eso es lo que cargábamos nosotros cuando la podíamos”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

La vida en la majada resulta llena de sacrificios y en ocasiones las labores se abultan y complejizan, sin embargo, es ampliamente valorada ya que se vive en un ambiente de tranquilidad junto a la naturaleza, en sintonía con el entorno y sus bondades.

“Muchos, es un sacrificio muy grande. Muy grande porque uno que alojaba en una parte y ya nos íbamos otra vez. Primero cuando yo andaba con mi marido y nos íbamos a esa parte de Zepeda, ahí estábamos un mes, el tiempo que nos íbamos para allá y después nos íbamos a la Laguna. Y a mí me gustaba estar mucho en la Laguna”.

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

“Bonita porque es igual que la vida en su casa. Bueno ¡aunque la vida del campo es más tranquila todavía! Porque se levanta sol afuera, como el sol en el campo sale temprano”.

Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Nosotros casi nos amanecíamos cuando las cabras criaban porque a veces las cabras aborrecen a los cabritos y nosotros a veces hasta la 1 de la mañana amamantábamos. Todas las noches. Nos levantábamos como a las 7 de la mañana hasta las 12 del día teníamos ocupado. Es muy sacrificada la pega. Con la señora mía, ella tuvo la paciencia de andarme acompañando”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.



Ángela Rojas Villegas, Juntas de Valeriano.

En este capítulo conocimos las principales características de la majada cordillerana y la vida cotidiana en la misma. La construcción de estos refugios se realiza con materiales que se encuentran en el entorno y se siguen construyendo tal cual lo hicieran los antepasados, recreando conocimientos y modos de vida de generación en generación. La mayoría de las majadas y sitios donde éstas se emplazan son heredados familiarmente, y se ubican en lugares estratégicos que cuenten con agua y distantes del camino, para la seguridad.

La vida en majada se realiza por temporadas que duran varios meses, donde la actividad principal es cuidar animales y elaborar quesos en el caso de los crianceros, lo que se complementa con la realización de todo tipo de actividades domésticas. Las majadas representan parte del patrimonio cultural de los arrieros y arrieras del Huasco Alto, moradas que han asegurado ancestralmente la reproducción económica, social y cultural de su forma de vida.



5. Los conocimientos de los arrieros

En esta sección, exploraremos los saberes que poseen los arrieros y arrieras del Huasco Alto y que han ido aprendiendo a lo largo de su oficio y recorridos. Conocimientos múltiples, profundamente tradicionales, transmitidos oralmente y adquiridos a través de la práctica, que dan cuenta de la amplia y extensa sabiduría ancestral. A través del diálogo y la conjunción entre estos diversos saberes, han curtido su experiencia y habitar en el territorio cordillerano, que les han permitido el desarrollo de múltiples oficios.

5.1. CONOCIMIENTOS PECUARIOS

Los conocimientos pecuarios representan uno de los principales y más destacados saberes que poseen los arrieros, al ser la relación con los animales la experiencia fundante de su ser y quehacer en la cordillera. Entre éstos, se distinguen los saberes sobre el manejo y arreo de los animales, los conocimientos veterinarios para el cuidado y la recuperación de la salud animal, y los saberes asociados a la transformación para la elaboración de subproductos alimenticios.

En primer lugar, el manejo y arreo de los animales aparece como un conocimiento imprescindible, que se adquiere a través de la tradición heredada y desarrolla mediante la observación y la experiencia directa. Saber preparar, montar, jinetear y trasladar animales como medio de transporte y carga es un conocimiento esencial para dar rienda a los viajes trashumantes por la cordillera.

El proceso para alistar al animal carguero tiene varias etapas, que implican la aplicación de una serie de saberes en cada secuencia. Para iniciar, se comienza con la carga del aparejo, especie de montura para arrimar al animal los bultos o productos a trasladar. Los arrieros que ejercen el oficio de la talabartería son quienes elaboraban los aparejos en base a cuero de cabra y totora. Luego, se realiza el proceso del “enlazado” para amarrar la carga, seguido por el “ensillado” para asegurarlas al cuerpo del animal, acabando con el “ensogado”, en el que se afirma todo como un solo bulto. Durante estos procesos, se realizan una serie de nudos y amarres arrieros para asegurar la carga con precisión.

“Lo primero que tiene que saber, es tener experiencia en el caballo. Saber cargar, saber ensillar. Eso es lo principal del arriero. Y tener conocimientos del aparejo, los nudos para la carga, tener todos esos conocimientos, pero lo principal es el conocimiento de los animales”.

Gregorio Alcayaga, 37 años, Juntas de Valeriano.

“El aparejo que le pone al animal para cargarlo, se llama aparejo y la montura donde anda uno, esa es la montura. Y el aparejo la que carga el animal, usted los apareja, después le pone los lasillos, le pone la carga, después lo aprieta con la soga. Todo el movimiento”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

“Son cosas delicadas, que uno tiene que cargarlos bien, pues no vaya a pasar que un fierro le vaya pegando al animal y lo lastime, o que en el aparejo le quede una dureza y ya no más que el animal va ladeado porque el aparejo le va pegando”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

Durante los viajes, se aplican conocimientos que dicen relación con el arreo mismo de los animales, y que se refieren al saber darles un buen trato, considerarlos y orientarlos, direccionarlos en el camino y darles sus tiempos de descanso. Quienes no cuentan con esta preocupación asociada al cuidado de los animales durante el trayecto, pueden llegar a “cortarlos” y matarlos debido a la sobre exigencia.

“Aprender a andar despacio, porque los animales en que va uno también se cansan, hay que tener conciencia con los animales. Si vas a ir y te vas a poner a correr como loco arriba de un animal, al animal lo vas a cortar y matarlo, reventarlo. Los caballos se cortan, igual hay que andar pendiente de eso. Entonces hay que andar siempre despacio y preocupado de los animales. Preocupados de los animales, los que se van arriando”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Las técnicas de laceo son también parte importante del acervo de conocimientos para manejar y trasladar a los animales durante los procesos de trashumancia cordilleranos.

“Mi papá era bueno para lacear los animales, de los cachos laceaba, era bueno como laceador, igual que don Belmor Meléndez, era bueno para el lazo el viejo, tenían que ser así, porque era la vida de ellos andar en eso”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.



Otro de los saberes específicos que detentan los arrieros, son aquellos que se vinculan con la domesticación animal, destacando las técnicas y prácticas para amansar, contener y calmar la bravura. Amansar es una experticia asociada al conocer, apaciguar y domar al animal, que conlleva desplegar habilidades y asumir riesgos. Cada amansador tiene sus técnicas y toma su tiempo para aplacar el lado salvaje del animal, tarea compleja y demandante que muchas veces ha dejado malheridos a los domadores.

“Yo primero lo que hacía, lo encariñaba, le ponía una carona y lo apretaba y lo andaba trayendo un buen tiempo, un par de meses. Ya después cuando ya me subía yo los llevaba a todos lados. Pero cuesta mucho y es peligroso. Lo botan a uno o lo enredan y lo matan. Por eso que ahora estoy jodido de la espalda, por los animales chúcaros”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

“Si de amansar, yo siempre he amansado, debido a eso yo siempre así ando todo machucado, claro, pero el caballo no lo dejo, siempre me ha gustado tener animales chúcaros. Aquí los amansamos a la idea de nosotros”.

Gubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“Yo me acompaño con otro caballero al lado para trabar un caballo, que es manear de manos y patas, y ponerle un cordel al medio, de las dos maneas, y que quede corto no más. Entonces ahí recién juegas con él, lo molestas para que se le aquieten todos los nervios al caballo, los tiritones, todas esas cosas, y ahí empiezas a ensillar, lo ensillas, les empiezas a poner una cincha, lo aprietas, jugando así para que el caballo se vaya dando y el día en que vas a montar, tú ya estás más relajado, ya el caballo no va a hacer nada”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“Uno tiene que irlos conociendo, y llevándolos de a poco, un animal nuevo no puede dar de un viaje, como se va aclimatando lo va llevando, hasta que el animal se afirme, se aclimate al cerro, después ponerle no más. Por eso el animal tiene que trabajarse de 2 años y medio, ahí está en su punto para amansarlo y darle pega”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

De forma particular, amansar a una mula aparece como una tarea de alto riesgo por las características de este animal, bravo y corajudo, bastante más difícil de apaciguar que el caballo. Esta distinción nos habla también acerca de los conocimientos acabados y específicos que tienen los arrieros amansadores sobre cada animal y sus rasgos peculiares.



Cubier Santibáñez Campillay, Pinte.

“La mula es más dura de cabeza. Para poder amansar una mula primero tiene que ganarlo por las patas porque si no empiezan por las patas son muy bravas de pata. Y dura a veces de cabeza, te quita la cabeza o son bravas de pico y te pueden morder, son muy bravas y las mulas no corcovean como un caballo, las mulas te largan no más, te puede matar una mula. La mula es más peligrosa que un caballo, porque la mula te pesca y te caíste y la mula te puede agarrar a patás ahí mismo. Y las mulas se vuelven como el diablo mejor dicho”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Una vez finalizado el proceso de amansar, el animal debe ser instruido para que se menea y pueda ser direccionado. Esta labor recae en el llamado “tirador de riendas”, encargado de ponerle el freno al animal y darle movilidad en base a las señales que se le inculcan.

“Porque amansar es una cosa y tirar rienda es otra. Yo amanso no más. Ya está amansado ya tú puedes andar para todos lados, pero tú lo mueves para este lado y el caballo no te hace caso, tú se lo pasas a un tirador de rienda, entonces él lo va a girarlo, lo trabaja, lo mueve, entonces después él le ablanda el hocico y ya le empieza a colocar freno, ahí le pones un freno y ahí ya lo puedes trabajar, lo mueves.”

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Ahora bien, los saberes ganaderos también se relacionan con otro conjunto de conocimientos de carácter veterinario que dicen relación con la crianza, alimentación y cuidado de los animales. Estos saberes permitirán que el animal se críe con fortaleza y de buena forma, siendo los arrieros verdaderos “veterinarios de campo” encargados de mantener la vitalidad de su ganado.

“Los vacunos esos se dejan chiquitos y se van criando ellos solos no más, se van yendo detrás de la mamá... por el momento uno tiene que darle lo principal, la comida, el forraje, porque entonces el animal se crie sano y dejándolo con toda la leche. Acá no le sacamos la leche a la vaca, se lo dejamos para el puro ternero no más, para que se críen bonito; muchos le quitan la leche, lo amorralan al ternero o lo encierran, y le dan mediada la leche no más y el ternero no se cría, y no se cría con toda la fortaleza”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“A algunos cabritos recién nacidos, que no les llegue mucho el sol no más y que no le falte la leche para que no esté muy flaquito”.

Sebastián Páez Ortiz, 24 años, El Corral.

Uno de los saberes específicos para apoyar al animal en el proceso de parir, es la aplicación de la técnica del “manteo”, que involucra poner al animal en una manta y sacudirlo para acomodarlo en la posición idónea para el parto.

“También hay que saberlo. Cuando va a parir un animalito, por ejemplo la cabra, la oveja, yo he salvado a muchos animalitos así, cuando no pueden tener las cabras los he manteado, se los he sacado también. A una prima mía aquí el año pasado le saqué un cordero a una ovejita nuevecita que era primera vez que paría, estaba tirada en el suelo no podía tener al cordero y yo la mantí y se lo saqué”.

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

Por su parte, los saberes sobre la castración permiten extirpar a través de una verdadera cirugía abierta los genitales del animal. Esta intervención es bastante dolorosa para el animal y durante la cual se debe actuar con minuciosidad y paciencia.

“Puros dolores brutos al pobre animal no más, si ninguna anestesia, ni una cosa. Llega, uno bota al animal al suelo y otro lo tiene, y ese le busca los compañoncitos y se les saca el cuerito con la cuchilla y se va torciendo hasta que sale el coquito, con paciencia hay que buscarlos... Se va torciendo, se tuerce y se va desgastando hasta que sale”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

A su vez, los arrieros poseen conocimientos asociados a la identificación y diagnóstico de distintas enfermedades que sufre el animal, manejando un bagaje de remedios y procedimientos artesanales para aliviarlos, con aguas de monte y otros, durante la pérdida de la salud. Este acervo de conocimientos medicinales de carácter tradicional, emanan de la experiencia directa en el monte, reconociendo signos de malestar, enfermedades e infecciones como la “pisotia” o fiebre aftosa, la “mancha” y el “grano”.

“Que se enfermara un animal y había que verlo, en ese tiempo no había como ahora mucho adelanto para los animales, como ser las inyecciones, penicilina, purgantes, todas esas cuestiones ¡No había de eso! Les dábamos puras aguas de monte no más, le dábamos esa cuestión que llaman mollaca que hay por aquí, molle con aceite. Eso es cuando el animal se enferma de interno, adentro, se afiebra el animal y le dábamos con una botella”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

“Si hay enfermedades, antiguamente le llamaban la pisotia, que se le llenaba el hociquito de carachos y de cuestiones así y nosotros la curá-

bamos con leche, con el orín de uno con sal, es muy bueno para botarle la infección y todo. Así los abuelos sanaban los animales y yo aprendí de ellos. Y montes igual, montes del campo, cuando les da la diarrea a los cabros, les dábamos nosotros matico de campo con mi tío y con eso se alentaban. El caspiche, que es un monte clavoso, igual es bueno para curarles adentro las heridas que se le hacen”.

Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

“Y una vez pasamos por una quebrada ahí, por unas vacas ahí y estaban todas buenas. Y cuando volvimos había una muerta, y mi viejo, mi taita dijo: esta vaca, tiene que tener la mancha, dijo. Se bajó del macho y le comenzó a tantear, sonaba como papel, hueco. Es la mancha, dijo ¡Y le sacamos el cuero! Y la carne la quemamos, y el cuero lo hecho al agua en la quebrada, lo dejó en el agua como 10 días ahí, después lo sacó y me dijo: esa es la mancha”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

Asimismo, poseen conocimientos específicos ligados al manejo de prácticas de curación para cuando aparece el león, y cuyo ataque que puede llegar a ser mortífero por las características de su uña infecciosa.

“Siempre tuvimos animales accidentados porque me los rasguñaba el león, es muy enconosa la uña del león. Hay que echarle aceite negro, curarles y lavarle ahí para que no se le encone, porque la uña del león es igual a la del gato, si usted no le hace remedio se infecta, hay que echarle un remedio para que se sane y si no se pasman, se hinchan y se pasman”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

Desde hace algunas décadas, con la arribada de los médicos veterinarios al Huasco Alto, los saberes tradicionales de los arrieros sobre el cuidado y la sanación animal, se han comenzado a articular con los nuevos conocimientos y procedimientos que derivan de la ciencia médica, adquiriendo prácticas asociadas a vacunar e inyectar a los animales.

“Y después cuando llegó la ciencia médica, eso del veterinario, ya ahí cambió, llegó uno donde estaba yo, un veterinario, andaba envacunando animales, traía remedio para los chanchos, para las ovejas, toda la cuestión. Y va donde estaba yo, y ahí salía yo con él, a todos los animales, a todos los que tenían animales, vacunando los animales. Para la fiebre aftosa, o puede ser el grano o puede ser la mancha. Todo eso lo ponían en vacuna los viejos”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

“Le colocábamos inyecciones para la fiebre, les dábamos el vinagre es muy bueno para los animales ponerles en la cabeza cuando se afiebran y cuando no los inyectamos, inyectar el pirhuín que le llaman, que les da en la guata a los animales igual. El gusano les come las tripas. Es un gusanito que se les mete y hay que inyectar o se mueren”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

En tanto, otra categoría de saberes pecuarios son aquellos que se relacionan con la transformación de productos alimenticios. De forma particular, el saber “carnear” se constituye en una práctica fundamental, ya sea para la venta de carne fresca o para la elaboración de charqui, que es altamente apreciado pues se suele guardar para ser consumido durante la temporada de invierno.

“Carnear un animal es parte de la vida de uno. Que eso desde chico nosotros que estamos acostumbrados, pero no porque yo voy a matar un animal voy a ser una mala persona, si ese es medio de alimentarse uno y vivir, tener recursos. Si pues, los animales”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

“De repente se vende a la gente conocida, pero lo demás, si es grande el animal se hace charqui, después se seca y se tiene para servirse el invierno”.

Gubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“Para que no sufra hay que carnearlo bien no más, porque a veces se demoran hartos y gente que no sabe y no se desangra bien, entonces mejor que se desangre al tiro de una y ya se murió ya, para que no sufra tanto”.

Sebastián Páez Ortiz, 24 años, El Corral.

Asimismo, la extracción de leche y elaboración de queso de cabra constituye un saber hacer específico de los arrieros crianceros, productos que serán consumidos en las majadas y comercializados en las “bajadas” a pueblo. Para la fabricación del queso de cabra un tipo de procedimiento es el siguiente: primero se debe ordeñar temprano las cabras, luego la leche es filtrada, después esta leche filtrada es calentada por media hora, se deja enfriar y se le agrega el “cuajo” para cortarla y separar el “quesillo” del “suero”. Si bien antaño se utilizaba el cuajo artesanal fabricado con la tripa de los animales, en la actualidad la mayoría de los arrieros utiliza cuajo sintético o “comprado”. Después se recoge desde el fondo del balde o recipiente el

“quesillo” y se le agrega sal para iniciar con el proceso de estrujado y prensado en moldes que le dan la forma al queso. Finalmente, se procede a “cocer el queso” remojándolo un par de veces en agua caliente, y se deja secar en moldes dispuestos en cajones, con peso encima para que escurra el suero.

“Bueno, primero es sacar la leche en la mañana, después se echa en los tarros allá y se echa cuajo, se corta y se hace al tiro y le echa prensa, se le echa la sal y queso se llamó. Nada más que eso. Cuando es mucha leche se hace entre dos, porque sale hartó y hay que hacerlo rápido para terminar a buena hora. Igual la leche hay que hacerla entre 2, entre 3 a veces porque es mucha, cuando hay buen pasto, cuando es poquita uno se da vuelta bien”.

Sebastián Páez Ortiz, 24 años, El Corral.

La elaboración de queso de cabra es un saber hacer que se pone en práctica en las majadas de las veranadas y durante los meses de parición de los animales, generalmente entre octubre y marzo. Hoy en día, el valor del queso de cabra oscila aproximadamente entre los \$5000 a \$7000 pesos el kilo, y es un producto que forma parte del patrimonio agroalimentario del Huasco Alto.

5.2. SABERES HERBOLARIOS

Los saberes herbolarios son un relevante ámbito del patrimonio cultural inmaterial de los arrieros y arrieras, fruto de la constante interacción con la naturaleza, constituyen acabados conocimientos cordilleranos acerca de la utilización de hierbas y montes para mantener y recuperar la salud. Estos saberes se han heredado mediante la transmisión oral y han resultado fundamentales para llevar un modo de vida trashumante ligado a la alta cordillera, garantizando el bienestar humano y animal. Los arrieros y arrieras portadores de los saberes herbolarios son especialistas conocedores de las plantas medicinales en diferentes pisos ecológicos, su ubicación, nombre popular, uso y aplicación. Entre éstas destacan la llareta, el verraco, el marancel, el molle, el bailahuén, para los dolores estomacales. Mientras que la chachacoma y la raíz del pajonal ayudan con la puna, y el caspiche como cicatrizante.

“¡Muchos montes! La varilla, la hierba del soldado, la llareta, la chachacoma, la sanguinaria para la sangre, la yerba de la discordia para el hielo, todos esos montes uno conoce”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Allá hay hierbas medicinales ¡hay muchas! Las que conozco, están todas las hierbas mejores para allá, está el bailahuen, el verraco, macadeo. Ya más allá está la hierba lincordia, la llareta, todo eso. Otro monte que es muy bueno para el hielo es el marancel, ese es de la cordillera y el poleo, el té del país que es el que le llaman”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

Para enfrentar los efectos de la puna o el soroche en las alturas, asociados a fuertes dolores de cabeza y aumento de la presión, se conocen una serie de montes específicos que se usan y recomiendan tales como la chachacoma, la poposa y la flor de la puna.

“Si en el campo hay de toda clase de plantas, usted va a la laguna y hay cualquier planta. Y para la puna, hay buenas plantas, la chachacoma, la poposa, la hierba de lincordia para el hielo, la zarzaparrilla, hay muchos, sanguinaria, bailahuén, chachacoma blanca y chachacoma de la amarilla, para dolor de estómago. Si usted se apuna se toma una chachacoma y se le pasa al tiro”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“Si la puna es muy jodida, usted sube más arriba y hay sorocho. Y para el sorocho, sube usted en las alturas hay un monte que parece algodón así, unos coquitos. En lo pelado donde no hay ni una cuestión hay de esos, y si hay de esas, tiene que recoger y echárselas al tiro a la boca y comérselas. Esa es para la puna, para el sorocho. Flor de la puna se llama eso. Hay blanca y hay una moradita”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

Estas verdaderas artes curativas, forman parte de la salud tradicional y ancestral de los arrieros y arrieras del Huasco Alto, herencia de los antiguos y su vínculo con la biodiversidad, propia de quién vive y habita en el monte, lejos de los centros de salud alópata.

“Mi mamá ella sabía porque ella casi nunca nos llevaba para la posta porque yo jamás he sido medicado por una posta, yo me crí a puro cerro no más. Nunca me llevaron a vacunar. Porque ahora medio nacen los niños y ya están con las inyecciones. Yo no, si yo me machuco un dedo o me corto con la cuchilla, hago hervir la tetera no más, meto el dedo al agua hirviendo y se me pasa el dolor. Yo nunca iba a la posta. Yo soy nacido y criado en el cerro, nunca fui a la posta, no soy de vacunarme”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.



Entre algunas familias la transmisión de estos conocimientos se sigue realizando, enseñándoles a hijos e hijas acerca de los usos y propiedades medicinales de los montes, y quienes luego, reproducirán en su entorno familiar y cotidiano la práctica de la salud tradicional en base a la herbolaria de la cordillera.

“Yo a mis niños a casi todos los he enseñado, a mi niña cuando ella estaba chica, después ella les hacía remedio a sus hermanos y yo le enseñaba. Si los niños están enfermos tienes que hacerle una agüita de esto y esto otro, ella ya aprendió y así”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

5.3. CONOCIMIENTOS TERRITORIALES: GEOGRÁFICOS, FAUNÍSTICOS, CLIMÁTICOS Y ASTRONÓMICOS

El complejo sistema cultural de conocimientos que han desarrollado arrieros y arrieras en los viajes y trashumancias por los diferentes pisos ecológicos del territorio del Huasco Alto, también está integrado por los saberes territoriales acerca del ecosistema local en sus aspectos geográficos, faunísticos, climáticos y astronómicos.

Los conocimientos geográficos, permiten identificar lugares y su ubicación, conocer aspectos de la naturaleza, su relieve y paisaje así como las distancias asociadas. También se vinculan a un acabado conocimiento sobre los nombres y toponimias de los lugares.

“Y tener conocimientos de las partes que va a ir, eso es lo principal del arriero, por las lagunas, por cualquier lado que vaya, tener esos conocimientos de dónde está”.

Gregorio Alcayaga, 37 años, Juntas de Valeriano.

“Porque para allá cada estero tiene su nombre, cada puesto de ganado tiene su nombre. Eso es muy bueno considerarlo, tiene que saber por dónde anda y los refugios, cuánto tiempo puede echar de una parte a otra para refugiarse de cualquier tempestad que lo pille. Tiene que saber y calcular las distancias”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

Sin embargo, no sólo se trata de conocer los lugares por los que se transita, sino que también hay que saber refugiarse adecuadamente en éstos del frío y del paso del león, entre otras amenazas.

“Buscar una parte que no sea muy ventoso, una parte para alojar, para hacer fuego, toda esa cuestión. Considerar un lugar para amarrar un animal ahí, dos, tres, amarrarlos porque a veces pasa el gato y se asusta el animal en la noche”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

A la amplia sabiduría sobre la geografía de los lugares se suma también el conocimiento sobre la fauna que habita y circunda el ecosistema altoandino. Sobre los animales que se encuentran en la cordillera se mencionan avestruces, vicuñas, guanacos, pumas o leones y amplia variedad de avifauna.

“Animales hay avestruz, vicuña, guanacos, leones”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“Guanaco, el zorro culpeo. Allá hay mucho guanaco para la cordillera ¡Hartos! Yo veo como 200, manadas grandes, puros guanacos. Igual hay vicuñas para arriba para el Morro, casi llegando para las lagunas, también hay vicuñas”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

El guanaco, camélido representativo del territorio, ha sido históricamente cazado –con perros o armas– y su carne consumida o manipulada para ser transformada en charqui. Además su lana se utilizó para la confección de mantas y ponchos que eran elaborados en el tradicional telar de palo plantado. Su inminente desaparición, conllevó a que la especie fuese decretada en peligro de extinción y se prohibiera explícitamente su caza y captura a través la Ley de Caza (1998).

“Antiguamente no era prohibido, después se puso delicado y ya no pillamos. Nadie iba al campo a pillar guanacos. Primero pillaban pero para comer no más, como es tan rico el charqui, pero no suficiente para pillar harto. Algunos los pillaban con perros, otros con armas. Antes hacían ponchos con lana de guanaco y vicuña, y salían al campo y hallaban guanacos muertos y a veces pillaban también a los guanacos muertos les sacaban la lana y la hilaban. Y ahora hace una obra de guanaco y capaz que a uno lo lleven preso. Han cambiado los tiempos. Antes muchos usaban mantas de guanaco, ponchos de guanaco”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“Se cazaba mucho guanaco. Por eso la luz que le pusieron de que se andaba vendiendo guanaco. Con los niños cuando estábamos chicos mi tío cazaba con pura escopeta no más. Siempre salía con la escopeta con el cartucho con carga. Charqui, se charqueaba. Igual es bueno en charqui porque es caro. Pero te pillan, te vas preso. Y son 5 años por vender guanaco no más. Que eso es ahora lo difícil del guanaco, está penado por ley. ¡Pero es que hay muchos que lo hacen igual no más!”

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Dada su permanencia en el territorio y el conocimiento que mantienen de las especies, arrieros y arrieras son testigos de la procesual desaparición de la avifauna local y la dramática e inexplicable muerte de varios guanacos, fenómeno que se ha presentado con frecuencia durante los últimos años y que lamentablemente no ha sido atendido con la urgencia que amerita por las autoridades competentes.

“Antiguamente lo que se veía harto aquí eran los tortolones, hay otros que se encuentran por las alturas, las pisaguas que le llaman, y los piuquenes, esos son lo que quedan ahora, son más los piuquenes, y los flamencos esos este año ya no vi. Y los guanacos que no hay ahora, hay hartos guanaquitos muertos, para el río para abajo. Eso es lo que ahora

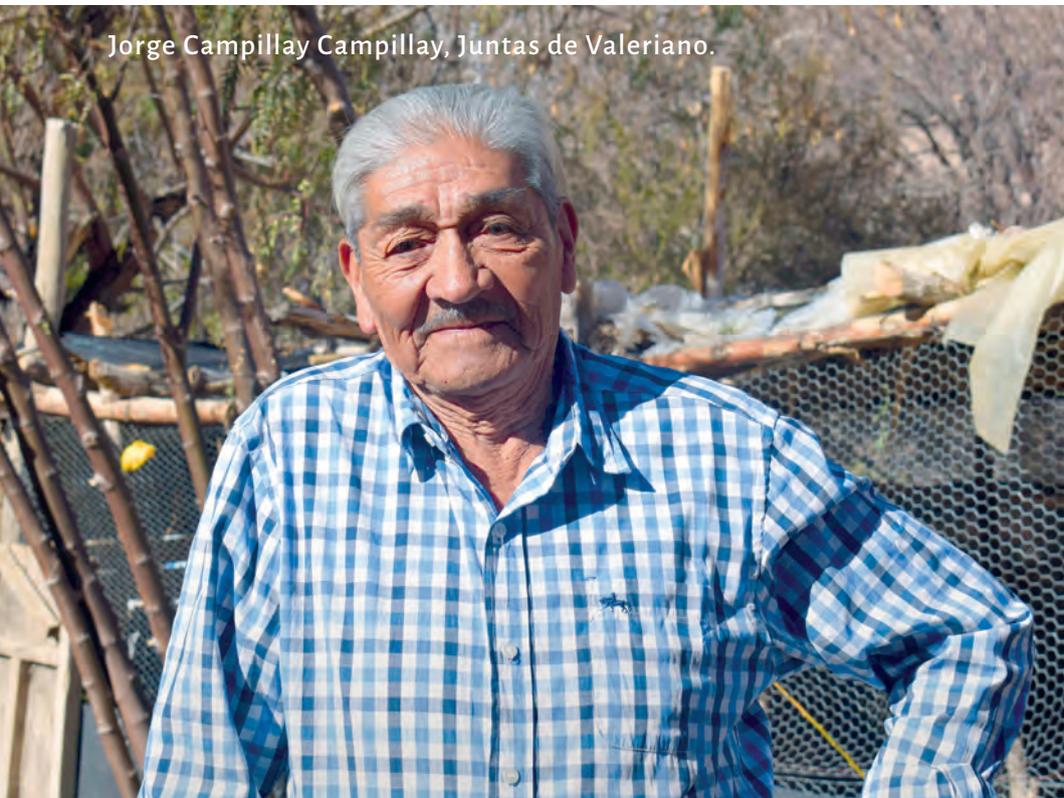
no se ve, antes el campo estaba diferente. Era bonito, era muy lindo, cuando uno llegaba acá, bajaban los animales, los guanacos bajaban peleando, llegaban peleando los relinchos a las vegas. Y daba miedo porque gritan como chancho. Ahora no. Yo de lo que he llegado acá no he visto ni un guanaco. He salido a andar por la altura, por los cerros y no he visto nada. Ni huellas, ni guano, nada. Puras osamentas no más, puros bichitos muertos”.

Elicia Bordonas Rojas, 55 años, La Fragua.

“¡Mucho antes! Ahora hay pocos porque les ha dado esa enfermedad, esa peste que les ha dado a los guanacos. Por aquí andan los guanacos. El otro día andaban 4 por aquí. Andan enfermos y se mueren para acá para el camino, se pelan enteros. Les da en el cuero como una caracha así, enfermos. Muchos guanacos han muerto. El SAG la otra vez vino para acá, pillaron unos los niños y los dejaron para acá para que los viera el SAG. Y habían unos muertos por el camino para allá y no les hallaron que enfermedad era, sarna dicen que es, pero el SAG no dijo nada”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

Jorge Campillay Campillay, Juntas de Valeriano.



Otros de los conocimientos tradicionales que conservan los arrieros y arrieras son los saberes meteorológicos, que se asocian al reconocimiento de señales e indicios del entorno natural que permiten predecir el comportamiento del tiempo. Sabidurías que se transmiten por generaciones y se cultivan mediante la observación profunda, constante y sutil del estado y transformaciones de la naturaleza. Leer el medio ambiente y comprender el lenguaje de la cordillera es parte de la sabiduría ancestral que aprenden y portan quienes transitan por los senderos cordilleranos.

“La misma naturaleza le va enseñando a uno, si va haber tempestad uno ya sabe más o menos que puede venir, uno tiene que prepararse, porque eso cuando hay temporal así es muy conocido, sale niebla de repente así chiquita luego se va haciendo grande, grande, cuando después empieza a granizar o si no las talcas y ahí el agua corre como si la tiren a balde, pero eso es un rato no más, después se pasa esa niebla y queda el día limpio”.

Gubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“Que la tierra este partida, cuando uno pasa así y la tierra esta partida, es que va a llover... son como señales, si son como señales”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

“El viento le cuenta en la cordillera a usted. El viento le cuenta, a esa hora de la amanecida, corre el viento y le llega un olor al monte mojado, puro monte mojado, es seguro porque va a temporalear, si el que no sabe esas cosas se puede helar en cualquier parte”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

Uno los bioindicadores locales⁹ de mayor popularidad entre los arrieros para predecir cómo vendrá el tiempo durante el año es la observación del lucero, que designa al planeta venus. El saber local sostiene que cuando el lucero se asienta hacia la cordillera será “año bueno” o año de lluvia, y que cuando el lucero se asienta hacia la costa será “año malo” de sequías y escasez de agua.

9 Los “bioindicadores locales” entendidos como los indicadores naturales que forman parte del acervo de conocimientos y saberes que comunidades campesinas e indígenas poseen y que les permiten tomar decisiones frente a los cambios de clima y los calendarios culturales de las cosechas.

“Bueno el más famoso es el lucero aquí, que siempre han tenido creencia en el lucero. Ahora sale como a esa hora de las 7, de las 6 y media y se ve de aquí, va avanzando de abajo para arriba. Dicen que cuando está en la cordillera es lluvioso, cuando está para la costa no llueve. Y ahora viene de la costa para acá a la cordillera, ahí vamos a ver cuando llegue por aquí tiene que desgranarse la lluvia. Ese ha sido el más famoso aquí, el lucero, como guía para la gente, para los años”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

“Lo que siempre vemos es el lucero en la mañana. Cuando va a ser bueno el año, es cuando se cambia a la cordillera, a los cerros. Cuando se cambia a la cordillera, a los cerros. Esta siempre muy helado. Cuando se cambia a la cordillera y cuando se cambia a la costa, puros calores no más. No va a ser bueno el año. Se cambia el lucero”.

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

En tanto, una de las prácticas tradicionales que se llevaban a cabo para predecir cómo sería el tiempo durante los meses del año era el llamado “calendario de la sal”, que se realizaba los primeros días del año. Este verdadero calendario popular consistía en escribir en un cartón o papel todos los meses del año y verter sobre ellos un puñado de sal, al día siguiente, aquellos meses en los que la sal estuviese dispersa, se tomarían como meses de lluvia.

“De que cuando cambian año, por ser de enero, el primero de enero, uno hace la prueba de la sal el día antes, pone sal en cada mes, si amanece y se corre la sal es porque va a llover y si hay hormigas es también que va a llover. Esos eran el calendario que teníamos”.

Dionila Cayo Bordonas, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Ellos miraban el cielo para saber cómo iban a ser los años...desde que entra enero miraban cuando iba a llover, si iba a llover, si iba a ser caluroso. Marcaban los años, cuando entraban el año, le ponían los nombre dejaban la salsita ahí, cuando iba a llover se corría la sal y cuando no iba a llover no se corría nada, amanecía seca. Esas creencias tenía la gente antigua”.

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

Sin embargo, los arrieros constatan que producto de los cambios y transformaciones acontecidas en la naturaleza durante los últimos años, las señas y creencias aprendidas de los antiguos, se han tornado imprecisas.

“Pero ahora casi toda la experiencia que tenían los antiguos ya está todo cambiado, ya eso no es tan efectivo. Si los antiguos también tenían sus creencias, sus experiencias que les marcaba algo. Pero ahora ya no dan resultado porque todo está cambiado, no sé el mundo, los astros, está todo cambiado”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

“Ya los tiempos han cambiado y antes decían no si el lucero está para allá va a llover, ahora el lucero está para acá y llueve o no llueve, pero esos son los efectos del cambio climático y hay que tomarlo así. Porque antes mi abuelo decía, oye el lucero está para la cordillera va a llover y hay que tapar el pasto o encierra a los terneros y era así y llovía, pero ahora no, ahora no hay fijeza. Hasta eso ha cambiado”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

Ahora bien, los saberes astronómicos sobre el firmamento, los astros y constelaciones también forman parte de una sabiduría ancestral y heredada, que nos hablan sobre las concepciones propias de mirar y representar el universo. El lucero, las tres marías, el planeta norte, el planeta sur son parte de los astros que se reconocen entre el manto estrellado y que guían el caminar. Entre las constelaciones que se nombran, destaca el “revolcadero de guanacos” figura que se forma en el halo de oscuridad entre las estrellas y que se asocia a una sabiduría heredada de la cosmovisión indígena.

“Está el planeta norte, el planeta sur, las tres marías... Hay un guanaco en el cielo, el revolcadero de guanacos, un perro, la cruz del sur, el revolcadero de guanacos, esos son figuras de estrellas, son como que se imagina en la noche como un río, el guanaco”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“El lucero es el que más me guía porque a veces me pegoy y me digo haber para donde voy, para el norte ¿no cierto? Busco un lucero y empiezo con los brazos a buscar, sí yo sé dónde ando y nunca me voy a perder. O me pongo a mirar las tres marías”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“Antes los abuelitos le contaban a uno que las estrellas, como ser las tres marías, que brillan las estrellitas hartas juntas en una parte son las que brillan y en la mañana el lucero. Cuando el lucero se cambia a la costa no llueve y si el lucero está en la cordillera: llueve. Si el lucero está en la costa no llueve, ni una gota, nada, nada”.

Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

5.4. CONOCIMIENTOS SOBRE TÉCNICAS ARTESANALES

Las técnicas artesanales ligadas a la talabartería representan otra de las manifestaciones del patrimonio inmaterial de los arrieros, saberes tradicionales que permiten confeccionar las indumentarias requeridas para los recorridos cordilleranos.

Aperos, lazos, riendas, bozales, pellones, cabestros y jáquimas son algunas de las prendas que los arrieros realizan en base al cuero que obtienen de sus animales. El aprendizaje de la talabartería se desarrolla desde temprana edad a partir de la observación, y se comienza practicando en montes como el junco e implica destrezas como la paciencia y minuciosidad.

“Mire, yo como quien diría aprendí solo viendo, y me gustó ese trabajo, sacaba construcciones de los trenzados antiguos, pedazos botados, y ahí sacaba, los miraba, hasta que los estudiaba como iba el tejido, y ahí me fue gustando y practicando en montes. Entonces no había pita ni hilos, ¿de a dónde! Y aquí hay un monte, el junco, y ahí sacamos de este monte que hay, Aquí mucho la lenguilla, sale una vara para arriba y de ahí sacábamos nosotros, la dejábamos marchitar y practicábamos, hasta que fui aprendiendo”. Gubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“Hacía jáquimas, riendas, cabestros, una vez me puse a hacer un lazo, me costó mucho hacerlo. Sí, y un apero, se siega la totora, se deja secar y después cuando está seca ya se hace un rollito y se le pone una estaca acá, otra aquí y otra acá, se pone un poco de totora por dentro ahí y se hace la forma y después se va trenzando. Viendo otras cuestiones más antiguas. Uno en el cerro va viendo cuestiones y las va estudiando y después uno la hace”. Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

Durante el período del auge de las tropas, el oficio de la talabartería cumplió un importante rol, abasteciendo a los arrieros con las indumentarias para alistar a la caballería o mulares con carga. Los encargos eran variados y se realizaban a pedido.

“Antes como había tanta tropa, los ocupaban mucho. En cuero yo le hacía lazos, le hacía cabestros que se usaban antes para amarrar animal, le hacía jáquima que se ponen en la cabeza de los animales, un bajador que le ponen aquí por el pecho, lo que me mandaban a hacer para caballo, todo. Hacía pellones para monturas, hacía aparejos, esteras de totora también, lo aforraba con cuero. Todos esos trabajos hacía, casi todo se lo mandaban a hacer a uno. Uno hacía el trabajo y los entregaba no más, porque todos lo mandaban a hacer los arrieros”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.



Otra de las técnicas artesanales que manejaban algunos arrieros era la herrería, trabajando y forjando hierros para la elaboración de herraduras para los animales. Estas piezas de metal se trabajaban en horno o fragua, en la que se calentaban los metales para forjarlos.

“Sí, claro. Yo antes trenzaba riendas, hacía jáquima y todas esas cuestiones para la tropa también hacía las herraduras yo no más, que todavía tengo la fragua, por ahí está la fragua. Hacía la herradura, compraba los clavos y arreglaba la pezuña y ahí se ponía la herradura, clavada, buscaba por ahí, el fierro de construcción lo usaba para hacer las herraduras, es un trabajo muy bruto también hacer herraduras... Para herrar uno le tantea y se pone la herradura y el clavo sale por la orilla y ahí se corta y se dobla”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

En definitiva, constatamos que la sabiduría de los arrieros y arrieras es vasta y abarca diferentes ámbitos temáticos y destrezas, poseedores de conocimientos propiamente cordilleranos y que son reliquias aprendidas fundamentalmente a través de la práctica. Sin embargo, son un patrimonio inmaterial que corre el riesgo de desaparecer ya sea por los cambios asociados al ecosistema y entorno natural que le dan vida, ya sea por la falta de transmisión e interés por parte de las nuevas generaciones.



6. Leyendas e historias

En este capítulo reproduciremos leyendas y relatos que nos compartieron las arrieras y arrieros de la parte alta de la provincia del Huasco. A través de sus propias palabras y narraciones conoceremos leyendas mitológicas asociadas a los lugares por los que han transitado durante sus rutas de trashumancias, las creencias cordilleranas, e historias de penaduras, muertes, huellas indígenas y pumas, así como relatos de nevadas y de temporales. Estas narraciones nos dan cuenta de la rica tradición oral que conservan los arrieros, que ha sido transmitida de generación en generación y que evidencian algunas de las representaciones, significaciones, situaciones e historias que experimentan en su propia vida social.

6.1. LEYENDAS MITOLÓGICAS

Algunos de los lugares que forman parte de las rutas y recorridos de los arrieros están impregnados por leyendas y creencias que forman parte del patrimonio inmaterial mitológico asociado a su práctica. Al respecto, destaca el sector de la Laguna Grande al que se le asocian una serie de historias tradicionales.

6.1.1. La sirena de la Laguna Grande

La primera de éstas, se refiere a una leyenda transmitida por los antiguos arrieros que acontece en el sector del canal en la Laguna Grande, y que dice relación con la aparición de una bella y joven sirena, mitad mujer, mitad pez, que deslumbra y asombra a quienes se les presenta, y que se peina con un peine de oro, llamando la atención a quienes la escuchan con su bello canto.

“La historia que siempre me contaba mi abuelita a mí y que yo siempre le conversaba a los niños es que en la laguna hay una niña encantada. Ella me conversaba que ella se había ido al mar y se aparece en la Laguna. Es una niña muy linda. Una vez la vimos nosotros, estaba en toda la vuelta. Y esa historia es rebonita, ella nos decían: tienen que ir en la tarde, en la hora de la tarde, ella se peina’, pero tiene su pelo muy lindo. Esa historia nos contaba ella”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Esa es la niña que está encantada en el mar, la sirenita, el tatarabuelo del Goyo allá en la media luna, donde está el canal de la laguna abajo, la halló sentada arriba, porque es una plataforma de madera, la halló sentada peinándose con una peineta de oro. Muy lindo el pelo, era una niña con forma de persona pero para abajo con forma de pescado, muy linda, los abuelos siempre comentan la historia”.

Elicia Bordonas Rojas, 55 años, La Fragua.

“Bueno, los antiguos antes conversaban que en la laguna Grande salía una niña encantada. Cantaba, la sentían cantar y alguien decía, pero mentían no sé, que la habían visto. Los antiguos conversaban eso, los abuelos de uno, que la habían visto una vez. Salía afuera, al muro de la laguna a cantar ahí, pero nunca los demás la han visto. La mitad de pescado y la mitad de gente. Decían que se tiraba al tiro a la laguna. Dicen que la sentían mucho en el desagüe de la laguna, ahí es que se ponía a cantar”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

Al respecto, una de las interpretaciones acerca de esta leyenda es que haya sido utilizada a modo de evitar que los menores se bañaran en las aguas de la Laguna Grande.

“Bueno, que a lo mejor uno como niña se aburre, se quiere estar bañando todos los días, no le hace juicio a la mamá, se les pone soberbia a la mamá ¿y la mamá que le dijo? Pero si tú no hací caso, después te convertí en pescado. Y ella cuando se acuerda del día que la mamá le dijo eso ella llora. Ella siempre nos contaba, y nosotros una sola vez la vimos que veníamos en la tarde, ahí la vimos”.

Dionila Cayo Bordonas, 64 años, Juntas de Valeriano.

6.1.2. El Wecú

Por su parte, el Wecú representa una especie de espíritu en forma de cuero que flota en las aguas de la Laguna Grande, y al que se le asignaban consideraciones negativas al ser un ente que podía dejar embarazada a la mujer que se le acercara. Cabe destacar que esta creencia se asemeja a la tradición mágico-mitológica mapuche, y nos habla acerca de la siempre compleja relación entre los humanos y la naturaleza.

“La del wecú, ese, el wecú, eso lo vimos nosotros en la laguna, era como un toro que había en la laguna, era grande así, se le movía el pelaje con las olas, pero no se le veía cabeza, ojos, era la forma de un cuero no más. Y la abuela nos decía, no vayan a andar cerca de la orilla de la laguna o

van a salir preñadas, y ella nos decía que tuviéramos cuidado, que esos bichos con mirar no más dejan embarazada. No sé si esa historia la contaba para asustar o si sería la realidad, no se sabe”.

Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

6.1.3. Los duendes

A su vez, se relata una creencia asociada a los duendes, quienes representan a los niños y niñas que no llegaron a la vida pues fueron abortados y enterrados en las inmediaciones de la Laguna. Estos seres son caracterizados como traviesos, revoltosos y molestosos, y a veces asustan a las personas, les esconden objetos y raptan a los niños menores.

“Aunque igual una vez sentí llorar a una guagüita aquí. Y lloraba tanto esa guagüita que me levanté y le avisé a mi mamá. Mamá está llorando una guagüita. Y lloraba y le dije a mi mamá que estaba llorando una guagüita ¿por qué lloraba tanto y tan fuerte?. Y mi mamá dijo: son duendes, deja la luz prendida no más porque te ven la niña chica. Y todas las noches me hacía dejar un pañal sucio para que no se la llevaran porque creo que se llevaban a los niños chicos”.

Elicia Bordonos, 55 años, La Fragua.

“Los duendes, mis abuelos comentaban que antes las niñas abortaban las guagüitas y las dejaban enterradas por ahí. Y ellos asustan, le hacen maldades a uno, a veces le esconden las cosas, son maldadosos, son angelitos que los han dejado por ahí abandonados. Cuando encuentran un caballo que es bueno, les anudan la tusa, le hacen un moño. Y ahí andan ellos y ahí ellos andan en el cogote del animal. Son traviesos”.

Elicia Bordonos, 55 años, La Fragua.

6.1.4. El Yastay

Conocida en la provincia es la leyenda del Yastay o Guanaco Blanco, ser sobrenatural que protege a la tropa de guanacos de los cazadores y que puede llegar a tomar diferentes aspectos y tamaños. El Yastay protege a los animales silvestres que son objeto de la caza, ahuyentando a los cazadores, emboscándolos y espantando incluso a las jaurías de perros.

“Mi papá me contaba que ellos veían tanto al Yastay, Guanaco Yastay. Bueno al Yastay yo lo he visto, porque nosotros íbamos una vez al campo, por una quebrada para acá. Como siempre pillábamos guanacos, íbamos para el campo a ver los animales y se nos terció, y les dije yo: ¡hay un

guanaco cerquita! Echámosle el perro. Le echamos el perro. Después de ser grande era así un guanaquito, así, pero lleno de piojos, no se podía mirar y tenía las manos, las patas como la gente. Pero no servía para nada. Y los perros no le hicieron nada. Alcanzaron a gemir los perros no más y arrancaron y después cuando nosotros nos retiramos un poco, era grande otra vez. Un compañero con que andaba yo andaba más asustado, yo le dije que no hay que corretear a los guanacos, ese es el dueño de los guanacos... Antes decía el abuelo mío, que una vez les salió a ellos, que habían cazado como dos guanacos, tres guanacos creo y se les apareció, dicen que se le apareció de gente pues. Gente que no habían conocido y que les dijeron que se mandaran cambiar porque no querían que les pillaran sus guanacos. Y que pegó un pitido, sacó un pito, decía mi abuelo pues, y pitio y se dejaron caer una pila de guanacos, rodeados de guanacos, pero no pillaron ni uno”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

6.2. HISTORIAS DE CORDILLERA

6.2.1. Creencias acerca de la cordillera

La cordillera es un amplio territorio, agreste de habitar y recorrer, por esto recomiendan los arrieros que para aventurarse en ella hay que respetarla y conocerla, saber a qué se va y estar siempre alerta. Ser cauteloso durante los recorridos, tener en cuenta las condiciones meteorológicas y estar atento a todo tipo de señales son algunas de las claves a tener en cuenta para adentrarse en el macizo cordillerano.

“Sí, lo primero es saber a qué vas, eso se debe hacer, porque si la cordillera está enojada, y eso se ve cuando están las nubazones y el viento, no tienes que buscarle pues. Eso es importante, no arriesgar más de la cuenta. Porque hay gente que dice, yo voy no más, como desafiante y a veces eso tiene consecuencias que se pudieron haber evitado, pero no se evitaron. Hay que tener siempre la conciencia que la cordillera es viva y nos está mirando y que sabe lo que hace y la naturaleza también todo... el respeto, el respeto a la cordillera porque dicen que la cordillera es viva, como dicen que el mar es vivo, así que son cosas naturales que hay que respetar el sistema. No buscarle”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.



Floridor Alcayaga Santibáñez, El Tránsito.

“¡Si hay que tenerle respeto! Si una vez fuimos con la policía también. En junio, julio y había llovido, había caído una nevada. Y el paco Loyola que se llamaba, quería ir a las líneas. Jefe, no hay pasada le dije yo. ¡Tiene que haber!, me dijo ñor. Llegamos por la laguna Grande, ahí del Pescado para arriba (...) Ahí no más le saltó la sangre en las narices. Y el paco quería y siguió para arriba no más, y seguimos para arriba y llegamos a las lagunas y no había donde alojar porque estaba con nieve (...) Ahí en el cerro había una veguita ahí, ahí se veía más descampado y ahí alojamos. (...) Y al paco le saltó sangre de narices y llego para allá y le dio más, le dio más, ah... Y el otro paco viejo siguió por la quebrada para arriba con el otro viejo, ¡a ver si había pasada! ¡No casi lo mata la mula! ¡La nieve muy alta oiga! Se le cayó la mula en los montes y lo tenía aplastado (risas) Y yo me quede con el paco ahí. Y ahí le di agua de varilla yo... Y lo hice dormir sentado así, no parado. Le puse unas cuestiones, unas chilpas ahí. Yo le dije “Jefe, al carabinero se le va a reventar la mollera si sigue para arriba, le dije. Imagínese. Péguese la vuelta para tras ñor”. ¡No creía todavía la caga de paco, quería ir él para allá con los otros! Ya después el carabinero se sintió más mal ya (...) Que si no nos volvimos, aquí cuando lo vio el practicante en Conay, si no se vuelve dijo, el carabinero se le revienta, le dijo”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

6.2.2. Historias de penaduras y muertes

A su vez, la cordillera y en especial los sectores de minas con socavones, albergan historias paranormales como las de penaduras asociadas a la presencia del diablo, o a la emisión de ruidos que no tienen explicación en el mundo de la razón.

“En las minas me penaban a mí. Siempre me penaban en las minas, a veces en tierra. Tranco adentro. Una vez trabajamos en una mina en que ahora están trabajando los niños ahí, la laguna. Era un día de viernes santo y ya habíamos como 5 mineros. Yo dormía en la puerta del socavón. Había un socavón hondo, que tiene más de 100 metros y los niños dormían en planchita afuera. Me acuesto yo, cuando viene un viejo de adentro de la mina, de adentro del socavón y me llegó a los pies pero no lo miré, y no había nadie, ese debe haber sido el diablo, que penaba en las minas. Y adentro de la mina cuando trabajábamos gritaba un zorro de adentro de la mina. Cantaba un zorro y nosotros decíamos un zorro de adonde. Y no había nada. Penaba el metal en las minas”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

En tanto, don Oscar Páez comenta acerca de la extraña presencia que sintió en el sector donde yace una animita desde tiempos pretéritos y a la que hoy en día suele respetar y encender velas.

“Así muchas cosas que cuentan de la cordillera. Ahí también en la cordillera dicen que andaba un caballero por el cerro y los ricos, los dueños del fundo lo mataron. Ahí como que yo creo un poco, porque un día yo iba tarde, se me habían ido unas cabras para abajo y yo iba a buscarlas y las cabras llegando adonde está la animita se asustaron de una manera, se pelaron las cabras y ya ahí medio enojado con las cabras, después conversando con una amiga me dijo: ¿Y no entendiste el mensaje? A lo mejor esa ánima quiere alguna velita, que le digan algo. Así que ahora que voy siempre le llevo algo, porque son cosas que hay que vivirlas para crearlas y esa cosa yo la viví y ahora nunca más. De repente ando en la noche por ahí y ese puede haber sido el mensaje pero esto hace muchos años, muchos, muchos años, cuando yo andaba con mi abuelo por esa cordillera y esa animita ya estaba ahí, así que imagínate hace cuánto tiempo estaba ahí, desde cuando yo tenía como 9 años”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

Una trágica historia que hace eco en la memoria cordillerana, es el brutal ataque que sufrieron dos pequeños niños hijos de don Cecilio Rodríguez,

a quienes unos maleantes golpearon y asesinaron. Hasta el día de hoy, una animita en el sector de la Laguna Chica recuerda este dramático episodio.

“Las historias que ellos contaban de los niñitos que mataron aquí cuando se fueron por el río Colorado. Mataron dos niños, creo que fueron unos malos, unos viejos malos que vivían para allá. Personas que los hallaron solitos, y estaban así, como él, uno, y el otro más grandecito y los dejaron en la Laguna Chica y ahí hay una animita de un niño. Les pegaron, les pegaron, uno creo que lo mataron, se lo comieron y al otro lo dejaron muerto, él se hizo el muerto y lo dejaron en un rodado, y como a las horas después que pensaba que los machos se habían ido, decía mi abuelita salió y arrancó pero llegó muy golpeado, muy golpeado. Se llamaba Cecilio el papá de los niños, don Cecilio Rodríguez. Pero a esos niñitos les golpeó mucho las personas malas que pasaron por ahí para allá. Y se fueron a la Argentina... En Argentina los pillaron”.

Dionila Cayo Bordonas, 64 años, Juntas de Valeriano.

6.2.3. Historias de riñas

Hace no muchas décadas la cordillera era un espacio donde la gente ejercía la justicia con sus propias manos, siendo frecuentes las riñas y enfrentamientos balísticos que muchas veces acababan con transitorios períodos de encarcelamiento, tal como se relata en los siguientes testimonios.

“Mi papá contó que una vez, como era tan callejero mi papá, dice que una vez cayeron de Argentina por Linares, por allá dice que una vez se vinieron y que se pusieron a tomar y el cuyano dice mi papá que era pintoso y llegaron a una posada de un pueblito y el cuyano empezó a pinchar con la señora del dueño de la cantina, dice que se enojó el dueño de la cantina y los corrió y se fueron de ahí. Cuando de repente, mi papá era peleador, era bueno para pelear y le dijo al cuyano: ¡Oye como nos va a correr este tal por cual! Y se fueron a pelear con el gallo de la cantina, dicen que los vio el hombre y que tenía un palo, les pego un palo oiga, por aquí tenía unas cicatrices. Y cayó al suelo mi papá y el cuyano lo pescó y se agarraron, el cuyano dice que le pego un tiro en toda la cabeza al viejo de la cantina y ahí estuvieron complicados, ahí lo trajeron detenido, estuvo en Vallenar preso por la cuestión, pero ahí bueno, pero la culpa la tuvo el cuyano, porque cómo si mi papá estaba peleando y lo tenía tomado al tipo, mi papá era bueno para la fuerza, cómo le tiró el balazo si podía llegarle a cualquiera de los dos. Ahí mi papá se separó del cuyano, se pelearon por eso, el cuyano estuvo en Vallenar y mi papá también estuvo preso en Vallenar, terminaron los dos presos. Estábamos chicos”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

“La otra vez tenía una crianza de burros, en la mina allá arriba, que el viejo me carneó cinco burros allá en la piedra azul. Fui a conversar con él, casi me pegó y me ofreció bala. Ahí mismo lo espante siete tiros con la carabina, fui preso, no me demore nada en salir, fue en defensa propia. La gente se tienta con los animales”.

Ibar Huanchicay Varas, 87 años, El Algodón.

6.2.4. Historias de nevadas y temporales

Los temporales y nevadas son experiencias extremas que marcan la memoria de los arrieros, recuerdos que se reviven a través de las historias acerca de cómo pudieron sobrevivir a estos fenómenos de la naturaleza. En la alta cordillera la nieve puede caer de forma inesperada, siendo frecuentes las historias de arrieros que debieron resistir a nevadas y temporales a los que sobrevivieron de forma excepcional.

“Para la cordillera es bien distinto para llover. Puede estar una mañana bien limpia y de repente sale una nubecita y se pone a llover al tiro, si la nieve alza al tiro. Cuando se ve tiempo medio malo uno se viene, si se



Gregorio Alcayaga Cayo, Juntas de Valeriano.

puede venir no más. Nosotros estuvimos con mi papá 18 días encerrados en la nieve. Andábamos campeando un animal que se había quedado en la cordillera, pero cuando salíamos a buscar los animales pasaba el río, como a los 50 metros así con escarcha en la cola y no sentíamos los pies. Pescábamos las riendas y después no podíamos abrir las manos”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

“También se dice que antes habían unos temporales que les llamaban la piedra, son pedazos de nieve y se escondían los animales donde venía ese temporal”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, sector Retamo.

“Nos pilló la nevada. Y quedamos más de un metro de altura la nieve y se nos helaron los burros, se nos helaron las gallinas que pisaban con los puros huesitos, les cortó los huesitos. Nunca pensé que cuando pisaban la nieve las gallinas se les cortaban los huesitos, quedaban con los puros chunguitos las gallinas. Es igual que si una gallina se mete así a un rescoldo y se achurrasca y se quema es muy fuerte, muy helada. Quema la nieve, igual que la vista. Puede nevar y está todo blanco y la vista se les quema. Era muy chico, tenía como 10 años yo”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

“Cuando nos pilló aquí arriba en el Puesto la nieve, pero ya fue hace más de 8 años. Cuando a mí con mi papá fue. Ahí ya teníamos la nieve, un metro de nieve ya. Ahí ya cuando yo le dije: mejor vámonos porque si no aquí vamos a perder todo, vamos a perder las cabras. Ya el viento blanco era mucho ya, estábamos escarchaos. Así que como pudimos cargamos los machos y bajamos no más, pero ya era un metro de nieve ya, los machos ya no caminaban ya, las mansas cargas. Esa es la que me tocó vivir allá encima del cerro. Hasta el Pescado bajamos esa vez pero todo mojado sí, montura, aparejo, comida, todo, todo mojado, no se salvó nada, todo mojado”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

A través de las historias sobre nevazones y temporales, evidenciamos la fuerza y magnitud que alcanza el poder de la naturaleza durante los meses de invierno en la alta cordillera.

“Y el año pasado cuando vine a buscar las vacas de este niño de allá de La Pampa, las que estaban ayer en la Laguna. Vine en mayo aquí yo, de aquí para arriba no tenía entrada, tuve que entrar por el cerro, buscarle,

buscarle, hasta que entre de la majada más arriba. Pero aquí estaba una sola mesa para allá, estaba todo en nieve para arriba, pura nube, puro faldón no más, puro cerro para allá y en la mitad del cerro entré y total que no entraban los caballos, tuve que llevar la montura, al pecho para arriba. Es brígido entrar en mayo para acá, sobre todo cuando hay nieve. No se veía nada aquí, estaba tapado todo eso, no se veían vegas, no se veía más que pura agua no más se veía”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

El aluvión del año 2015 que afectó a gran parte del norte de Chile, es uno de los últimos fenómenos significativos que ha vivido la provincia del Huasco y que está presente en la memoria de los arrieros.

“Si, para el 2015 en el temporal. Teníamos gente arriba, estábamos trabajando en el cerro y la vimos bien peluda porque donde teníamos que bajar era como un cajón en donde si el agua venía de atrás de nosotros no teníamos salvación. Era bien peludo el tema y empezó a llover y empezaron a formarse está cuestión de truenos o relámpagos y alumbraban por todas partes. Era como una película que estábamos viendo y esa fue brígida y teníamos que hacerla, teníamos que intentar llegar a la casa porque allá abajo en la casa estaba ella con la guagua no más, estaba chiquito y estaba sola no más y nosotros estábamos viendo a la gente que quedó arriba y el ganado había quedado arriba en la cordillera. Así que esa fue una de las vivencias más peludas que haya tocado y sin saber que más iba a seguir porque la cuestión no paraba ahí, pero gracias a Dios, todo bien, tuvimos un espacio para ir a sacar los animales, las cabras de la cordillera, por lo menos meterlas a un refugio donde estaban más o menos seguras y meternos a la casa y quedarnos ahí hasta que pasara”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

6.2.5. Historias de pumas

El puma o león como se le conoce también en la provincia del Huasco, es un peligro constante para el arriero. Este animal es difícil de ver y registrar, hay que estar alerta y fijarse en sus huellas para saber si está cerca. Su presencia es una de las principales amenazas que los arrieros deben enfrentar ya que cuando el puma ataca a los animales, mata a varios, sin necesariamente comerse sus víctimas. Diversas y abundantes son las historias asociadas al encuentro con este poderoso animal, cuyas huellas alertan y delatan su presencia.

“La huella del león no más la hallábamos, donde pasábamos. Aquí el león me comió unos burros, aquí arriba, por esta quebrada para el alto, ahí no más. Tenía unos burros, una tropa que los echaba para allá arriba. Y un día se me pierde un burro, lo fui a buscar y no lo podía encontrar. Lo halle, lo había matado el león en la noche. Estaba la huella fresquita allá donde lo había muerto”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

“El puma sí. Cuando teníamos los burros aquí. Ahí sí mató varios burros. Ahí sí, hallamos a una burra que era llenadera de sangre la cabeza y el león se comió las puras ubres y la dejó. Yo de todos estos años que he andado en el campo, nunca he visto al puma. La pura huella no más. Pero nunca lo he visto. Porque es grande, guatona. Porque en las uñas las tiene aquí dentro así que son huellas grandes. La huella la he visto fresquita sí, como que andaba al lado mío ¡Él me puede haber andado viendo! ¡Yo nunca lo he visto! Yo no les tengo miedo tampoco. He andado muchas veces solo en el campo”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“El león también me comía las cabritas. Por eso también yo tenía que batallar hasta en la noche buscando las cabras en el cerro, sino dos, tres que me comía en la noche, y a veces las mataba no más. Una vez en el Carrizo me faltaron unas cabras, las vine a buscar y en esa misma quebrada que hay encima, hallé unas huellitas y había una cabrita muerta y me fui más al alto y me faltaban como siete, ahí cuando de repente vi unas rayas unos rayones y ahí las tenía el león, todas amontonadas y no les comió ni un pedazo ni nada, las mataba no más. El leoncito”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

“No, si ese es cosa seria. Cuando quiere, cuando halla cabra y quiere matar ¡mata no más!, no están ni ahí si son bonitas, si son feas, mata parejo no más. Si 20 cabras las halla, las 20 las da vuelta ¡Y por matar no más! Si se come una, dos, más no comen porque él se mantiene con la pura sangre no más. Les chupa toda la sangre, les rompe acá, así que, él toma la pura sangre y si se acuerda, se come dos cabras, tres. Y les come el puro pecho no más, eso es lo que más come, la parte del pecho no más”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

Antiguamente algunos leones eran cazados para evitar que se comieran a los rebaños o para consumir su carne, una receta que se realizaba era el charqui, al que incluso se le atribuyen poderes medicinales para combatir el asma.

“Porque uno a veces hallaba al león, el león por ahí que les comía los animales. A mí me comió tantas cabras, tantos animales. Y una vez yo pillé al león también una vez, en la laguna Chica. Le eché un perro que tenía. El perro lo volvió y yo le puse el lazo. Hicimos charqui. Es muy rico el charqui del león. Muy bueno para el asma el charqui de león... Venía acatadito así en unas varillas. ¡Es el león! Dije yo. Y me fui a acercarme más y le soltamos el perro y sale el león y arranca para arriba y no se demoró nada el perro para alcanzarlo y devolverlo. Y yo les decía a los carabineros, háganse para un lado y lo atropellan así con el caballo. Los caballos cuando lo iban a ver a la cara, les digo yo –denle la pasada para abajo no más–. Estaba en un angosto, una vuelta así y me pasa y le pongo el lazo. Ah que corcoveaba harto el león. Es muy cosquilloso el león. Y el caballo mío no hacía nada, estaba acostumbrado y nos costó re mucho para matarlo. Lo pillamos así no más. A puro lazo. Y lo pusimos en un macho, lo trajimos y lo charqueamos”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

Don Rubelindo Bolados nos comparte una anécdota que delata el temor y la sugestión que causa el león en la cordillera.

“Cuando de repente veo que pasa un animal, de una varilla a otra, porque en esa parte es muy tupida la varilla. Como que pasara de aquí para allá y yo lo vi grande, yo dije el león. Que más el león y este animal viene por mí porque yo había echado la tropa para abajo, si fuera por la tropa se hubiera ido para allá. ¿Por qué anda aquí? Me dio la intranquilidad ¿Qué hago? Me meto para adentro del horno y lo piro de adentro para afuera, va a botar las piedras y se va a entrar igual. ¿Qué hago? Tuve una reacción, no sé si por el mismo miedo, uno tiene una reacción pero después le vienen los nervios y explota antes. Entonces dije yo, lo enfrento no más, cuando veo que ya paso de esa varilla a la otra varilla. Frente adonde habían hecho el horno, había un desmonte y una varilla que estaba agachada así para allá con la tierra por arriba. Ahí se metió abajo el bicho, lo vi yo. Contrapesé dos piedras así, una en cada mano. Yo dije si le achunto con la primera, con la segunda lo líquido. Me voy tranco a tranco despacito, pero quería sorprenderlo desde arriba de la varilla, habré alcanzado a dar dos pasos y se me salió el grito primero antes de tirar la piedra. ¡Ah León! Y caigo. Claro perdí los sentidos un rato seguramente, cuando reaccionó otra vez veo un animal que va por las varillas cuesta abajo y yo medio tiritón y le gritaba ¡Ah León! Y ya me di cuenta no era nada un león, era un zorro. Yo siempre me río y me acuerdo, me río de mí mismo. Por eso yo siempre digo que los nervios son dominantes y eso lo digo por experiencia propia porque a mí me ha pasado”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.



Miguel Antonio Contreras Godoy, Cerro Alegre.

También conocimos la historia de Don Toño Contreras quien llegó a criar un león en su casa junto a su familia, y que nos habla sobre el cercano vínculo que se ha llegado a construir con este animal salvaje, dándole igual trato que a un animal doméstico.

“Me acuerdo muy repocoyo. Si críe un leoncito. Me lo hallé, no tenía que comer y yo lo traje y le di leche. Con leche lo críe, estaba así, son igual que gatitos. Yo lo bajaba y subía, venía detrás de mí, me seguía igual que un perrito detrás de mí (...) Ya le hacía empeño ya. Yo me iba de noche para allá pal alto y le sacaba el collar porque aquí lo tenía que amarrar porque era muy perjudicial, tenía unas gallinitas y les pegaba unos manotazos y se iba con el perro y nos íbamos para el alto. La llevaba suelta no más y en la vuelta se me perdía y la gritaba yo, se llamaba mona y le decía: Moonaaaa. Y me contestaba, donde me ponía a descansar llegaba y se ponía aquí arriba, igual que un gatito y agarraba a ronzar igual que un gato”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

6.2.6. Historias de las huellas indígenas

Los arrieros también comparten historias sobre las piedras y cuevas que aún contienen algunos dibujos y registros de los primeros habitantes y trashumantes de estas cordilleras, así como relatos sobre zonas en las que aún quedan vestigios de su presencia.

“Para allá hay en una parte que le llaman los morteros que habían muchos indios antiguamente. Ahí hay una piedra grande así como la palma de la mano en la que están dibujados los guanacos. La gente decía que para donde estaban mirando los guanacos había una mina de oro... Pero abajo hay piedras donde trabajaban los indios, que ahí molían el oro. La tamberías de indios y ahí donde están enterrados los indios está la tierra negra, como si estuviera quemada, pero no es tierra quemada... Es como que de la tierra donde está el indio, antes los enterraban así no más, hacían un montón de piedras no más, lo entierran y después le ponen tapa. Piedras, porque ahí hay una india, hay una piedra grande donde hay una india enterrada. Mi papá, él sabe que fue india porque él la desenterró por curiosidad y el pelo le crece debajo de la tierra. Él dice que la desenterró con cuidadito y está largo el pelo donde desenterró a la india. Y ahora le llaman la piedra de la india”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

6.2.7. Anécdotas cordilleranas

A través de sus andanzas por la cordillera, los arrieros trazan experiencias y anécdotas únicas, diversas y de distinta índole. Entre éstas, destacamos la historia de un avezado laceador, de un criancero defensor de los burros y del esforzado trabajo asociado al oficio de la arriería.

“Hay muchas historias que cuentan. Aquí en los Morteros había un caballero. Igual tenían, tenían vacunos. Y era muy bueno para el lazo, el nombre no me acuerdo, pero era muy bueno para el lazo. A él le largaban un caballo y se tiraba al suelo de pura rodilla, de rodilla no más y lo aguantaba no lo movían, no lo movían, no le hacían ni un rallón nada que lo moviera, nada. Era un as para el lazo. Los daba vuelta. Adonde los pescaba, los agarraba de las manos, los laceaba de las manos y si una vez pescó un toro, cómo será la fuerza, era maceteado el caballero, laceándolo en el puro suelo y se tiraba al suelo no más, así con las rodillas ancladas no más... Y se aguantaba no más, se ponía el lazo aquí y se echaba para atrás. Siempre lo hacía así”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“Aquí había un caballero que fue muy querendón de los burros. A él nunca le faltaron los burros, tenía vacunos y tenía burros y tenía una hacienda. Los vacunos los dejaba en el campo y los burros en la alfalfa en la hacienda y andaba trayendo un ayudante para que le cargara el burrito donde estaban trayendo las cositas. Y el cabro era medio idiota.

Y lo sintió el caballero, que le estaba echando garabatos al burro porque el burro estaba tranquilo y le dijo: ¡Asosíégate burro desgraciado! Y pasó el caballero y le dijo: No vengas a tratar de desgraciado al burro. El burro es capaz de pararte el hoyo en cualquier parte y no va a dejar que te mueras de hambre hueón ¡Claro y era cierto! Y él los defendía. Porque de las primeras generaciones existió el burro y el burro ha sido exclusivamente de trabajo y nada más y ahora están terminando los burros. Antes estos campos estaban llenos de burro para allá, pero ahora no hay una huella de burro por ni una parte. Si había gente que estaba dedicada a eso no más”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

“Una vez anduve 22 días en la cordillera, entre el límite de Huanta hasta el límite de Pascua Lama para allá. Todo el abanico cordillerano, estero por estero, con una comisión chilena de energía nuclear, unos ingenieros. Pero ya a los 22 días ellos tenían el jeep, lo habían dejado aquí más arriba. En esa época llegaba la huella hasta El Corral no más, así que por ahí dejaron el jeep en duraznito. De ahí yo los llevé a caballo, pero cuando llevábamos como 20 días, andaban así arriba de los caballos agarrados de la tusa, ya no querían más guerra y a mí me decían: ¿oiga y a ustedes no se le da nada, no se cansa?. Porque yo les dije cuando llegaron a buscarme, yo les dije pero yo tengo una forma y una manera de hacer mi viaje. A mí me gusta salir temprano en la mañana y alojar temprano en la tarde. Porque uno saliendo bien temprano, avanza mucho y alojando bien temprano, ve donde puede armar la carpa, se acobia bien en forma. Allá, ellos llegaban y cuando ya andábamos trayendo una semana por allá, ellos llegaban y se tiraban en la vega no más, yo desaparejaba, descargaba, desillaba todos los animales, los iba a amarrar más para allá y llegaba con una brazada de leña, hacía fuego, ponía el tacho y ellos me observaban y me decían: Oiga y ¿Ud. no se cansa? ¡Ay nosotros no queremos más guerra, y usted es el primero que se levanta y el último que se acuesta y todos los días amanece igual!”

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

En la presente sección hemos recapitulado la rica diversidad de leyendas, historias y creencias que portan los arrieros y arrieras, y que se producen y reproducen en el marco del respeto y reconocimiento de la cordillera como un ser vivo, testigo de todo tipo de situaciones y experiencias. Mediante las narraciones esbozadas, evidenciamos la amplia y abultada tradición oral que persiste entre los arrieros y que denota la continuidad cultural y la estrecha relación entre ellos, sus antepasados y la naturaleza.



7. La identidad del arriero

Como hemos señalado, la arriería en el Huasco Alto representa una particular forma de vida caracterizada por el movimiento y el constante transitar por el territorio cordillerano, experiencia que forja la identidad de quienes la practican. En esta sección, ahondaremos en torno a los significados que tiene esta forma de vida para los mismos arrieros y arrieras en cuanto marcan sus identidades, entendiendo desde sus propias concepciones las características que los distinguen, la vinculación que para algunos guarda ésta práctica con un legado indígena, así como las vivencias significativas que experimentan y que determinan su personalidad y forma de ser.

7.1. VALORACIÓN POR LA VIDA EN EL CAMPO

En primer lugar, comprendemos que el arriero construye su modo de vida desde un profundo lazo, sentido de pertenencia y arraigo hacia el “campo”, entendido como el espacio cordillerano que circundan y que representan desde un amplio sentido de valoración ya que alberga una forma de vida bella, sana y alegre, en estrecho vínculo con el entorno natural y marcada por la libertad.

“¡A mí me encanta la cordillera! ¡Es libre uno allá! Otros aires, aguas naturales ¿Qué más quieres? ¡Y las vegas! ¡Vegas inmensas! Cuando bajo de la cordillera y llego acá a Las Aguas de las Vacas, ahí yo no me estreso, y quiero puro venirme, me gusta el campo”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“Bueno, esto es lo mejor que me ha pasado, vivir aquí, siempre andar solo, estar solo, cantar por ahí cuando estoy aburrido y tengo deseos de cantar, si quiero cantar, canto y eso lo puedo hacer aquí no más, en otro lado no puedo hacerlo”.

Gregorio Alcayaga, 37 años, Juntas de Valeriano.

“Lo pasa bien uno, porque usted sabe que andando por lo menos uno se divierte, es tan bonita la cordillera y hay tanto que ver”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

Esta valoración por la vida en el campo se conjuga con el sentimiento de soledad que conlleva la vida trashumante y que implica a veces tener que prescindir de la compañía familiar y apoyo para la realización de las labores cotidianas. Esta soledad golpea con mayor crudeza en momentos críticos asociados a procesos de pérdida de la salud.

“Si me gusta hartito pero lo único que le hayo muy triste es estar sola, pero de estar, esto me gusta mucho a mí, me gusta esta vida, andar a caballo, salir a ver los animales, hacer lo que uno tiene que hacer acá me encanta pero eso es lo penoso, cuando uno está sola no más... El día se encuentra muy largo. Uno se enferma, no hay quien le pase un jarro de agua, y uno tiene que amoldarse como pueda no más y eso es muy triste, porque yo viví la vida de mi abuelita. Mi abuelita un tiempo que estuvo quince días sola. Y todo eso yo lo vi, entonces ahora que yo estuve sola, me trajo muchos recuerdos. Cuando vi a mi abuelita sola, no podía cocinar, no podía sacar la leche, porque estaba enfermita de una de sus piernas y yo la visitaba, siempre he estado cerca de ellos, por eso a mí me trae muchos recuerdos la cordillera”.

Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

La identidad arriera se asocia también al amor por los animales y su crianza, destacando especialmente el placer por la tenencia de caballares, cuyo cuidado implica un buen trato y paciencia. Esta estrecha relación con los animales, es parte de una tradición heredada, y a veces se llegan a entablar sentimientos de estima y afecto profundo hacia los mismos.

“Si me encanta ser arriero, me encanta andar a caballo, mi rumbo es ese, vivir en las patas de los caballos... Que para ser arriero tienen que tener paciencia, tienen que tener cuidado, que el caballo no vaya a tener la montura suelta... Bueno a mis sobrinos les digo”.

Gregorio Alcayaga, 37 años, Juntas de Valeriano.

“Los animales siempre me motivó porque fue la herencia que me dejó el abuelo porque él con sus animales, él siempre tuvo eso de los animales y le iba bien al viejo. Entonces yo de chico quedé con eso. Que le iba bien, trabajaba en lo que a él le gustaba. Compraba animales, vendía animales. Tenía su propia carnicería. Criaba sus animales para su carnicería y él con sus animales compró terrenos, compró casa en Vallenar, siempre con los animales”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.



Elicia Bordonas Rojas, La Fragua.

“Uno se encariña con los animales que cría uno, te da no sé qué matarlos, así que cuando carneábamos buscaba otra persona para que los mate”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

Asimismo, el afecto por los animales se vincula estrechamente a la sobrevivencia, ya que es gracias al trabajo junto a éstos que se pueden generar alimentos e ingresos. A la vez que representan un eficaz medio de transporte, que permite acceder a los más profundos rincones cordilleranos.

“¡Con estos animales uno vive! Ellos les dan para comprar pasto, le dan plata para comprar ¡hasta zapatos!; Si un animal es su máquina de trabajo! Son estas que tiene uno. Son las máquinas de uno con las que uno trabaja. Máquina de transporte porque uno va, va para abajo, va para arriba, vuelve para abajo ¡y anda a todos lados en ellas!”

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Junta de Valeriano.

A su vez, otro de los elementos que define la identidad de los arrieros y arrieras es la valoración hacia la libertad e independencia que les permite su oficio, garantizando un trabajo sin patrones ni jefes que den ordenes, y en el que se pueden generar ingresos según la organización de los propios tiempos disponibles y necesidades.

“Para mí significa trabajo, es un trabajo más tranquilo, que nadie lo manda a uno, hace todo a la voluntad de uno, no tiene un patrón que le diga eso es así, eso está mal, no tiene un patrón, uno lo hace a la idea de uno”.

Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

“A mí más me gusta el campo porque yo no tengo un estudio para decir voy a trabajar a unas construcciones, no me gusta, porque para trabajar así hay que estar el mes, hay que estar el mes para que le paguen y recibe la plata del mes, y puro pagas lo que debes no más, y así no. Yo me voy para el cerro y si quiero hacer una remesa luego, me apuro y voy a tener plata antes de los quince días, los veinte días, depende de cómo me vaya tengo plata luego. Pero si voy a trabajar por el día, hay que esperar el mes y si me apuro para que me paguen quedo donde mismo no más”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

“Gracias a ello tenemos todo lo que tenemos nosotros y que nadie me manda, eso es lo mejor. Se pasa bien, muy bien y hago lo que quiero y lo mejor, que se obtienen lucas”.

Sebastián Páez Ortiz, 24 años, El Corral.

Sin embargo, el trabajo de la arriería también es considerado una forma de vida sacrificada y ardua, y en torno al cual se debe aprender a vivir cíclicamente, entre períodos de movimiento, abundancia y producción, y períodos más tranquilos en los que se dificulta la labor criancera y la generación de ingresos.

“Esta vida es, bueno ser arriero es duro, andar en el campo es duro, es muy bonita sí, uno en el verano disfruta, disfruta harto, con sus animales pero es dura, sobre todo el tiempo que cuando uno baja de aquí. Por ejemplo ahora en marzo, a fines de marzo, ya ahí uno tiene que cuidar hasta octubre tiene que puro cuidar no más, no saca leche, no saca queso, no saca nada, solamente cuidar y si hay que vender, se vende, cabras se vende para tener algo de dinero en los bolsillos, poder comer, eso. Pero de que es dura, es dura. Es bonita a la vez, pero es dura”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

En definitiva, la forma de vida cordillerana es fuente de orgullo y pertenencia, aunque también implica penurias y situaciones de soledad que se acentúan con la sucesiva pérdida de la vida criancera y trashumante entre las nuevas generaciones.

“Porque los crianceros ya no van quedando, muy pocos crianceros, ya se están perdiendo, y yo creo que si están falleciendo lo viejos, los que empezaron con el ganando, y que fallezca alguien, que se muera el dueño de todo el ganado, queda la juventud ahora y ellos pescan el ganado y lo venden al tiro, les preocupa de vender, no quedarse con el ganado”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

7.2. VÍNCULO CON LA HERENCIA INDÍGENA

El arriero se conecta y vincula con el legado indígena principalmente a través de las rutas, sitios de pastoreo y espacios de residencia que conocen e identifican como habitados desde tiempos inmemoriales por los pueblos indígenas del Huasco Alto. Esta ocupación ancestral del mismo territorio, se hace evidente a través de los vestigios asociados al patrimonio material, entre los que destacan “tamberías”, cementerios indígenas, el camino del inca o “qhapac ñam” así como el hallazgo de utensilios como “yutunas” para moler granos o “maray” para procesar metales.

“Eso sí es de los indios, adonde hay tamberías que le llaman, Y hay tamberías de aquí para arriba también hay tamberías. Y flechas de piedra, así de distintos colores, en esas partes, hay aquí también donde le llaman Tambillo, se llamaba Tambillo porque había tamberías de los indios. Y ahí los indios trabajaban el oro”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

“Entonces vivían mucho los indios aquí, después llegó más gente, los indios al último los corrieron de aquí, muchos se fueron, otros fallecieron aquí, porque aquí hay cementerios de indios, toda esta quebrada arriba para allá hay cementerios de indios”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“Hay camino también de los antiguos, de los indios, hay un camino que parece que fuera de vehículo, ancho”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“Bueno por acá varios han encontrado unas yutunas que le llaman, una piedra que tiene un hoyo en el medio, eso es lo que más han encontrado por aquí ¡o sea nosotros! Los viejitos antiguos las guardaban en las majadas”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

También hay conocimientos específicos y “compartidos” con los antiguos indígenas, quienes ya sabían en qué lugares del territorio se encontraban metales como el oro, y en los que se encuentran vestigios de su trabajo y presencia, destacando el sector de Pascua por el valle de El Carmen y el cerro Cantarito en la Laguna Grande.

“Allá habitaban los indios, por esos minerales ahí es donde trabajaban los indios, iban a sacar oro para los dos lados, para este lado de aquí de donde Pascua arriba, también ahí se ve también donde trabajaban los indios. Y por aquí está en la Laguna Grande el Cantarito, los indios sabían dónde estaba el oro, e iban a trabajar muy relejos”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

En tanto, algunos comparten un sentido de identificación con el mundo indígena por cuanto se sienten herederos de una tradición familiar de carácter diaguita o asociada a una forma de vida ancestral ligada en esencia a la vida en el monte y la cordillera.

“Sí, pertenecemos a eso, a los Diaguitas, tanto por la familia como ya de por allá empezaron ya y algo tenemos de sangre de indio”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“Uno es más o menos es como sangre de ellos, porque al ser del puro campo, yo no tuve estudios, yo por ayudar a mi papá en esos años no habían escuelas y me crié por puro campo no más, como un indio no más. Me crié por el campo no más, ayudándolo a él, viendo los animales”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

7.3. VIVENCIAS SIGNIFICATIVAS

Las vivencias significativas, entendidas como las dificultades o desafíos a los que se enfrentan los arrieros y arrieras en sus trayectorias de vida, también son experiencias que marcan y delinean su identidad, y desde las cuales podemos comprender mejor los pormenores de su oficio y actividad.

En este sentido, evidenciamos que al convivir constantemente con la naturaleza, los arrieros están expuestos a vivir situaciones extremas de sobrevivencia, logrando muchas veces resistir airoosamente a las condiciones límites. La sequía y falta de agua se presenta como una de las mayores dificultades que deben vivir a lo largo de su vida, y que pone en riesgo y

amenaza la existencia misma de su práctica debido a la desaparición del ecosistema que les circunda.

“Hubo un tiempo muy crítico aquí, todas estas plantas no estaban en ese tiempo, todos esos potreros estaban secos, y después ya vino el año bueno, y tiramos para arriba otra vez, después vino otra vez un año malo crítico, otra vez y de ahí por del 97 por ahí llovió un poco, y después se mermó el agua otra vez, para el 2000 una cosa así, había re poca agua”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“Nosotros teníamos como veinte vacas entre mi hermano, el Vito, mi papá y yo, pero después de los años malos, de los años 60 no llovía y empezaron los animales a morirse y empezamos a bajarlos y al final, las últimas que tuvimos empezamos a carnearlas y las vendíamos acá, la carne y los caballos que fue lo último que tuvimos también los vendí todos para mortadela para viaje”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.



Sergio Cruz Bolados, Retamo.

Asimismo, las nevazones en la cordillera o tempestades imprevistas constituyen instancias límites de vida, en las que el arriero debe desarrollar una actitud de gallardía y coraje para lograr sobrevivir y conllevar las situaciones de frío extremo. Experiencias que van curtiendo su personalidad.

“Los hielos, mucho hielo, eso es lo más difícil que hay porque las noches así, los fríos, las heladas; si hay unos canales que pasan en la cordillera, son canales de agua natural y amanecen escarchados completos en las mañanas”. Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“A mí me ha pasado que me ha pillado tempestad, por ser un temporal de granizo, de ese viento blanco, he tenido que alojar en la nieve. Eso. Y para alojar en la nieve hay que ser bien agallado porque la nieve más o menos hay que dormir sobre la nieve”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“En la cordillera si lo pilla una nevada no moverse donde está no más, porque si uno se sale, se hiela y se muere. Y estar ahí quieto no más. Uno se salva porque con los restos de víveres que hay pueden ir a buscarlo y si uno sale, no lo hayan”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

Otra de las experiencias de vida que impactan y son relevantes en la vida de los arrieros, son aquellas ocasiones en las que se ven enfrentados a la pérdida masiva de animales, ya sea por pérdida, robo o enfermedad, y que conllevan a desmotivaciones y cuestionamientos acerca de si continuar con la tradición criancera.

“Para mí fue muy duro ¿por qué? Porque puedes perder todo. Nosotros con mi abuela perdió todo, ella se enfermó y nos robaron todo el ganado de tantos años que ella los tuvo, mi abuela, mi bisabuela y los tuvo mi abuela y en tres tiempos se perdió. Se enfermó ella, falleció y se perdió todo el ganado, caballares, burros, todo ¡Se perdieron y nunca más los hallamos! Y yo era el único que pelee por buscarlos. Yo subía, bajaba, conseguía caballos y así andaba, fueron como sesenta cabras, y caballares eran como siete, y la mayoría eran los burros, eran como cien, porque era lo que más se criaba era el burro”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“De todos los otros, de más de treinta animales que tenía, se me perdieron todos, nunca los pude encontrar, no supe si se los comieron, si los vendieron, nunca supe nada y ahora estoy haciendo crianza”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

Asimismo, las caídas, accidentes y enfermedades marcan y determinan sus trayectorias, ya que pueden representar un antes y un después en sus vidas. Es frecuente que luego de caídas u operaciones quirúrgicas, los arrieros queden imposibilitados para cumplir su oficio, lo que inclusive, les puede llegar a generar situaciones de malestar, estrés y depresión.

“Mi tío estaba un par de días y se iba, porque no se acostumbraba, se iba para los cerros, siempre estaba él con los animales y allá se cayó, por el año 82 parece y le dio una parálisis y se cayó del burro y lo hallaron al otro día botado en el suelo, no se pudo parar y fuimos a dar cuenta a los carabineros y un hijo de él lo fue a buscar donde paraba y lo encontró, y lo encontramos allá... Él fue el último arriero de los Cruces”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

Como vemos, estas experiencias de vida van forjando y marcando el carácter e impronta de los arrieros, quienes para vivir en la cordillera deben desarrollar habilidades especiales para sobreponerse a situaciones extremas y cultivar un espíritu de resiliencia¹⁰.

“Hay que ser agallado no más, para poder estar en la cordillera, no echarse a morir, porque si uno se echa a morir ¿qué voy a hacer? Ahí está jodido”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

La identidad del arriero se construye en consonancia con los elementos que distinguen su oficio, caracterizándose por ser hábiles recorredores de la cordillera, amantes de su entorno y de los animales, que representan más que un medio de subsistencia. Para algunos su quehacer deriva de un legado indígena que se hace evidente a través de los vestigios materiales, mientras que las vivencias significativas son representadas como experiencias relevantes que van forjando su identidad y carácter.

10 La resiliencia entendida como la capacidad de recuperarse frente a situaciones adversas.



8. Principales cambios y transformaciones en la arriería

En este capítulo analizaremos los principales cambios y transformaciones que en las últimas décadas han afectado a los arrieros y arrieras del Huasco Alto, y que amenazan la reproducción y continuidad de su modo de vida. Con el advenimiento de los procesos de modernización y globalización, el mundo de la arriería ha sido paulatinamente permeado y desafiado por diversos factores de orden económico, cultural y socioambiental, que están incidiendo en la disminución y pérdida del oficio, y que pasaremos a revisar. Luego de ello, a modo de cierre compartiremos las palabras y mensajes de quienes han ejercido y/o ejercen la arriería, y que emiten a las nuevas generaciones como un legado para los tiempos venideros.

8.1. CAMBIOS EN LOS MODELOS DE PRODUCCIÓN

Entre los principales cambios de carácter global que han influido en la disminución de la crianza y arreo de animales, se cuentan las transformaciones asociadas a los modelos económicos de producción. Hacia mediados del siglo XX, el ocaso del modelo de producción hacendal vinculado al abastecimiento de carne y mercancías a los centros mineros, conllevó a que la arriería de tropas cargueras fuese decayendo en el tiempo y que los animales comenzaran a venderse. Para entonces la llegada de la llamada “modernidad” al territorio del Huasco Alto, implicó –entre otros– la construcción y habilitación de rutas y caminos que dieron impulso al desarrollo de un nuevo modelo de producción industrial. El auge de los monocultivos de parronales asociado a la agroindustria sumado a la expansión de la mega minería extractivista de carácter trasnacional, han impactado consecutivamente en la apropiación y cambio de uso de suelo así como en la tecnificación de los procesos mineros, afectando el tradicional oficio de la arriería.

“Antes había muchos animales, antes no había parrones. Acá era pura animalá. Esa parte de allá era una hacienda, la hacienda Armidita, ¡había mucho animal ahí pues!... Bueno lo que yo creo es que esta cuestión de los arrieros no va a existir ya ¡Si ya no tienen trabajo los troperos! Por eso están vendiendo los mulares, todo ya están vendiendo porque no

tienen trabajo ¡Antes no! Antes había mucho trabajo, cuando empezaron los trabajos de estos minerales, cuando venían los viejos para las cordilleras ¡Qué ganaron más plata que la concha los troperos! Por aquí por la Laguna Grande, por la Laguna Chica, por acá por El Encierro, por Chollay, por Pachuy, todas partes los llevaban a pura mula de carga no más. Salían a los cerros con instrumentos y cuestiones ya que no había ni una cuestión de huella de vehículo en esos años. Así que los viejitos ganaron mucha plata y los gringos les pagaban buena plata por el animal y por los arrieros. Y ya no ocuparon, porque ya mucho adelante. Si ahora esos campos les digo ¡están llenos de huellas de vehículos! ¡Por todas partes! Maquinaria y cuestiones así que los cerros los rompen con máquinas y por todas partes”.

Floridor Alcayaga Santibáñez, 74 años, El Tránsito.

“Ahora trabajan los que tienen vehículos y meten máquina no más. No meten gente porque lo hacen con pura máquina. Por eso el mundo se está terminando, todo lo hacen con pura máquina no más”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“Se eliminaron más bien las tropas porque el camino de vehículos llegó hasta la cordillera. Ahora, después de que hicieron caminos hasta la cordillera, la gente no podía ir a la cordillera a dejar vacuno o traer vacuno si no es en vehículo, tenía que traerlo en camión, camioneta y si no, no podían ir y sin embargo antes se llevaban arreando animales y se traían arreando animales. Porque se pusieron cómodos, porque habiendo mejor camino porque no iban a caballo”.

Rubelindo Bolados Rojas, 82 años, Las Breas.

Los caminos y huellas vehiculares que se han habilitado en la cordillera para facilitar la penetración en el territorio del Huasco Alto del nuevo modelo de desarrollo industrial, han alterado el medio ambiente e intervenido zonas tradicionales de pastores y arreo de ganado. Don Jorge Campillay atestigua que las huellas vehiculares ya llegan a sectores como la Laguna Grande, El Encierro, El Morro y Manflas.

“Ha cambiado mucho ahora, para la cordillera de allá todos van en vehículo, ya no hay caballos para allá. Por la Totorá todos trafican en vehículo hasta allá arriba por la frontera. Ya vienen llegando hasta la Laguna Grande en vehículo ya, echando a perder los caminos, haciendo huella, arrancando los montes. No hay un cuidado, porque el campo ya no es campo ya, las vegas se están secando... Ahora ya los cerros están todos con huellas de vehículos. Por este cerro, ya por la quebrada para

adentro, por este río ya dan vuelta para la cordillera con vehículo. Igual por la quebrada del Corral, ya vienen llegando para acá por el Encierro, el Morro, Manflas lo tienen todo huellado con vehículos. Y eso no más y ahora las tropas las ocupan poquito el que tiene animales, nada más los que trabajan para la punta de los cerros no más. Pero donde es plano los vehículos trabajan hasta allá mismo”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

Asimismo, la expansión del monocultivo de parrones no solo ha venido impactando en el cambio de uso del suelo, restando espacio a los potreros donde se criaban animales, sino que ha implicado el uso de agrotóxicos en los procesos de producción de uva de exportación, lo que ha significado el deterioro del entorno y la afectación a la calidad de las aguas.

“Los parronales, lo consiguiente es que los químicos de las parras se va al aire, y eso está matando todo, las plantas, los montes, el agua. No es una sola cosa, son las parras igual. Si porque las parras ¡todos esos venenos que le echan a las parras! Se van al aire, se va al río, a todo. Por eso los pájaros se han muerto. Porque esos venenos matan a los pájaros. ¡Antes no! Y una vez vino para acá un caballero que iban a encementar los canales... Mire yo le dije, si usted encementa los canales ¡se mueren todos! ¡Se mueren todos los bichos del canal!”

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

La expansión de los parrones ha conllevado además a la intervención, inhabilitación y corte de los caminos y huellas tradicionales utilizados por los arrieros para movilizarse y trasladar sus rebaños.

“Creo que Campillay no deja subir a los mineros para arriba. Ahí donde Zacarías era un camino primitivo, toda la gente subía por allá y echaba a los animales por allá, por ahí subía uno e hizo parrón todo eso y ya lo cerraron, también tenían con portón ahí y abría a las 8 de la mañana y de tarde cerraba. Si a Juan Conteras, uno que vivía acá arriba, se le hacía tarde y tenía que ir a buscar la llave para acá y así era, y son caminos que han existido siempre. Yo pienso que esos caminos tienen que abrirlos o por lo menos dar un callejón para que pase la gente. Y como dicen, si ya casi no hay arrieros, cierran”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

Ahora bien, otros de los fenómenos socioeconómicos que han incidido en la disminución de la arriería, son los procesos de migración campo-ciudad en busca de mejores oportunidades laborales, y el aumento del control y regulaciones asociadas a la tenencia de animales.

“Los cambios que ha habido es que ya los crianceros no existen, por ejemplo mi abuelo, que yo iba con mi abuelo a pastar vacas y ya el viejo no está y nadie más tomó ese camino. Los tíos ya están para el norte, otros para el sur, otros para el extranjero, pero esos crianceros y esos animales ya no están. Aparte, ya hoy día está más controlado, hay que pasar por el SAG, hay que vacunar los animales y una serie de cosas que antes no existían”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

8.2. SEQUÍAS PROLONGADAS

El ecosistema del Huasco Alto se ha modificado, el aumento gradual de las temperaturas y la reducción de las lluvias han provocado seguidilla de años secos y escasez de agua. Los arrieros que mantienen el oficio deben superar grandes dificultades para continuar con la crianza debido a la falta de pastizales en los años “malos”.

“Tienen menos animales, porque este ganado que es de mi tío antes eran como 500 o 600, era un ganado grande. Ahora son como 200 las que hay, las de él no más. Yo creo que por el pasto, que ha estado malo y por enfermedades que le van dando a los animalitos”.

Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

“Ahora con los años malos, se está secando la cordillera. Hay muchos ríos que se están secando porque para allá para arriba no es un solo río. Son hartos esteros que se van juntando de ahí del Colorado ya empiezan a repartirse los ríos, de Potrerillos. Ahora es muy poca agua. El río uno pasa de un tranco no más. Chiquito”.

Miguel Antonio Contreras Godoy, 70 años, Cerro Alegre.

“Los años malos, porque en los años malos si tú no tienes pasto para los animales obvio que vas a tener que vender porque se te van a morir. Se mueren los animales, las aguas se secan, entonces a los animales ¿Qué les vas a dar en el campo? Que es mejor vender y si tienes un año bueno están contentos los crianceros, porque los crianceros están por eso con los arrieros también, los crianceros y arrieros ¡son juntos no más! ¡Son lo mismo! Así que por eso”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“Se nota que antes llovía más, las lluvias eran mucho más generosas que ahora y la cordillera se mantenía verde la vegetación, los cerros y todo eso. Ahora viene un año bueno, dos años buenos y después vienen 5, 6

años en que no llueve nada. Como te decía, aquí pasaron 14 años en que no llovió, 14 años, entonces imagínate. Los ríos corrían de otra manera porque todos traían agua y ahora no, ahora un estero que antes te traía 80 litros por segundo ahora te trae 20, esas son las diferencias entre lo que había antes y lo que hay ahora”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

8.3. TRANSFORMACIONES EN LOS MODOS DE VIDA

Otra de las transformaciones acaecidas son aquellas de índole sociocultural y que dicen relación con los cambios en los modos de vida y las formas de relacionarse entre los arrieros. Al respecto, se considera que la vida social y los valores comunitarios que se recreaban antiguamente en las majadas se han ido perdiendo para dar paso a formas de vinculación más individualistas. Los modos antiguos del mutuo apoyo y la reciprocidad, del compartir la palabra y los alimentos se han visto trastocados, alterando los tradicionales sistemas de vida.

“Los cambios son que ahora la gente, los vecinos, no se visitan como nosotros antes los visitábamos cuando estaban nuestros padres, nuestros abuelos. Ahora la gente es diferente. Porque antes nosotros íbamos adonde la majada de la abuelita, íbamos, tomábamos mate, tomábamos once o cualquier cosa con ella”.

Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

“Es distinto ahora. No es la vida que había antes. Antes si usted tenía un plato de porotos, eso se compartía con otra persona. Con la persona que llegaba adonde uno. Mis papás y abuelos decían que siempre hay que tener la tetera en el fuego, porque puede llegar cualquier persona, y le convidas un jarro de agua; si no tienes pan le convidas una taza de té. Una taza de monte porque mi abuela no tomaba té, tomaba puros montes. Llegabas donde ella y te convidaba puros montecitos. Pero ricos los montes. ¡Sanos!”

Elicia Bordonos, 55 años, La Fragua.

“Hoy día no, ahora ráscate como puedas no más. Es así. En esos tiempos era más bonito, había más unión, la gente conversaba. Ahora la gente no conversa nada, a veces ni se saludan. Así han cambiado las cosas pues”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

Sin embargo, esta pérdida de la vida comunitaria se extrapola también al conjunto de los habitantes de los valles del Huasco Alto, ya que se constata que de forma generalizada se han dejado de realizar actividades de carácter social, comunitario y colectivo.

“Se hacían fiestas tradicionales como la chaya, como la fiesta de las Mercedes que se hacía aquí en San Félix, porque ahora para la fiesta de las Mercedes con cueva van los carabineros que están más cerca de San Félix. Y así, pero se hacían actividades, se hacían carreras a caballo, en la escuela los actos, los niños tirando la cuerda, otros corriendo con un huevo en una cuchara una carrera en sacos. Hoy día eso desapareció, no está”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

En tanto, uno de los factores que ha incidido en los cambios en los sistemas de vida es la migración hacia las zonas urbanas, proceso que implica la adopción de nuevos patrones culturales.

“Está más egoísta la gente ahora. No le importa la gente que sea correcta con las personas. Hay mucha gente que está muy egoísta, muy no sé. Es que ha habido muchos niños que se han ido al norte... A trabajar a Calama”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

Por su parte, la escolarización de los jóvenes y la valorización de la vida urbana, son fenómenos que también están incidiendo en el bajo relevo generacional de la práctica de la arriería. La juventud rural no se siente atraída por las labores campesinas, buscando horizontes y proyectando sus expectativas en relación a una forma de vida urbana.

“Sí, pero va muy lenta porque la juventud, ahora poco le gusta, somos muy raros los que nos gusta la crianza. Bueno que la gente no le enseña a la juventud también, más le dan estudios, y después de los estudios se van a trabajar para otro lado, y lo que es ser arriero como le converso hay que ser duro, hay que ser resistente para esa cosa”.

Gubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

“Los cambios que ha habido acá, bueno la juventud que hay ya no quiere nada de lo del campo. Ahora, son pocos los que hay. No quieren ya seguir las rutas. Ya les gusta otra vida, ya quieren rehacer su vida en otro lado, ¡no seguir esto! Si aquí son pocos los que ya hay. De Valeriano, de la familia de nosotros soy yo y la Silvia no más y los niños mis sobrinos que andan con nosotros, pero quizás más allá ellos se van a dedicar a otro rumbo, a otra cosa, ya no van a querer andar a caballo. No se sabe”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.



8.4. IMPACTOS DE LA MEGA MINERÍA

En los últimos años, la mega minería de carácter extractivista ha generado una serie de impactos que han afectado y están afectando el oficio de los arrieros. Algunos de los proyectos mineros que en la cabecera de la provincia del Huasco están incidiendo significativamente con sus actividades son Pascua Lama, Nueva Unión y El Encierro.

A través de sus relatos, los arrieros y arrieras atestiguan el alto impacto que los trabajos de sondaje han tenido en el medio ambiente, destruyendo acuíferos subterráneos y secando vegas y vertientes indispensables para la vida cordillerana.

“Sí han secado mucha agua y todos los ganaderos, los cabreros que quedan, carboneros han pillado lo mismo. Porque hacen los sondajes, hay partes que no hay ni agua, porque hay una señora allá que tenía que ir a darles agua, como ir al tranque, para darle agua a las cabras de donde vivía ella hasta allá. ¿Por qué? Porque se pusieron a hacer sondaje y le rompieron la vertiente”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

“Cuando estuvimos arriba nosotros, estaban haciendo una plataforma arriba, hicieron huella para el lado de los Morados. Estaba la familia Alcayaga ahí. Había una majada que usaba mi suegra antiguamente, y un día llegó el agua sucia. Ellos tuvieron que abrir un pozo del otro lado del río, para usar agua, porque estaba sucia el agua, no servía para nada, no se podía usar. Y eso debe haber sido que ellos rompieron una napa arriba y se vino para abajo y llegó sucia, porque ellos estaban arriba en el borde, no podría haber llegado sucia”.

Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

“Está mal porque contaminan el agua ¡Es que los viejos empiezan a hacer los sondajes! Empiezan a hacer los sondajes y empiezan a destruir los montes, las brocas abajo cortan las napas. Y ya después a la quebrada se le seca el agua. En Cantarito, en la Quebrada de La Plata pasó lo mismo, donde hicieron dos sondajes, hicieron como de 50 metros de distancia con las brocas, y en esa quebrada se secó el agua. Ahora no brota agua”.

Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

Al respecto, se cuenta con la certeza de que la destrucción del medio ambiente se vincula directamente con la intervención que generan los procesos de exploración mineros, a pesar de que las empresas traten de convencer a los arrieros de lo contrario. Asimismo, se desconfía de las propuestas empresariales que plantean remover vegas y humedales, iniciativas que resultan ridículas y sin sustento alguno para quienes guardan una amplia sabiduría local acerca del funcionamiento del ecosistema altoandino.

“Dijeron que los animales rompían los montes, destruían las plantas ¡Sáquense eso de la cabeza! le dije yo. ¡Quien destruye las plantas son las máquinas! ¿Por qué? Porque las máquinas escarban, sacan la raíz. Que ésta vega la vamos a llevar a la otra, dijeron. Es que no, le dije yo. ¡Porque esta vega es natural de aquí! La lleva al otro lado y no le va a brotar, se va a secar!, le dije yo. ¿Cómo sabe usted? ¡Cómo no voy a saber yo! ¡Para que tengo la memoria! le dije yo, ¿Para qué tengo la cabeza? ¡Si yo sé! Los animales, ellos comen, comen todos los años ¡Pero al otro año ellos están mejor! Si una cabra pasta, le bota lo seco y vuelve a brotar... ¡Y esta señora ni sabe leer pero sabe todo! dijeron. ¿Y de qué sirve la memoria? le dije yo. ¡De que sirve lo que le enseñaron sus abuelos! A mí los antiguos me enseñaron muchas cosas, no es llegar y decir yo voy a subir a destruir. No le dije yo, con máquinas no”

Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Que esto lo va a cambiar todo, a los crianceros los van a cambiar a otro lado y así van a empezar... Van hacer los relaves ¿Cuántos animales no van a matar? ¿Cuántos árboles no van a dañar? Tantos árboles que están protegidos, y ellos mismos los van a dañar. Porque ellos cuentan que los van a defender y que los van a poner en otro lado ;pero el agua de donde la van a sacar! Van a hacer harto daño ¡mucho! Porque de ahí nosotros no vamos a poder ir más a la cordillera. Porque ellos van a cerrar... Allá te van a pagar para que no vuelvas más, eso es lo que ellos quieren”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Además, los arrieros asocian la contaminación de las aguas a una serie de enfermedades que están afectando de forma mortal al ganado y a la fauna silvestre. Especialmente, alarma el caso de los guanacos cuya población, según se constata, ha disminuido drásticamente debido a una serie de malestares mortales que les aquejan.

“Bueno yo digo las mineras tienen las aguas contaminadas. Ahora las cabras tienen así unas manchas en el cuerpo, en las orejitas, por parte del hociquito tienen unos pelones así como sarna. Antiguamente no se veía eso en los animales. A mi parecer es eso, contaminación”.

Elicia Bordonos Rojas, 55 años, La Fragua.

“Antes si había, había tropas de 20, 30, 40 guanacos he visto yo acá. Y ahora con la enfermedad que les dio no ya no van quedando... Yo creo que debe ser el agua de las mineras. ¿Cuántos años han pasado? 14 años malos y nunca se habían visto así. Nunca, nunca. En ese extremo, cuando los hallábamos nosotros por aquí para arriba siempre había y así hechos pedazo el cuerpo así, sin lana, pelados, mal, no caminan, corren un trecho y se caen... Aquí en el alto donde están esas tolas grandes, habían ocho ahí, estaban enrollitos, quietitos en la nieve, y se helaron y ahí quedaron justo en la quebrada. ¡Y aquí antes había guanacos! Por la Laguna, para arriba, Río Grande, Cantarito, aquí para el alto, para cruzar a la Laguna Chica, ahí siempre habían tropas de 20, 30 guanacos, no, ahora no. El otro día encontré 7yo, ahí se arrancaron para arriba ¡Pero 7 no más! Qué otras veces ¡tropas completas! Ahora ya no hay ya”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

“Por ese campo de acá según decían que se estaban muriendo las cabras de la Briseida. Pero el agua dicen que está contaminada ya con las mineras. Petróleo y cuestiones que a lo mejor están cayendo al agua. Bueno la gente que ha subido para allá dice que están contaminadas las aguas”.

Ángela Rojas Villegas, 81 años, Juntas de Valeriano.

Otro de los impactos generados a consecuencia de la instalación de la industria minera es el corte e inhabilitación de caminos y rutas que han sido usados tradicionalmente por los arrieros en sus trashumancias. La instalación de cercos, rejas y portones delimitan el ingreso e impiden que los arrieros trasladen sus animales a sectores tradicionales de pastoreo. Esta apropiación y ocupación del territorio ancestral afecta las dinámicas económicas y socioculturales asociadas a la arriería.

“Aquí por ejemplo para allá, para la mina antes uno pasaba a la hora que quería por los cerros esos. Ahora ya no, ahora uno ya los viejos luego que lo ven, lo ven pasar para allá, le echan atrás las camionetas y al tiro le van a sacar los poderes y a explicar que no se puede pasar, y antes no uno pasaba no más”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

“Son muchos que me han dicho que por las quebradas han pasado las gente que trabajan con las mineras, que han cerrado. Que las mineras descargan por ser al campo. Ahí en La Totora tienen cerrado con portón pero es la empresa”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Ahí se cierra y no te van a dejar entrar a la cordillera ya. No vas a tener donde meter tus cabras y esos son los que van a tener que irse, van a tener que vender el ganado ¿Adónde van a empastar al ganado? Si te toca un año malo ¿Dónde vas a empastar? Esos eran los únicos lados donde podían empastar, para que engorden los animales, para que puedan pasar el invierno. ¡Si no se mueren! Estando el proyecto funcionando no quieren que vuelvan más para allá para la cordillera”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Por su parte, la instalación de proyectos mega mineros está perturbando el espacio territorial en el que se desenvuelven los arrieros con la edificación de campamentos y torres de alta tensión, alterando además la tranquilidad de la vida en la cordillera. Don Rene Páez nos relata parte de este proceso de transformación e invasión de maquinarias de gran tamaño que dificultan el deambular por las huellas tradicionales de arriería.

“Antes era mejor que ahora porque uno andaba tranquilo. Ahora no, ahora andan vehículos para allá y para acá. La ruta era tranquilita, uno arreaba sin problemas y ahora prácticamente nos tienen invadidos con los vehículos sobre todo con la minera, ahora no es tanto porque como

la minera está un poco de paro, así que hay menos tráfico, pero cuando andaban 5000 viejos allá arriba estaba lleno de camiones y de caravanas de 20, 25 camiones subiendo materiales, bajando materiales, aparte de todas las camionetas, así que era como imposible arrear, pero ahora no, ahora se calmó todo eso. Ahora si uno va para arriba para la cordillera ve que hay una cantidad de torres de alta tensión, donde la minera ha hecho sus instalaciones y todo eso”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

A su vez, se atenta en contra de la continuidad y cotidianeidad de la vida en las majadas, ya que suelen ser incluidas en los límites de las demarcaciones y delimitaciones territoriales que se hacen durante los procesos de exploración. En cuanto moradas ancestrales, la alteración y reasentamiento de las majadas es un hecho de graves consecuencias para el patrimonio cultural del Huasco Alto.

“Que ahora que anduvieron estas personas aquí del Morro, vinieron a hacer reunión. Todos dijeron que no, que las majadas no las podían destruir. Porque yo fui la primera que les dije que ¿por qué las majadas las dejaban dentro del hito? Y si no tenían un permiso ¿Por qué ponían a las majadas dentro de los hitos? O sea a los hitos al lado de las majadas. No es que está mensurado. No es que no, porque nosotros vivimos, vamos a la cordillera, vivimos en esas partes y no tienen por qué quedar los hitos al lado de las majadas. Si las majadas son de nosotros, nuestras, las hemos hecho, nos ha costado tener majadas de hecho... Porque ahora este año ya nos había incomodando muchísimo, estaban bajando allá en la huella. Por eso estaban que todos los ganaderos tenían que bajar y yo le dije ¡Muerta me van a sacar de mi casa, pero viva no!”

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

“Que ellos si llegando dijeron que, que más o menos, que con las reuniones que se hacen con los dirigentes de los carboneros y de los cabreros esos que tienen la directiva así... Ellos les dijeron que esta parte “Ustedes están... Los que están acá, nosotros... Ellos tienen que cambiarlos y hacerles lo mismo una casa, armar todo, como completo. Tienen que sacarlos si porque esos van a hacer del lado, hay como tres majadas que tienen que salir de ahí”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Ahora bien, las relaciones y el tejido social también han sido resquebrajados a raíz de las estrategias de cooptación y negociación que imponen las empresas mineras. A través de la entrega de dinero, recursos y promesas de

puestos de trabajo estables se disuade a los arrieros y se generan divisiones que acarrean las más profundas enemistades a nivel familiar y comunitario.

“Nunca han querido ayudar a la gente... Siempre ayudaron a tres no más, a tres crianceros. Les dieron camioneta, les dieron todo, les daban forraje y solamente a tres no más, a los otros nada. No, nunca nos quisieron ayudar”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

Si bien el avasallador avance de las empresas mineras está lejos de mermar, se constata que aunque se cierren rutas y se prohíba el uso de determinados sectores para pastoreo, la naturaleza y los animales siempre buscaran sus antiguas rutas de abastecimiento.

“A veces las mineras tienen muchos poderes así que los saca como quieren no más. Además que igual está ofreciendo millones así para que salga la gente, pero la gente cuando va a salir. Y los animales que ellos tienen. Yo tengo unos amigos que tienen más de 150 caballos, y esos 150 caballos están acostumbrados a parar en una parte, y esos caballos ¿los van a cambiar de piso? Los van a llevar, se los van a llevar los dueños, los arrieros cierto, pero los caballos van a volver a donde mismo, porque los caballos están acostumbrados. Si los caballos están acostumbrados en esas partes, sobre todo con los arrieros que es tan difícil estar acá en el campo y cambiarse, hacer todo de nuevo ¿El ganado se te va acostumbrar en un lado? Porque el ganado va a buscar ahí mismo donde estaba, donde era, donde vivían seguidamente”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

8.5. LA CONTINUIDAD Y TRANSMISIÓN DE LA ARRIERÍA

Los cambios que hemos descrito han afectado sin duda la continuidad de la arriería, disminuyendo drásticamente los practicantes y portadores de este oficio. De forma generalizada, se constata que ya solamente algunas pocas personas de ciertos sectores siguen teniendo tropas y ejerciendo como arrieros, siendo por ello fundamental el registro y rescate de esta forma de vida y patrimonio cultural del Huasco Alto.

“Los arrieros ya no existen, si aquí el último arriero que hubo fue Ariel Torres y traficaba por allá a buscar guano, a buscar leña, por ahí por esa parte y ahora no. Por esa razón cerraron no más, si ya nadie trafica y cerraron no más”.

Sergio Cruz Bolados, 74 años, Retamo.

“Ya son pocos los que aquí trabajan. Ahora aquí ya no hay, antes todos tenían sus animales y ahora aquí ya no hay”.

Jorge Campillay Campillay, 87 años, Juntas de Valeriano.

“Estaban aquí el Ramón Portilla, aquí don Ceferino Tapia, estaba el Orlando Rojas y así varias personas que ellos trabajaban en la pura tropa. Ahora vamos quedando yo y el Chalo Portilla y Jazmín Portilla, son los que tenemos animales en esta zona y para el otro lado hay unos que se dedican más a las cabras, hay otras majadas allá para arriba. Allá en las Cañas, en las Higueras hay un caballero con ganado también. Para allá para Agua Amarga toda esa gente trabaja más ganadería, trabajan minas, pirquineros así juntando orito, pero no tienen tropa. El que tengo más tropa soy yo y el Juan de la Seferinda Tapia, el Juanaca, Juan Campillay. Son los niños que tienen más animales”.

Víctor Rojas Díaz, 58 años, El Sauce.

El desarrollo y la transmisión generacional de los oficios vinculados a la arriería también han mermado a causa de la muerte de algunos arrieros tradicionales, y cuyos hijos o familiares cercanos no continúan con el oficio, teniendo como prioridad la venta de los animales heredados.



“Hay gente que ha fallecido la familia y ¡los niños han vendido! Vendido el ganado. Si lo que queda más ahora son los carboneros, esos son los que están quedando en la cordillera. Si crianceros están quedando muy pocos ya. Muy pocos”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.

Para que persista el oficio de la arriería es necesario que este se transmita y enseñe entre las nuevas generaciones del Huasco Alto, que los niños y jóvenes sigan aprendiendo esta actividad propia de la vida rural. Para la Sra. Raquel Cayo es importante motivar a los niños para que participen en las dinámicas cotidianas de la vida familiar ligada a la arriería, e inculcarles los valores asociados al cuidado del entorno natural, ya que los niños son la continuidad.

“A este chiquito le gusta mucho, el intrusea y el Pedro le dice que no. Yo le digo ¡Déjelo que él aprenda!. Porque él aprende si yo le enseño, le enseñó a clavar clavos, le enseñó a pincharlo, le enseñó a plantar un palo ¡él me ayuda! Y el otro chiquito que está en la majada es igual: Abuelita encerremos aquí para que entre mi tío Goyo ¡Y pone unos palos! Y ya, le digo yo, “lo vamos a encerrar para que no entre tu tío Goyo” “¡Yapo abuelita!”. Y me busca porque yo le enseño. Y le gusta. ¡A él le gusta! ¡Le gusta plantar palos! Y a él igual, yo cuando está conmigo, los dos me ayudan... Porque uno le va enseñando a los niños, no dejar que ellos destruyan, uno tiene que enseñarles. Igual que si usted les dice a los animales no hay que pegarles, al perro tampoco, al gato tampoco. Y así uno pasa y les enseña y ahí van aprendiendo eso y ahí ellos cuando ellos ya andan en la calle no es como yo quiera, así tengo que hacerlo”.

Dionila Cayo Bordones, 64 años, Juntas de Valeriano.

Mientras algunos arrieros señalan que han logrado enseñar los oficios vinculados a la arriería a sus hijos, otros reconocen no haber transmitido el oficio, aunque están siempre dispuestos a hacerlo en caso de que surja alguna persona interesada.

“Sí, todos saben, saben todo. Saben ensillar, conocen, les enseñé de niño, de chicos, si de chicos les enseñé yo, saben ensillar un caballo”.

Agustín Villalobos Valenzuela, 84 años, Las Breas.

“No, porque a mí no me han pedido ayuda. Ya claro si alguno quiere que le enseñe encantado pero si no, ahí no más... yo tendría que llevarlo así con animales y enseñándoles como es la cordillera, porque si yo les converso

un rato no más se acuerdan y después se olvidan, y es bonito que vayan viendo... Si les gusta, yo les podría enseñar, de lo poco y nada que sé”.

Cubier Santibáñez Campillay, 60 años, Pinte.

8.6. PALABRAS A LAS NUEVAS GENERACIONES

Los arrieros y arrieras que nos brindaron sus testimonios, compartieron también palabras para las nuevas generaciones que resuenan como consejos y legados para los tiempos venideros. Apremiar la vida en el campo, seguir el oficio del arriero y valorar la libertad que brinda la vida cordillerana son algunas de las recomendaciones.

“A la futura generación, que sigan, espero que sigan haciendo lo que hacemos nosotros. A mis sobrinos más que nada, porque son siempre los que andan por aquí. Que sean respetuosos y que sigan esta ruta. Qué es bonito vivir en el campo, es bonita la vida esta de vivir en el campo. Siempre con cuidado sí, no le vaya a pasar algo”.

Gregorio Alcayaga Cayo, 37 años, Juntas de Valeriano.

“Que les guste no más, que les guste nuestro trabajo, que lo que se hace, se hace con muchísimo sacrificio y por supervivencia por tener una actividad más libre, que no te mande nadie y el que lo quiere intentar que lo intente, si tiene los medios le va a resultar”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

Por su parte, la Sra. Raquel Cayo nos comparte significativas palabras asociadas a no olvidar las raíces y cultivar el sentido de pertenencia en consonancia con la defensa y el resguardo de la cordillera que ha sido un refugio tradicional de vida.

“Igual yo tengo mis hijos y les dije, así si mañana, pasado me muero yo, ellos están ahí. Mi mamá si nos dijo, tenemos que resguardar y saber, saber cuidar las partes donde nos criamos, donde nos crió mi mamá en el campo, yo eso digo. Es bonito y que no le hagan pedazo las partes donde uno se pone, porque uno tiene ahí, ahí su refugio para refugiarse y para llevar a pastar sus cabritas... El consejo, uno los aconseja que cuiden la tradición que hay. No hacer destrucción, cuidar los montecitos. Yo al chiquitito le digo yo: Los montecitos no se hacen pedazo, las plantas tampoco se quiebran, se cuidan, se protegen porque los montecitos son del mundo y se protegen. Pero él se queda pensando y eso es lo que uno tiene que enseñarle a la juventud, que los niños chicos vayan aprendiendo

de lo mismo que uno sabe y ellos mismos después van 'Ah así me dijo mi mamá, me dijo mi abuelita, mi tío, que yo tenía que hacer esto', y ahí ellos se van grabando eso”.

Dionila Cayo Bordonos, 64 años, Juntas de Valeriano.

A su vez, Eduardo Pasten le recuerda a las nuevas generaciones la importancia de continuar preservando las maravillas naturales que brinda la cordillera de los intereses empresariales que atentan contra las aguas y el legado de los ancestros.

“¡Hay que seguir no más! Que hay que seguir luchando y pelear hasta el final con la Nueva Unión, si son ellos los que nos están haciendo daño. Porque se van a perder las partes de las vegas, ¡se va a perder todo eso! Porque ellos dicen que no les van a hacer nada a las vegas, que no las van a tocar ¿pero si están haciendo los sondeos? Las vegas obvio se van a secar, si ellos mismos van a secar el agua... Más que son pocos los cabreros que van quedando y crianceros que hay que luchar no más hasta el final no más. Esto no puede acabar tan luego. Hay que seguir como nuestros ancestros. Hay que seguir luchando y seguir viendo las maravillas que hay para la cordillera. Como para turistar, si uno quiere hacer turismo”.

Eduardo Pasten Zárate, 29 años, Alto del Carmen.



Eduardo Pasten Zárate, Alto del Carmen.

Finalmente, don Rene Páez nos entrega su reflexión sobre las auspiciosas oportunidades que pueden llegar a tener quienes quieran ser arrieros y puedan visionar la actividad como un negocio de comercialización a gran escala, tanto de productos cárnicos como de queso de cabra.

“Sobre el futuro del criancero se ve bonito, porque no hay competencia. Hay muy poca, no hay competencia en cuanto a lo que es la venta de productos. Por ejemplo aquí ovejas son poquitas las que hay, los crianceros de oveja tienen 10, tienen 20 o sea es para tener como para la casa no más, pero como negocio no hay, no hay nada más que estas, eso es todo lo que hay como vía de negocios. Entonces no hay competencia. Que quiere decir que si yo para el 18 tengo 50 corderos voy a vender los 50 corderos si no los vendo aquí los echo al camión y los llevo y los vendo igual. Y con los chivos igual, con cabritos, si me paro en Vallenar o en cualquier parte me paro con cabrito y por último si no salen en Vallenar me voy para Copiapó, me voy para el Salvador. Están los medios y agradecerle al de arriba que nos ha dado los conocimientos para desenvolvernos en eso. Y el queso lo que se produzca está vendido, si yo tuviera aquí y produjera 100 kilos de queso todos los días aquí, todos los días los vendo. O sea están vendidos, es cuestión de pescar el teléfono y llamar a la señora de Santiago, oiga tengo tantos kilos de queso. Ya los voy a buscar o mándamelos. No hay de qué preocuparse. Ese es el futuro que se les ve y no hay tampoco más interesados en el tema. Son muy pocos, es muy poca la producción para el mercado que hay. Siempre faltan, faltan productos, eso se ve, esa es la proyección del futuro. Tal vez tener más calidad, tener más continuidad también”.

Oscar Páez Leighton, 62 años, El Corral.

Como hemos visto, los contextos del Huasco Alto han cambiado en diversos aspectos, generando transformaciones profundas en las prácticas, realidades y sistemas de vida ligados a la arriería. La disminución y progresiva pérdida del oficio del arriero, tiene como correlato factores de índole económico como los cambios en los modos de producción, factores exógenos como las sequías prolongadas, aspectos de orden cultural asociados a las transformaciones en los sistemas de vida, y socioambientales vinculados a los profundos impactos de la mega minería. La continuidad del oficio de la arriería es incierta, siendo por ello importante valorar y reconocer a esta actividad patrimonial y a sus cultores en el Huasco Alto.

Reflexiones finales

El oficio de la arriería es una de las principales expresiones del patrimonio cultural inmaterial del Huasco Alto, la trashumancia con animales es una práctica que ha labrado este valle transversal semiárido de la región de Atacama. En razón de ello, la arriería es fundamental en la identidad del territorio, siendo una actividad de relevancia económica, social y cultural.

La arriería se constituye entonces, como una histórica manifestación cultural que revisamos a lo largo de este libro que ha tenido como propósito investigar, difundir y valorar la riqueza cultural de esta labor. Sin embargo, a pesar de que este trabajo representa un esfuerzo por conocer y comprender la práctica de la arriería en el Huasco Alto, no resulta del todo exhaustivo, ya que aún quedan temas de relevancia que pueden seguir siendo explorados y profundizados tales como: otras rutas tradicionales de trashumancia, algunas técnicas artesanales asociadas a los llamados “nudos arrieros”, el rol específico de la mujer en la arriería a la luz de los procesos migratorios que son desarrollados principalmente por sus pares hombres, los canales de venta y comercialización de animales y subproductos, y, el acceso, control y tenencia de la tierra y los bienes naturales.

Como advertimos en este libro, los arrieros y arrieras destacan por sus conocimientos asociados a la crianza, cuidado y arreo de animales, los saberes herbolarios, geográficos, meteorológicos y astronómicos, manejando una profunda sabiduría sobre el medio montañoso que ha sido aprendida y transmitida desde la experiencia, y enriquecida por generaciones que han permitido perpetuar la vida en la cordillera. Siendo importante reconocer y valorar este oficio, ya que son las arrieras y arrieros los principales conocedores, recorredores y preservadores de la cordillera.

A través de los relatos recabados, evidenciamos que hoy en día la práctica de la arriería en el Huasco Alto se caracteriza por la crianza y traslado de rebaños de caprinos, y en menor medida, de mulares y caballares, implicando el proceso trashumante la ocupación alternada de una serie de majadas de invernada/veranada según normas consuetudinarias, y que tienen como finalidad la producción de carne y subproductos –como el queso de cabra– para el autoconsumo y la venta a pequeña escala. A su vez, en la actualidad la arriería es ejercida por familias nucleares o individuos más que por familias extendidas, afectando los lazos y patrones tradicionales de colaboración y reciprocidad en las majadas. Además, han cesado los vínculos y el tránsito

hacia Argentina debido a las regulaciones transfronterizas, y producto de los procesos de migración se constata la feminización de la arriería ya que son las mujeres quienes se están haciendo cargo de continuar con la reproducción de este oficio. En tanto, las rutas tradicionales que han transitado los arrieros y arrieras están siendo drásticamente intervenidas y modificadas a causa de megaproyectos mineros y la expansión de los parronales de monocultivo de uva de exportación.

Por su parte, es relevante destacar que en los últimos años se ha comenzado a reconocer a las prácticas tradicionales de arriería trashumante como un legado indígena, vinculándose el ejercicio de este oficio a los emergentes procesos de re-etnificación Diaguita. Al respecto, la arriería trashumante puede ser considerada como una forma particular de perpetuar la antigua forma de vida indígena, representando una práctica de resistencia cultural.

Por otro lado, es posible constatar la reciente integración a la economía moderna por parte de algunos arrieros a través de la prestación de sus servicios para fines turísticos, vertiente que plantea nuevos desafíos y oportunidades al desarrollo del oficio.

Finalmente, si bien en la parte alta de la provincia del Huasco la arriería es una práctica en peligro de desaparecer, los arrieros y arrieras expresan una profunda valoración hacia su forma de vida enraizada al campo, que les permite ejercer un trabajo libre que es herencia de los ancestros y que implica el resguardo y protección de la cordillera, siendo por ello primordial anteponerse a los intereses extractivistas que atentan en contra de la reproducción natural de la cordillera y sus aguas.

Hoy en día, la ganadería trashumante continúa representando una forma y práctica de vida tradicional, y para sus cultores es fuente de orgullo, pertenencia y arraigo cultural. Agradecemos a cada uno de los arrieros y arrieras que nos brindaron su testimonio, y a través de cuyas historias y experiencias hemos conocido este oficio y modo de existencia ancestral, y destacamos los esfuerzos que realizan por mantener viva esta tradición que es parte fundamental de la identidad cultural del valle del Huasco.

Esperamos que el presente libro, contribuya a reflexionar acerca de la importancia de este patrimonio inmaterial para que se implementen debidas acciones para proteger y salvaguardar este modo de vida, haciendo un llamado específico a los jóvenes con el propósito de que dimensionen la relevancia de esta herencia cultural, e indaguen en sus propios entornos los vínculos familiares que seguramente mantienen con la arriería, y que les darán luces acerca de su propia historia e identidad.

Bibliografía

- Aranda, Ximena. “*Algunas consideraciones sobre la trashumancia en el norte chico*”. Departamento de Geografía, Universidad de Chile, 1970.
- Bendini, Mónica; Pescio, Cristina. “*Pobreza y Resistencia Campesina: De la Supervivencia a la Exclusión. El Caso de los Crianceros de la Cordillera Patagónica*”. Revista Austral de Ciencias Sociales, N°3, Páginas 129-140, 1999.
- Cialdella, Nathalie; Dubroeuq Didier. “*La trashumancia de cabras en Chile: un modo de gestión adaptado a las zonas áridas*”. En: Dinámicas de los sistemas agrarios en Chile árido: la región de Coquimbo. Patrick Livenais y Ximena Aranda (Editores Científicos), Universidad de Chile, Universidad de La Serena, IRD Éditions, 2003.
- Gajardo, Anahy. “*Etnicidad, reemergencia indígena y conflicto minero. El proyecto Pascua Lama, [el Estado] y el proceso de reetnificación de los Diaguitas del Huasco Alto, Chile*”. Anuari del Conflictu Social, Observatori del Conflictu Social, 2014.
- GEOZONE geo-ingeniería integrada. “*Conservación de rutas de trashumancia y sitios de significación cultural, región de Atacama, segunda etapa*”. CONADI, 2017.
- Grupo de Investigaciones TEPU. “*Capítulo IV: Actividades Económicas de los Huascoalinos*”. En: Informe de Síntesis. Diagnóstico Sociocultural de la Etnia Diaguita en la III Región de Atacama, 2005.
- Hevilla, María Cristina; Molina, Matías. “*Trashumancias y nuevas movilidades en la frontera Argentino Chilena de los Andes Centrales*”. Revista Transporte y Territorio N°3, Universidad de Buenos Aires, 2010.
- Hevilla, Cristina. “*Instituciones de control, familias y trashumancia en las fronteras andinas argentino-chilenas (1996-2013)*”. XIII Coloquio Internacional de Geocrítica. Universitat de Barcelona, 2014.

- Jakel, Andrés; Teves, Laura. “*Las corridas de ganado en Molinos: una propuesta de etnografía visual sobre la trashumancia de ganado en los valles calchaquíes septentrionales, salta, Argentina*”. Iluminuras, Porto Alegre, v. 16, n.40, p. 85-132, ago/diez, 2015.
- Lorca, Mauricio. “*La Criancería en la Cordillera del Huasco Alto. ¿Transformación o pérdida?*” En: Proyecto Diagnóstico Sociocultural de la Etnia Diaguita en la III Región de Atacama. Grupo de Investigaciones TEPU, 2005.
- MINEDUC. “*Guía para educadores del pueblo Diaguita de Atacama*”. Programa de educación intercultural bilingüe, Chile, 2005.
- Molina, Raúl. “*Los otros Arrieros de los Valles, la Puna y el Desierto de Atacama*”. En: Chungara, Revista de Antropología Chilena. Volumen 43, N°2, Páginas 177-187, 2011.
- Molina, Raúl; Campos, Luis. “*Confín geográfico, refugio indígena, pueblo de indios y etnogénesis en el Huasco Alto (Chile)*”. En: Revista de Geografía Norte Grande, N°68, Páginas 123-140, 2017.
- Morales, Joaquín. “*Historia del Huasco*”. Volantines Ediciones, 1896. Reedición 2014.
- Niemeyer, Hans. “*Pasos cordilleranos y contactos entre los pueblos del norte Chico de Chile y el Noroeste Argentino*”. Museo Chileno de Arte Precolombino s/f.
- Pizarro, Iván; Campos, Pedro; Montero, Cristina; Campusano, Rubén. “*El Valle de los Naturales. Una Mirada histórica al pueblo Diaguita Huascoaltino*”. FONDART, 2006.
- Topete, Hilario. “*Más allá del Rapport en la documentación del Patrimonio Cultural Inmaterial*”. III Congreso Internacional sobre Experiencias en la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial, Mesa Diálogos con la convención, hacia nuevas propuestas. México, 2015.

AUTORES

María José Araya Morales

Socióloga de la Universidad de Chile.

Maestra en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social de México.

majoaraya@gmail.com

Cristóbal Montesinos Eissmann

Licenciado en Antropología Social de la Universidad de Chile.

Documentalista Autodidacta con estudios en el Postítulo de Profesional Especialista en Cine Documental de la Universidad de Chile.

cmontesinose@gmail.com

Carolina Paz Pérez Soto

Licenciada en Historia de la Universidad de Chile.

Profesora de Historia, Geografía y Cs. Sociales de la PUC.

Magíster en Antropología y Desarrollo de la Universidad de Chile.

capapes@gmail.com

El Huasco Alto es un territorio semiárido que comprende fértiles valles e imponentes cordilleras, y se corresponde con la actual comuna de Alto del Carmen en la región de Atacama. Ubicado en la parte alta de la provincia del Huasco, históricamente ha sido un espacio de tránsito e intercambio en el que se ha desarrollado la arriería como una forma de vida tradicional que ha permitido la adaptación y ocupación del medio montañoso.

La arriería asociada a la criancera trashumante, se ha llevado a cabo en el Huasco Alto de manera ininterrumpida desde los tiempos del paso y hábitar de los pueblos originarios- Molles, Ánimas, Diaguitas e Inkas-, y que luego durante los siglos XIX y XX se desarrolló como una práctica particular ligada al intercambio y comercio de productos y bienes. Pese a la paulatina pérdida del oficio, en la actualidad la arriería trashumante enlazada a la crianza de ganado, continúa realizándose gracias al esfuerzo de mujeres y hombres, quienes mantienen viva esta tradición que marca profundamente la identidad territorial de los habitantes del valle de El Tránsito y de El Carmen.

Al respecto, este libro forma parte del proyecto *“Arrieros y prácticas de trashumancia”*, y nace del interés por conocer, registrar y difundir el oficio de la arriería como patrimonio cultural inmaterial del Huasco Alto. A partir de las memorias y relatos protagónicos de arrieros y arrieras, indaga en torno a las principales temáticas y dimensiones asociadas a sus modos de vida y trayectorias, abarcando desde los orígenes en el oficio, y siguiendo por las prácticas de trashumancia, la figura de los arrieros troperos y otros oficios asociados, las rutas ancestrales y la vida en la majada. Asimismo, se exploran aspectos relativos a los conocimientos, la tradición oral e identidad, y los cambios acontecidos en el oficio de la arriería durante los últimos decenios.

Esperamos con este libro aportar a la visibilización y valoración del oficio de la arriería así como al reconocimiento de los arrieros y arrieras como cultores y cultoras del territorio del Huasco Alto, cuyas prácticas y saberes constituyen una manifestación que recrea formas ancestrales de enraizamiento y vinculación con la naturaleza cordillerana, dando rienda a un trascendente legado histórico.



Proyecto financiado por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes a través del Fondart, ámbito regional. Convocatoria 2018